



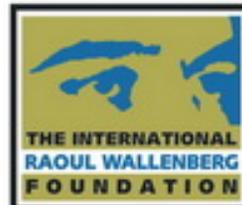
VIAJES DE  
**BENJAMIN III°**  
DE MENDEL MOJER SFORIM

EL  
**Quijote  
Judío**

TRADUCCION DE SALOMON RESNICK



Edición digital exclusiva de



## **OBRAS DE S. RESNICK**

### **ORIGINALES:**

DOS FORMAS DE NACIONALISMO ESPIRITUAL JUDIO: AJAD

HAAM Y DUBNOW. Buenos Aires, 1931.

LA LITERATURA JUDIA DE LA POST-GUERRA. Buenos Aires, 1931.

ESQUEMA DE LA LITERATURA JUDIA, Buenos Aires, 1933.

### **TRADUCCIONES:**

LOS CABALISTAS, por Isaac León Peretz. Con prólogos de Alberto Gerchunoff y del traductor. Buenos Aires, 1919. (Agotado).

CUENTOS JUDIOS. Antología de los mejores escritores israelitas.

Con prólogo del traductor. Buenos Aires, 1920. (Agotado).

ADAN Y EVA, por Isaac León Peretz. Buenos Aires. 1922. (Agotado).

ARTISTAS Y REBELDES. ESCRITOS LITERARIOS Y SOCIALES, por Rodolfo Rocker. Buenos Aires, 1922.

HISTORIA CONTEMPORANEA DE PUEBLO JUDIO, por Simón Dubnow. Primera parte (1789-1815). Buenos Aires, 1925.

LOS IDEALES Y LA REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA, por Pedro Kropotkin. Buenos Aires, 1926.

UNA HIJA DE ISRAEL \ otros relatos judíos, por Schalom Asch.

Con prólogo del traductor. Buenos Aires, 1928.

ENSAYOS SOBRE LA NACIONALIDAD JUDIA, por Jaime Zhit-lowsky.

Con prólogo del traductor. Buenos Aires, 1931.

MANUAL DE LA HISTORIA JUDIA, por Simón Dubnow:

Tomo I. — Epoca bíblica. Buenos Aires, 1937.

Tomo II. — Desde la hegemonía de Grecia hasta la Edad Media. Buenos Aires, 1934.

Tomo III. — Desde la Edad Media hasta nuestros días. Buenos Aires, 1932.

UNA EXCURSION A BIRO-BIDYAN, por O. Perelman. Buenos Aires, 1936.

EL TALMUD, por Iser Guinzburg, Buenos Aires, 1937.

GENTILES Y JUDIOS, por Ahraham Coralnik. Buenos Aires, 1938.

VIAJES DE BENJAMIN III, por Méndele Mojer Sforim. Buenos Aires, 1939.

### **EN PREPARACION:**

PAGINAS DE HISTORIA JUDIA, por el Instituto Científico Judío.

RELATOS DE KASRILEVKE, por Scholem Alejem.

MÉNDELE MOJER SFORIM

**VIAJES DE BENJAMIN III**  
**(EL QUIJOTE JUDIO)**

Traducción del idish de  
SALOMON RESNICK

-----

Ediciones del Ateneo de Buenos Aires

1939

## ***Mendele Mojer Sforim***

*DESDE las últimas décadas del siglo pasado, Mónde le Mojer Sforim, el pseudónimo que eclipsó el nombre real de Scholem Jacobo Abramovich, sirvió como abanderado de la novísima literatura judía. Su fama era ya considerable cuando los grandes escritores contemporáneos suyos, como Scholem Aleijem y Peretz, apenas empezaban a perfilarse. La obra de Mónde le, que alimentó a dos generaciones de lectores, sirvió asimismo de norte a una pléyade de autores jóvenes que aparecieron detrás de él. Fue, desde muy temprano, desde la época en que ya literatura idisch se hallaba aún en vías de formación, un maestro respetado, un innovador, un clásico.*

*Hasta Abramovich predominaba en la literatura idisch un afán didáctico, moralizador. En sus orígenes, esa literatura había se propuesto difundir entre la gente rústica, sobre todo entre las mujeres, que no leían el hebreo, el conocimiento de la moral y de la historia judías. Por eso los libros que datan de aquella época —traducciones y adaptaciones de la Biblia, obras de moral y novelas ejemplarizadoras— son de un carácter eminentemente instructivo.*

*De naturaleza similar, si bien imbuida de un rasgo combativo, fue la literatura de los siglos siguientes, hasta la aparición de Mónde le, expresión del movimiento iluminista (Hascala).*

*Abramovich clausuró aquel ciclo didáctico y combativo e inauguró una era estética en las letras judías. Con él entraron éstas en un periodo de belleza. Por eso, porque encabeza el renacimiento de esa literatura, se le considera como padre o "abuelo" de la misma. Y no sólo la literatura idisch, sino también la hebrea tuvo en él a un renovador insigne. Porque lo mismo que todos sus coetáneos, había empezado por cultivar el hebreo. Pero la evidencia de que sólo en el idioma popular podría desarrollarse un\* literatura floreciente que contase con un vasto público de lectores, lo indujo a escribir en idisch. Sus primeras obras, de carácter satírico, tuvieron una difusión extraordinaria, por la gracia chispeante, la crítica de costumbres, el lenguaje fluido y pintoresco, la inmensa piedad por los humildes y el tono tierno y simuladamente indiferente, que son las características de este autor. Mónde le ha sido el más grande estilista que han producido las letras judías en el siglo pasado. Conocedor profundísimo del idioma, lo empleaba como instrumento artístico, con cariño, con amor entrañable y no cesaba jamás de pulirlo y de perfeccionarlo con nuevos matices y giros originales.*

*En sus primeros escritos notase la influencia de su época: la tendencia a la crítica y a la educación del pueblo, pero en sus obras posteriores se ha elevado a la altura del arte puro, si bien mezclando a él su sátira mordaz. Mónde le es un pintor de multitudes y de ambientes y un excelente paisajista, uno de los pocos que hay*

*entre los escritores judíos. Sus novelas, deliciosamente incoherentes, llenas de mordacidad, reflejan soberbiamente el espíritu inquieto y burlón de las juderías abigarradas, compuestas por menesterosos y gente de abolengo que vegetan en espantosa miseria. Ellas no se ajustan a una trama preconcebida ni a un plan estético premeditado. Son descripciones cautivantes del ambiente, de las costumbres y preocupaciones de los pequeños pueblecillos judíos, páginas que encierran una honda psicología de la multitud y admirables tipos sueltos.*

*La pintura de esta vida miserable, sórdida y estancada, contrasta notablemente con la descripción de las bellezas naturales que Méndele se complace en intercalar en sus producciones, como un oasis, como un alivio en medio de la general tristeza y hasta en esto permanece original, pues las imágenes de que se vale para reflejar la naturaleza son de una visión típica, judía. El artista se compenetra del ambiente del paisaje, de lo que ocurre en torno suyo, todo lo cual aparece ante él como algo íntimo, como algo que forma parte integrante de la vida que describe.*

*Últimamente la gloria de Abramovich parecía haber declinado. Sus obras, el ambiente y los tipos que ha descrito, lo mismo que su estilo, resultaban un tanto extraños para la gente joven. El viejo mundo judío que Méndele reflejó en forma tan admirable en sus escritos, fue desapareciendo en los últimos años, hasta extinguirse casi por entero después del cambio que sobrevino en Rusia. De ahí que muchos consideraran a Abramovich como un clásico olvidado, inapropiado para nuestros días. Pero justamente el país donde se había producido un cambio tan fundamental fue el que se encargó de rehabilitar al viejo escritor judío. En la U. R. S. S. la crítica literaria marxista, tras algunas vacilaciones, exhumó la obra de Méndele, buscó en ella el fondo social y le ha dedicado trabajos enjundiosos de exégesis y de divulgación. Con motivo del centenario del nacimiento de Abramovich, vió la luz en la U. R. S. S., en idisch, una edición académica de las obras del "abuelo" de la literatura judía. Tal es, por lo demás, el destino de todos los grandes escritores; a veces, por contingencias de la vida, caen en el olvido, pero luego resucitan con nueva frescura. Abramovich vuelve a ser un autor vivo, sus novelas son leídas y estudiadas, porque se descubre en ellas un cuadro fiel de la vida judía del siglo pasado, un cuadro pintado por un artista de primera magnitud. Sirva la versión castellana de una de sus novelas, tan extraña por su factura, por su ambiente, por sus modalidades, para conocer, siquiera indirectamente, la obra de este ilustre representante de las letras judías.*

S. R.

## BIOGRAFÍA DE MENDELE MOJER SFORIM

SCHOLEM Jacobo Abramovich, más conocido por su pseudónimo Méndele Mojer Sforim, es el creador de la nueva literatura judía. No se conoce la fecha exacta de su nacimiento, pero se admite que vió la luz el 2 de enero de 1836, en el pueblecillo de Kapulie, gobernación de Minsk, Rusia. Su padre, muy versado en las letras hebraicas, le dió la instrucción judía tradicional, sin descuidar, empero, la Biblia y la gramática hebrea, consideradas entonces como estudios de índole liberal. A los catorce años Abramovich poseía sólidos conocimientos del Talmud y de la literatura rabínica; pero lo que cautivó principalmente su imaginación fué la Biblia, que ya conocía de memoria a la edad de nueve años. Antes de cumplir catorce, perdió a su padre y sus parientes le enviaron a estudiar en otras ciudades, entre ellas a Wilno, en cuyas academias perfeccionóse algún tiempo. Entretanto, su madre había contraído segundas nupcias con un molinero radicado en una aldea pintoresca, y Abramovich se fué a vivir en su casa, actuando como maestro de sus hermanastros. "En ese lugar solitario y perdido, escribió más tarde en su autobiografía hebrea — se me apareció mi musa. . . Me atraía con sus hechizos para que la siguiera al bosque, bajo los verdes árboles, donde todo es sosiego y tranquilidad. Hizo conmigo un pacto por medio de los árboles, de las aves del cielo y los reptiles del suelo, enseñándome su lenguaje". . . A esta época corresponden sus primeras tentativas literarias: himnos fervorosos a la naturaleza, escritos en un hebreo retórico. En esos ensayos infantiles, carentes de valor literario, se revelaban ya, sin embargo, los dos rasgos fundamentales de su talento: el amor a la naturaleza y la tendencia hacia la sátira.

Abramovich, empero, no pudo soportar por mucho tiempo la triste y pesada atmósfera que reinaba en el hogar de su padrastro, y regresó a Kapulie, en cuya sinagoga tornó a estudiar. Por aquel entonces había llegado a esa población, tras largas peregrinaciones, cierto mendigo errante, Abramcito el rengo (prototipo, más tarde, de su novela "Fischke el rengo"), el cual excitó la imaginación del joven Abramovich, narrándole las bondades de Wolhinia, la dichosa región de la Rusia meridional, y lo indujo a que lo acompañara en sus correrías. En esta forma atravesaron ciudades y aldeas.

Vagando de pueblo en pueblo, viviendo de limosnas, en contacto continuo con los bajos fondos, pudo Abramovich estudiar este ambiente singular que más tarde describió magníficamente en su ya recordada novela "Fischke el rengo". El aventurero explotaba al pobre muchacho y hasta pretendió, en beneficio propio, hacerlo tomar estado, sin lograr su objeto. Una feliz casualidad, el encuentro con un compañero de infancia, lo salvó a Abramovich de manos de su explotador y pudo llegar a Kamenitz, donde el poeta hebreo Abraham Gotlober contribuyó grandemente a su formación intelectual; las hijas de Gotlober le enseñaron el ruso, el alemán y matemáticas. Abramovich rindió examen de maestro y en 1 856 le confiaron un puesto en la escuela judía fiscal de aquella ciudad.

Un año más tarde, Gotlober, sin ponerle en antecedentes, dió a la publicidad su primer trabajo literario, un estudio sobre la enseñanza en general y sobre la necesidad de enseñar a los judíos el idioma ruso y los conocimientos positivos. En 1858 pasó Abramovich a Berdichew, donde se consagró seriamente a las letras. En 1860 publicó una colección de artículos en hebreo que, por ser la primera tentativa crítica en esa lengua,

llamó la atención de los círculos iluministas sobre el joven autor. Otra colección de sus trabajos críticos vió la luz en 1866. Hallándose bajo la influencia positivista que predominaba en aquella época en la literatura rusa, Abramovich adaptó al hebreo la "Historia Natural" de Lenz. Al mismo período pertenecen también algunos de sus trabajos literarios en hebreo, si bien poco notables, entre ellos la novela "Padres e hijos", que trata de los conflictos entre la vieja generación fanática y la juventud librepensadora. En esta novela, escrita en un lenguaje retórico, no se descubre aún la originalidad del autor. Su verdadera personalidad adquirió relieve cuando, abandonando el hebreo, empezó a escribir en el idioma popular, el idisch. Ponerse a escribir en idisch, en aquel entonces, sobre todo para un escritor de la fama de Abramovich, requería audacia y valor moral. "He ahí —cuenta Abramovich— que yo observo la vida de nuestro pueblo y trato luego de referirla en la lengua sagrada (el hebreo). Pero la mayoría del pueblo no entiende esta lengua y habla el idisch. ¿De qué le sirve entonces al escritor su esfuerzo y su buena voluntad si no trae ningún provecho a su pueblo? Esta pregunta —"¿Para quién trabajo?" — me ha dejado intranquilo y perplejo... Nuestros escritores, los cultores del idioma, contemplaban al idisch desde un plano superior, con el mayor desprecio. La idea de que escribiendo en idisch tendría que rebajarme, me atormentaba constantemente; pero el deseo de ser útil venció la falsa vergüenza, y me dije: "Sea lo que fuere, asumiré la defensa del idisch denigrado / seré útil a mi pueblo".

De esta manera comenzó el segundo período de su actividad literaria, en el que empezó a escribir en idisch bajo el pseudónimo tan famoso como querido de Méndele Mojer Sforim. La primera obra publicada bajo ese

pseudónimo fué "El hombrecillo", que alcanzó gran éxito. En 1868 apareció "Fischke el rengo", descripción de la vida de los mendigos judíos y "Di Taxe", drama satírico contra los dirigentes y explotadores de las comunidades israelitas. La acre censura contra los caudillos obligó a Abramovich a abandonar la ciudad de Berdichev y a trasladarse a Zhitomir, donde rindió examen de rabino, pero debido a que su sermón de prueba fué demasiado radical, no le otorgaron el diploma respectivo. Aquel mismo año publicó "Di Kliatsche", alegoría de la vida judía que acrecentó notablemente su renombre. El libro tuvo una popularidad inmensa, a pesar de que su mérito artístico reside tan sólo en las magníficas descripciones de la naturaleza. De carácter alegórico es también el extenso poema "Idl", en el que pinta, en estrofas anticuadas, las vicisitudes del pueblo judío desde la creación del mundo hasta la época de Mendelssohn. Al mismo período corresponden también otros escritos novelescos de menor cuantía.

En 1878 dió a conocer "Viajes de Benjamín III", donde su humorismo alcanza su apogeo. El conocido escritor polaco Clemente Junosza aprendió ex profeso el idisch para poder traducir al polaco esta obra maestra de Abramovich, a la que dió el título de "El Don Quijote judío". Más tarde vertió también "Di Kliatsche", traduciéndose asimismo al ruso otras novelas de Abramovich. Después de ese libro, Méndele dejó de producir hasta el año 1884, fecha en que publicó el drama "La conscripción". En Odesa, donde residía desde 1881, ejerciendo las funciones de director de la Talmud Tora, comenzó para él un nuevo período de labor literaria. Había abandonado casi por entero su papel de publicista, para llegar a ser lo que debía ser: un gran artista. Por aquel entonces volvió a escribir también en hebreo, introduciendo serias reformas en este idioma. El sencillo y flexible estilo

realista que empleaba ejerció una poderosa influencia sobre el desarrollo de la nueva literatura hebraica. Al propio tiempo no dejaba de escribir en idisch, componiendo la primera parte de su obra maestra "Dos Wunschfinguerl" ("El anillo de los deseos"), novela que ofrece un magnífico cuadro de la vida judía en la primera parte del siglo XIX. Escribió asimismo una serie de novelas cortas, y más tarde, septuagenario casi, publicó "Salomón, hijo de Rab Jaime", obra admirable, de carácter autobiográfico. Además de ser esta novela un tesoro de tipos judíos maravillosamente pintados, ella se distingue porque resume los rasgos principales del talento de Abramovich: la sátira mordaz contra la tremenda vacuidad de una multitud de desdichados, la conmiseración profunda por el triste destino de su pueblo, un tono lírico que conmueve y enternece. Es el libro de los libros de Abramovich. Compuso luego varias obras más, y en 1905, apesadumbrado por los pogroms, partió para Ginebra, donde quedó dos años preparando la edición completa de sus obras, en idisch y en hebreo, con motivo del septuagésimo aniversario de su natalicio.

En 1909 realizó Abramovich una jira por varias grandes ciudades judías de Rusia, la que resultó un verdadero viaje triunfal. Millares de personas lo recibieron entusiastamente. En diciembre del año siguiente fué celebrado el 75<sup>o</sup> aniversario de su nacimiento, acto que fué considerado como fiesta nacional de la que participaron todas las clases sociales. Miles de telegramas llegados de todos los rincones del mundo saludaron al más grande escritor judío, al "abuelo de la literatura idisch". Con ese motivo se hizo una edición de sus obras completas, en 17 tomos.

Pero, aun después de esta pública consagración, el anciano escritor no abandonó su pluma. Publicó todavía varios capítulos de su inconclusa

autobiografía "Salomón, hijo de Rab Jaime"; trabajó, en colaboración de sus íntimos amigos Bialik y Rabnitzky, en la versión de la Biblia al idisch y llegó a dar a conocer algunos fragmentos de sus "Memorias". Falleció Abramovich a la edad de 81 años, el 14 de diciembre de 1917, en Odesa, Rusia.

## PREFACIO DEL AUTOR

DICE Méndele Mojer Sforim: Loado sea el Sumo Hacedor, que determina el giro de los astros en el firmamento y la marcha de sus criaturas sobre la faz de la tierra. Ni una sola hierbecilla sale a flor del suelo sin que un ángel, previamente, la golpee y le diga: "¡Crece! ¡Germina!". Cuanto más un hombre, a quien sin duda le palmoteo un ángel, ordenándole: "Vamos, sal a flote". Y con más razón tratándose de esos hombrecillos distinguidos, los judihuelos pagados de sí. Ningún necio deja escapar una palabra, entre nosotros, ningún mentecato se convierte en prudente, ningún rústico, en virtuoso, ningún ignorante en docto, si antes no le incita para ello algún ángel. Tocan también los ángeles a toda la ralea de nuestros desheredados, diciéndoles: "¡Creced, pobretes, nacidos en la miseria o venidos a menos, indigentes francos o velados, brotad, surgid como la hierba, como las ortigas. Andad, hijos de Israel, como pordioseros, por las casas. . . "

Mas, no es mi intención hablar de esto ahora. Lo que me propongo es relataros, señores, la manera cómo uno de nuestros hermanos se ha ido lejos, muy lejos, a las regiones distantes, cubriéndose de gloria.

El año pasado todos los diarios ingleses y alemanes estaban llenos con la admirable travesía que Benjamín, un judío de Polonia, llevó a cabo por los países de Oriente. "¡Cómo, cómo! —decían sorprendidos— ¡Que un judío, un judío polaco, desprovisto de armas, sin máquinas, llevando solamente una bolsa en el hombro y un lío con el taled y las filacterias bajo el brazo, llegue a zonas tan retiradas que no alcanzaron ni los viajeros ingleses más renombrados! No cabe sino admitir que esto lo consiguió

gracias a alguna fuerza sobrehumana, una fuerza que la razón del hombre no puede concebir, o sea, una razón que está fuera de toda fuerza, así como esta fuerza está fuera de toda razón. Pero de cualquier manera, sea como fuere, el mundo le debe a Benjamín esas grandes hazañas en virtud de las cuales, a partir de hoy, el mapa del mundo tendrá otro aspecto. Benjamín merece con justicia la medalla que la Sociedad Geográfica de Londres le ha conferido". . .

Los diarios judíos acogieron estas palabras con algazara y estuvieron ocupándose del asunto el verano último, conforme lo sabe todo aquel que lee aquellos periódicos. Pasaron revista a los sabios eminentes que han producido los hebreos desde Adán hasta el presente, a fin de demostrar cuán inteligente es el pueblo judío. Asimismo, confeccionaron una nómina de los viajeros de todos los tiempos, desde Benjamín I, que vivió hace unos setecientos años, hasta Benjamín 11 y toda esa grey de viajeros que andan ambulando entre nosotros. Y para realzar la hazaña de nuestro Benjamín, pulverizaron a sus predecesores, como es uso y costumbre entre los nuestros, aseverando que toda la caterva de viajeros actuales no son más que unos simples andariegos, hombres faltos de sentido, cuyas travesías, valga la palabra, consisten únicamente en ir arrastrándose por las casas como unos mendigos. Todos ellos parecen unos monos en comparación con nuestro Benjamín III, viajero auténtico. De éste y de los libros que hablan de sus viajes, afirmaron que no ha habido entre los judíos plantas tan olorosas como ellos. "Bendito y envuelto en diamantes sea —dijeron unánimemente— aquel que recoja el tesoro precioso que es el viaje de Benjamín, relatado en todos los idiomas, y lo traslade a la lengua hebrea,

para que los pobrecitos judíos puedan también disfrutar de la miel que fluye del panal hebraico y sientan cómo se les ilumina la vista".

Y yo, Méndele, que abrigo siempre la intención de traer alguna utilidad para nuestros judíos, conforme a mis posibilidades, no pude contenerme y me dije: Antes de que los autores hebreos, cuyos dedos son más abultados que mis muslos, salgan de su sueño y editen en la lengua santa los viajes de Benjamín, yo me empeñaré, mientras tanto, en publicar siquiera un resumen de ellos en el idioma corriente, en idisch. Ceñí pues mis lomos, como un héroe, y, aunque viejo y enfermo como estoy, me esforcé sin embargo en entresacar del vasto tesoro aquellos asuntos que pueden servir a los hijos de Israel, refiriéndolos libremente, según mi hábito. Yo sentía como si me golpearan desde arriba diciéndome:

"Méndele, despierta, Méndele, y sal de tu cuchitril. Ve, extrae montones de plantas aromáticas del tesoro de Benjamín y adereza con ellas unos manjares para tus hermanos, conforme a su paladar. Y yo, Dios mediante, salí de mi retraimiento y preparé los manjares sabrosos que os presento hoy aquí. Probadlos, señores, y que os hagan provecho.

## CAPITULO PRIMERO

**Que trata de Benjamín, de su lugar de origen y de cómo se le ocurrió repentinamente emprender este viaje**

TODOS los días de mi vida —escribe el propio Benjamín III— es decir, hasta el momento de emprender mi largo viaje, residí en Tuneiádevke; allí nací, allí me crié y allí me casé en buena hora con mi mujer, la virtuosa Zelde, prolongados sean sus días.

Tuneiádevke, pueblecillo minúsculo, es un rincón perdido, a un costado del camino real, cortado casi del mundo, de manera que si alguna vez llega a venir allá una persona, óbrense las ventanas y las puertas y la gente se pone a contemplar con asombro al recién venido. Los vecinos, a través de las ventanas abiertas, se preguntan unos a otros: "¿Eh, quién será éste? ¿De dónde ha salido de golpe? ¿Qué tendrá que hacer aquí? ¿No traerá algún designio oculto? Sin duda no viene así no- más, porque así nomás no se viene. De fijo hay algo de por medio, que es preciso averiguar"... Y a todo esto cada cual pretende lucir su sagacidad, su experiencia, y caen las hipótesis como los desperdicios. Los ancianos refieren historias y traen ejemplos de huéspedes llegados en tal o cual año. Los chuscos lanzan sus gracias, no del todo decentes. Los hombres se toman de las barbas y sonríen; las mujeres de edad reprenden en broma a los graciosos, un poco irritadas y riéndose al mismo tiempo; las señoras jóvenes levantan oblicuamente la vista caída, se tapan la boca con la mano y ahogan la risa en el puño. La conversación sobre este punto va circulando de casa en casa, como una pelota de nieve, y a medida que gira se va agrandando más y

más, hasta penetrar en la sinagoga, cabe la estufa, el lugar donde se concentran todas las habladurías relativas a todos los asuntos, así sean secretos del hogar como hipótesis políticas sobre Estambul, Turquía o Alemania; así sean cuestiones de dinero, como la fortuna de Rothschild, comparada con la de los nobles lugareños y demás hombres acaudalados; ya sean rumores sobre nuevas restricciones contra los judíos o relatos acerca de los Judihuelos Rojos y otras cosas por el estilo; todas estas versiones son clasificadas continuamente por un Comité de judíos de nota, quienes, sentados allí todo el día, hasta altas horas de la noche, con abandono de sus mujeres y de sus hijos, se dedican a esos negocios con gran celo, hacen su trabajo a la perfección, desinteresadamente, sin percibir por su esfuerzo, por su dura labor, la más mínima remuneración. De este Comité pasan a veces los asuntos a la casa de baños, a la primera fila, donde una asamblea de vecinos espectables los confirma, y entonces todo debe cumplirse según lo disponen ellos, y aunque vinieran todos los reyes de Oriente y de Occidente y se pusieran cabeza abajo, no lograrían alterar sus decisiones. Un día, el Turco estuvo a punto de perecer en uno de esos conciliábulos celebrados en el banco superior del baño, y quién sabe dónde estaría en estos momentos si unos vecinos linajudos no hubiesen intercedido en favor suyo. Rothschild, ¡pobrecito!, casi pierde allí de diez a veinte millones; por eso, en cambio, dos semanas después, tuvo más suerte: la gente estaba alegre, de buen humor, reinaba un calorcito agradable en el banco de arriba, las escobillas subían y bajaban, y le adjudicaron de repente una ganancia de 150 millones de rublos!

Los habitantes mismos de Tuneiádevke son, casi todos ellos, pobres, indigentes, pero, la verdad sea dicha, son unos pobres alegres, animosos,

lentos de un optimismo sin límites. Si se preguntara bruscamente, verbigracia, a un judío de Tuneiádevke de dónde y cómo se gana el sustento, se quedaría en un principio confundido, no sabría, ¡pobrecito!, lo que contestar, pero luego, vuelto en sí, replicaría con ingenuidad:

— ¿Yo de qué vivo, yo? ¡Bah! Existe, se lo aseguro, allí arriba, un Dios que no abandona a ninguna de sus criaturas. El es el que proporciona el sustento, y lo seguirá proporcionando, a fe mía.

— Sin embargo, ¿cuál es su ocupación? ¿Tiene usted algún oficio o un medio de vida fijo?

— ¡Alabado sea Dios! Yo, tal como usted me ve, poseo un regalo del Todopoderoso, loado sea Su nombre, un instrumento vocal, una voz para rezar en público, en nuestros contornos, durante las festividades de Año Nuevo. Soy también circuncidador y amasador de panes ácidos como no lo hay otro igual en el mundo entero; a veces concierto un partido matrimonial, y poseo también, tal como usted me ve, un sitio propio en la sinagoga. Tengo además, y quede esto entre nosotros, una tabernilla, que se ordeña de a poco, y soy dueño de una cabra que, gracias a Dios, se ordeña bastante bien. No lejos de aquí vive un pariente mío, hombre de fortuna, el cual, en momentos de apuro, se deja también ordeñar algo. Y fuera de todas estas cosas, le aseguro que Dios es nuestro padre y los hijos de Israel son bien misericordiosos, gracias al Todopoderoso. . .

Justo es reconocer, en elogio de los habitantes de Tuneiádevke, que ellos se sienten satisfechos con su destino y no son, en manera alguna, demasiado exigentes ni en el vestuario ni en la alimentación. Si el levitón sabático, por ejemplo, está raído, desgarrado, algo ajado y no muy limpio, eso no importa, con tal de que sea de raso y brille. Y si en uno que otro sitio

el cuerpo se trasluce, como a través de una zaranda, eso no le hace.

¿Quién se preocupa de ello, quién se parará para observarlo? ¿Acaso no ocurre lo mismo con los talones? ¿No son los talones una parte del cuerpo humano? . . . Un pedazo de pan y una sopa de sémola, con tal de tenerlos, son un almuerzo excelente. Nada digamos ya de un pan entrelazado y de un estofado, los viernes; quien tiene eso, tiene un manjar de príncipes, no hay nada mejor en el mundo. Si se les hablara, verbigracia, de otros platos que no sean jugo de pescado, marmita al horno o dulce de zanahoria, eso les parecería sobremanera extraño y lo acogerían con chanzas, con burlas, como sí el que les contara eso fuese un mentecato, un desequilibrado, y pretendiera volverlos locos también a ellos, convencerlos de una cosa absurda, imposible. Un pedazo de algarroba para la festividad del 15 de Schebat, es una fruta exquisita. Viéndola se acuerda uno de Palestina y más de una vez se le ponen los ojos en blanco y dice, suspirando: "¡Ah, Padre nuestro, ojalá nos conduzcas a nuestra tierra, donde las cabras se alimentan de algarrobas!"... Por casualidad, alguien trajo un día al pueblecillo un dátil. Había que ver cómo corrían para ver el milagro. Abrieron el Pentateuco para mostrar que la palabra dátil figura allí y que es una fruta que crece en la Tierra de Israel... Mirando el dátil parecióles que tenían delante de sus ojos la Tierra Santa, que cruzaban el Jordán, que tenían ante sí la Cueva de Macpela, la tumba de la Madre Raquel, el Muro de las Lamentaciones; se les figuraba que estaban bañándose en las termas de Tiberíade, que escalaban el Monte de los Olivos, que se hartaban de algarrobas, de dátiles y se llenaban los bolsillos con tierra de Palestina. ¡Ah!, suspiraron, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

“En aquellos días —apunta Benjamín— toda Tuneiádevke, cuan grande es, se hallaba en Palestina. Hablábbase -asiduamente del Mesías. He ah! que se venía el viernes, al atardecer. El nuevo comisario de policía, recién llegado al pueblo, lo manejaba con mano firme. A un par de judíos los despojó de sus solideos; a otro le cortó las patillas trenzadas; a varios, ¡pobrecitos!, los sorprendió a altas horas de la noche en una callejuela apartada, sin pasaportes; a uno le privó de su cabra, que se había comido un flamante techo de paja de una casa. Todo eso fué causa de que el Comité que funcionaba al lado de la estufa de la sinagoga hiciese algún alboroto: ¿Hasta cuándo imperaría de esa manera el representante de Ismael? A este respecto vino a colación el tema habitúa] acerca de las Diez Tribus, cuan felices viven allá lejos, en los países distantes, rebosando de gloria, de riqueza y de honores; se habló de los Judihuelos Rojos, de los Hijos de Moisés, se relataron historias hiperbólicas tocantes a sus hazañas. Eldad Adani, naturalmente, bailó también en el medio. A aquellos días, principalmente, debo la decisión de emprender el viaje que realicé luego.”

' Antes era Benjamín como un polluelo dentro del huevo o como un gusano metido en su guarida. Creía que al otro lado de Tuneiádevke terminaba el mundo, y que no había una vida más dulce, más agradable que en su pueblo natal.

"Yo estaba convencido —dice Benjamín en cierto pasaje— que no había que ser más rico que el arrendatario de nuestro pueblo. Y no era para menos su casa y su hacienda: cuatro pares de candeleros de bronce, una araña de seis caños rematada por un águila, dos cacerolas de cobre para las comidas lácteas, y cinco marmitas del mismo metal, un estante con platos de estaño y, sin exagerar, unas dos docenas de cucharas de plata

vieja, dos copas de plata, un candelera para la festividad de Jánuka, un reloj de pared, dos vacas y una vaquillona preñada, dos levitas sabáticas y otros objetos de valor. Creía yo que había un solo sabio: Rab Aizik David, el hijo de Rab Aarón losel, esposo de Sara Zlate. Dicen que en su juventud tenía nociones de quebrados; podría haber sido ministro si la suerte le hubiese acompañado. ¿Quién, pensaba yo, tenía un aspecto tan majestuoso, una labia tan agradable, como nuestro Jaikel Tartamudo? O bien: ¿dónde había un especialista tan habilidoso, un médico que resucite a los difuntos, como el curandero nuestro, el cual, según dicen, aprendió el arte de curar de un gitano que lo había heredado de los magos de Egipto?"

En una palabra, la vida en su pueblecillo parecióle a Benjamín muy hermosa, muy grata. Verdad es que vivía en la mayor miseria, él y su mujer y sus hijos andaban desarrapados, pero ¿acaso Adán y Eva, mientras se encontraban en el Paraíso, supieron que debían avergonzarse de andar desnudos y descalzos? Las historias maravillosas acerca de los Judihuelos Rojos y las Diez Tribus se filtraron bien adentro en su corazón, y a partir de entonces encontrábase incómodo en su pueblecillo, se sentía atraído por las regiones distantes; su corazón parecía dilatarse, como se extienden las manecillas de un niño hacia la luna. En el fondo, ¿qué es un dátíl, un comisario, un birrete, una patilla, un judío extraviado en una callejuela a altas horas de la noche, una cabra y un techo de paja? Empero, todo esto produjo un cambio fundamental en su manera de ser, dió lugar a que favoreciese al mundo con su viaje famoso. Más de una vez ocurre que las pequeñas causas producen grandes efectos: el hecho de que el campesino siembre el trigo y la cebada y el molinero la muela, hace que una parte llegue a la destilería para convertirse en aguardiente y que otra parte de la

harina caiga en manos de Guitel la Tabernera, la cual la hace leudar, la amasa, la extiende en hojaldre y prepara con ella empanadas; y por el hecho de que los fenicios hayan inventado el vidrio hace miles de años, han aparecido las copas y las copitas; de todas estas pequeñas causas han surgido en muchas de nuestras poblaciones esos tremendos hombres públicos, esos famosos favorecedores nuestros. . .

Posiblemente haya habido dentro de Benjamín una chispa de viajero, pero esa chispa se habría apagado si las circunstancias y las historias de aquel tiempo no la hubiesen avivado; y aun cuando esta chispa no se hubiese extinguido del todo, su fuerza, a no mediar las circunstancias de entonces, habría sido tan escasa, que con el tiempo Benjamín habría terminado por ser un simple aguador, o, cuando mucho, un auriga común.

En mi vida me he topado con muchos cocheros y conductores de carros que tenían, a fe mía, aptitudes para ser viajeros tan ¡lustres como aquellos que deambulan hoy en día entre los judíos. . . Pero no voy a esto ahora.

Desde aquel momento Benjamín solía enfrascarse en la lectura de los viajes de Rabo Bar Bar Jano por el mar y por el desierto. Más tarde consiguió también el libro de Eldad Adani, los "Viajes de Benjamín de Tudela", cuyo autor recorrió el mundo de un confín a otro hace unos siete siglos, la obra "Alabanzas de Jerusalén", con adiciones, y el libro "Sombra del Universo", que encierra en siete pequeñas páginas todas las siete ciencias y refiere aventuras prodigiosas del orbe entero y de los extraños seres que lo pueblan. Estos libros le abrieron los ojos y lo transformaron en otro hombre.

"Estas admirables historias —expresa Benjamín en su libro— solían llenarme de asombro. ¡Ay, ay!, exclamaba yo más de una vez. Quiera Dios

que yo merezca ver con mis propios ojos una centésima parte siquiera de todo eso. Mi mente me transportaba lejos, muy lejos" . . .

A partir de aquel momento, Tuneiádevke le resultó demasiado estrecha y resolvió salir de allí a toda costa, como un polluelo que rompe la cáscara del huevo para salir a la luz del día.

## CAPITULO SEGUNDO

**De la manera cómo Benjamín se convirtió en mártir y Zelde, su mujer, fué abandonada por él**

POR su modo de ser era Benjamín el Viajero tremendamente miedoso; a saber: de noche temía andar por la calle y aunque lo hubiesen llenado de oro no habría dormido solo en una pieza. Salir por los alrededores del pueblo equivalía para él a exponer la vida. ¡Vaya uno a saber lo qué podría ocurrirle! La vista de cualquier perrito le hacía temblar de pavor.

"Una vez —refiere el mismo Benjamín— lo recuerdo como si fuese hoy, era en verano, en un día terriblemente caluroso, nuestro rabino, acompañado por uno de sus acólitos, salió a bañarse en el riachuelo que hay fuera de la población. Yo y otros dos muchachos, compañeros míos, los seguimos respetuosamente y estábamos seguros que no nos pasaría nada malo y que. Dios mediante, volveríamos a casa sin inconvenientes, amparados por el rabino. Y no era para menos, ciertamente: un rabino respetado por todo el mundo, una autoridad suprema, cuyos títulos ocupaban toda una página... El rabino, nuestro protector, caminaba holgadamente delante de nosotros, y en el momento en que estaba desvistiéndose llegó repentinamente un mozalbeta cristiano y azuzó a su perro. Nuestro protector, más muerto que vivo, se puso en fuga, asiendo, con perdón sea dicho, sus pantalones con una mano y su redonda gorra de piel con la otra. Nosotros, los chicos, naturalmente, nos quedamos turbados, porque si el Leviatán cae en la red, ¿qué les queda ya por hacer a los pececillos del fango? Aprontamos nuestras piernas y, veloces como

los ciervos, disparamos adelante, lanzando amargos gritos, hasta que llegamos, intempestivamente, junto con nuestros héroes, al centro del pueblo. Produjese un barullo, una corrida, una alarma: ¡Fuego! ¡Nos están matando! ¡Nos pegan! Uno no entendía al otro."

Cuando Benjamín estuvo por emprender su viaje hacia los países lejanos, resolvió ante todo armarse de valor y despojarse del miedo. Impúsose la obligación de caminar a solas a altas horas de la noche, dormir solo en una habitación y salir sin compañía por los alrededores del pueblo, aunque eso le costara salud y el miedo le hiciera bajar de peso. Su nuevo comportamiento en el hogar y en la sinagoga, su semblante pálido y meditativo, sus misteriosas ausencias por varias horas empezaron a llamar la atención y lo hicieron objeto de toda clase de habladurías. Unos decían: "No hay duda que está loco, falta de juicio". En primer lugar —aducían— Benjamín, efectivamente, ha sido siempre un poco alelado, le faltaba un tornillo; en segundo lugar, hace ya varios años que Tuneiádevke no tiene su loco, y ya se sabe que toda ciudad que se respeta debe tener su sabio y su loco consagrado. Sobre todo ahora, con estos calores terribles. ¿Por qué no admitir la hipótesis de que, en efecto, es un desequilibrado?" Otros, y a su frente estaba Aizik David, el hijo de Aarón José, esposo de Sara Zlate, decían: "¡Bah, bah!... Y nuevamente: ¡Bah! ¡bah! Verdad es que Benjamín es un poco atontado, es decir, bastante atontado, pero de esto no se infiere de modo alguno que deba ser loco. Porque si así fuere, habría que preguntar: ¿por qué justamente ahora y no antes? Por el contrario, el verano pasado y el antepasado los calores han sido mucho más intensos. ¿Entonces? Pues veamos el ejemplo de nuestro río. Es cosa pública que nuestro río nos priva anualmente de una persona, y sin embargo, hace ya

un par de años que no nos ha quitado a nadie. Contrariamente: en los últimos tiempos ha decrecido a tal punto que en algunos parajes se le puede cruzar a pie, sin mojarse. . . Pero, ¿y el caso de Benjamín, entonces? En fin..." Empero, los más, incluso las mujeres, afirmaban: "Debe estar en relación con los majos espíritus. . . Sin duda está en combinación con el propio Maligno... con él en persona... Si así no fuera, ¿por qué anda arrastrándose de noche, a solas, en la obscuridad? ¿Poi qué se pierde por varias horas diariamente? ¿Por qué, si así no fuese, duerme solo en la despensa? Su propia mujer, Zelde, cuenta también que de noche oye como unos gol pee jtos en la despensa, escucha unos ruidos cual si dieran allí pasos". . .

Estas conversaciones, naturalmente, fueron girando hasta llegar al círculo que sesionaba en torno de la estufa de la sinagoga, y de allí pasaron el conciliábulo de la casa de baños. Por de pronto, no llegaron a terminar con Benjamín. Pero, entre tanto, pusieron de acuerdo para formar una comisión de judíos virtuosos, incluso el escriba de la localidad, encargada de visitar las viviendas con el fin de revisar minuciosamente los amuletos colgados en los dinteles. Y como la asamblea consideró que este asunto era de interés público, un beneficio para la población, resolvió en consecuencia que, para cubrir los gastos que semejante elenco debía hacer, era preciso subir el precio de la carne. . . Hay en Tuneiádevke un dicho: De cualquier cosa que se hable, hay que acabar hablando de la muerte, y sea cualquiera el tema que aborde una asamblea, debe terminar por aumentar el impuesto a la carne. Y así es realmente, por vía natural, al parecer, y no puede ser de otra manera. Así lo concibe también la razón, porque el fin del hombre es la muerte, y el fin del judío es pagar impuestos.

La muerte y los impuestos, he ahí dos cosas inevitables. Con este objeto ha creado Dios el mundo, y tal como El lo ha hecho, así está bien, así debe seguir. Sólo los herejes plantean sus dudas. . .

Algo más tarde ocurrirle a Benjamín una aventura que le hizo famoso. En cierta ocasión, un día caluroso de estío, en pleno mediodía, justamente cuando el sol más abrasa, salió del poblado y se internó bien adentro del bosque, a bastante distancia de la población. Llevaba en los bolsillos sus libros, sin los cuales no daba un paso. Sentóse en el bosque, apoyado en un árbol, y sumióse en sus meditaciones. Y tenía mucho en qué pensar. Inmediatamente su mente lo transportó allá lejos, a los confines del mundo. Caminaba por montañas y valles, por desiertos y por todos los sitios mencionados en sus libros. Seguía paso a paso a Alejandro Magno, a Eldad Adani y a otros más, veía la terrible cerasta, el dragón, las víboras, los lagartos y otras especies de seres raros y deformes, llegó hasta los Judihuelos Rojos y habló con los Hijos de Moisés. Luego regresó pacíficamente y pensó en la manera de emprender realmente el viaje.

Entre tanto, había caído la noche. Incorporóse Benjamín, enderezó sus huesos y tomó el camino de su casa. Marchaba y marchaba y no terminaba de salir del bosque. Anduvo una hora, dos, tres, cuatro, sin dar con la salida. Extravióse en el interior del bosque. Reinaba una obscuridad completa, no se distinguía nada. De pronto se desencadenó una tormenta, cayó una lluvia copiosa, relampagueaba, tronaba y los árboles bullían y causaban pavor. Detúvose Benjamín, empapado por la lluvia, daba diente contra diente de frío, de humedad y de espanto. Parecíale que de un momento a otro iba a ser atacado por un oso, o sería destrozado por un león o un leopardo, o le saldría al frente el Matul, que, según lo describe el

libro "Sombra del Universo", es un animal enorme, de forma alargada, dotado de amplias manos, con las cuales puede derribar a un elefante. Sintióse invadido por el terror; a todo esto estaba hambriento, no había tenido en su boca más que una torta de sémola en todo el día. Apenado, se puso a recitar la plegaria vespertina, oraba con éxtasis, con fervor.

Dios mediante, llegó el día. Nuestro Benjamín se puso nuevamente en marcha, al azar. Anduvo caminando hasta dar por fin con un estrecho sendero. Tomó por él y marchó un par de horas, cuando de pronto oyó a distancia una voz humana. En lugar de regocijarse, se estremeció de miedo. Parecióle que no era sino la de un bandido. Espantado, con el aliento entrecortado, empezó a correr en dirección opuesta, pero al rato se dijo: "¡Fú, Benjamín! Tú pretendes viajar tan lejos, por mares y desiertos, donde abundan los lagartos, las bestias feroces y las razas salvajes, y he aquí que te asustas ante la idea de encontrarte con un bandido. ¡Ay, ay, vergüenza debiera darte esto, Benjamín! ¿Ha huido Alejandro Magno como tú? ¿Acaso él también se sintió descorazonado como tú cuando, montado en su águila, se le había acabado la carne en la punta de su lanza, la que servía de aliciente al águila para alzarse más y más? No. Alejandro Magno no se escapó, sino que cortándose un trozo de su propio cuerpo, lo hundió en la punta de la lanza! Por el contrario, Benjamín, tú debes animarte, porque ésta es una prueba a que ve somete Dios. Si sales bien de ella, tanto mejor será para ti. Entonces, Benjamín, habrás probado que eres un hombre y, con la ayuda del Todopoderoso, serás digno de lograr tus ansias relativas a los Hijos de Moisés, tu deseo de hablar con ellos acerca de los judíos de nuestras comarcas, de contarles prolijamente las costumbres de nuestros correligionarios de aquí, lo qué hacen y de lo que se ocupan. Si

vences en esta prueba y vuelves tus pasos en dirección a esa voz, entonces triunfarás sobre todos tus temores y sustos. Te convertirás en una pieza excelsa, en una bendición para los hijos de Israel y harás honor a Tuneiádevke. Tuneiádevke y Macedonia, estos serán los dos lugares igualmente famosos en el mundo, gracias a Alejandro Magno ya ti! . . .

Nuestro Benjamín, en efecto, volvió sobre sus pasos y, reconfortado, rebotante de confianza, siguió su marcha hasta tener delante de sí al bandido. Era un campesino que iba en un carro lleno de bolsas, arrastrado por una yunta de bueyes.

—¡Buenos días! —exclamó bruscamente Benjamín al acercarse, con una voz que encerraba todas las modalidades: grito y ruego al mismo tiempo, como si dijera: "Toma, ven, haz conmigo lo que quieras". Parecía implorar: "¡Por favor, ten piedad de mí, de mi mujer y de mis hijos, pobrecitos!". . .

Habiendo dicho, o gritado y llorado el "Buenos días", quedóse Benjamín mudo, como estrangulado. La cabeza le daba vueltas, su vista quedó nublada, las piernas se le aflojaron y, desfallecido, desplomóse en el suelo.

Cuando abrió los ojos y volvió en sí, encontróse acostado en el carro, encima de una gran bolsa de papas, tapado con un grueso capote. A su cabecera tenía un gallo maniatado, que lo miraba de soslayo con un solo ojo y lo rasgaba con sus uñas. A sus pies tenía varias canastas con ajo tierno, cebollas y otras legumbres. Al parecer había también huevos, porque salía de allí una pajilla menuda que le llenaba los ojos. El campesino, sentado en el pescante, fumaba tranquilamente su pipa y gritaba a cada rato a los bueyes: "¡Arre, vamos, arre!". Los bueyes apenas si se movían y las ruedas del carro chillaban en forma extraña, cada cual con

otro sonido, produciendo en conjunto un concierto destemplado que destrozaba los tímpanos. Por lo visto, al gallo tampoco le resultaba grato aquel chirrido, porque cada vez que las ruedas daban una vuelta completa y emitían sus agudos chillidos, hundía con fuerza sus uñas en el cuerpo de Benjamín y lanzaba su quiquiriquí con tanta furia, que durante varios minutos su garganta quedaba atragantada por sus resoplidos. Benjamín se sentía deshecho y quedó largo rato como abombado. No era poco lo que había sufrido: miedo, hambre, humedad y frío. Parecía que un turco lo había tomado cautivo en el desierto y lo conducía ahora para venderlo como esclavo. "Ojalá —pensó entre sí— ojalá, por lo menos, me venda a algún judío, así tal vez me pueda librar algún día. Pero si me vendiera a un príncipe o —Dios no lo consienta— a alguna princesa de raza extraña, estaré perdido, perdido para siempre". Y justamente le vino a la memoria en aquel momento la historia de José con Zlija, mujer de Putifar, y, lleno de congoja, lanzó un profundo quejido.

Dióse vuelta el paisano al escuchar el suspiro de Benjamín, acercósele y le preguntó:

—¿Estás un poco indispuerto, judío?

La cabeza de Benjamín, entre tanto, habíase despejado y recordó lo que había acaecido con él. Pero hallábase en una situación de apremio: no sabía hablar el ruso. ¿Qué hacer, pues? ¿Cómo contestarle al incircunciso y cómo entenderse con él para averiguar adonde lo conducía?

Trató de incorporarse, pero en vano. Las piernas, doloridas, se negaban a obedecerle.

—¿Estás algo indispuerto? — volvió a interrogarle el aldeano, y acto seguido gritó bruscamente: ¡Arre, vamos, arre!

—Indispuesto. Pero mis piernas, ¡ay, ay, ay! —replicó Benjamín como pudo, señalando sus extremidades.

—¿De dónde eres, judío?

—¿De dónde eres, judío? —repitió Benjamín mecánicamente con una tonada.— Yo soy de Tuneiádevke, me llamo Benjamín.

—¿Eres de Tuneiádevke? Dime entonces, ¿por qué me miraste con ojos tan raros, como si fueras un extranjero? Y puede ser que seas un extranjero no más, la madre que te parió. ¡Arre, vamos, arre!

—Sí, ¿cómo?, yo te dije en seguida que soy Benjamín de Tuneiádevke — repuso Benjamín en su lenguaje mixturado, poniendo una cara de lástima y extendiendo una mano.— ¡Por favor: en Tuneiádevke mi mujer te dará un trago y pan del sábado y te lo va a agradecer mucho.

El campesino, por lo visto, comprendió lo que Benjamín quería significarle.

—Buen judío — observó y volvió a ocupar su asiento en el pescante, con el rostro vuelto hacia los bueyes, gritándoles: ¡Arre, vamos, arre!

Unas dos horas más tarde el carro llegó al centro de la feria de Tuneiádevke. Hombres y mujeres lo asaltaron con distintas exclamaciones. Uno gritaba:

—¡Oye: ¿cuánto quieres por el gallo, por las cebollas?

Otro preguntaba:

—¿Traes papas, huevos?

En esto intervino un tercero:

—Oye: ¿no has visto en el camino a un judío? Uno de los nuestros, Benjamín, se perdió ayer como en el agua.

Antes de que el aldeano pudiese replicar, las mujeres cayeron como langostas sobre el carro, levantaron el sobretodo y todas a una lanzaron un grito:

—¡Benjamín!... ¡Aquí está! Zipe querida, Bascheba-Brandel: corred ligero con la buena nueva a Zelde, decidle que se ha encontrado su pérdida. Ya no será una pobre mujer abandonada.

Prodújose una batahoda, una corrida, toda Tuneiádevke se mecía, chicos y grandes acudieron para ver a Benjamín. Lo acosaron con palabras, con preguntas, con chistes, le contaron que el día y la noche anteriores anduvieron buscándolo por doquier, removiendo la tierra y ya lo consideraban muerto como un mártir, en aras del Señor, y a su mujer, la pobre, en triste abandono para siempre.

De pronto, en medio de aquel tumulto, llegó llorando la mujer de Benjamín. Restregábase las manos al ver o su consorte tendido en el corro, pálido, semimuerto, sin poder moverse. Ella, la pobrecita, no sabía qué hacer: si maldecirlo y hacer recaer sobre él su triste ánimo, o si dar desahogo a su alegría, a su júbilo, porque Dios la había salvado de la viudez.

Unos minutos después, Benjamín, tal cual estaba tendido sobre la bolsa de papas, fué conducido con gran pompa a su casa, a través de la feria. La población entera de Tuneiádevke, pequeños y adultos, le rindieron honores, nadie se dejó rogar, todos lo acompañaron con estrépito, gritando: "¡Mártir, mártir, mártir!"

Desde entonces quedóle este mote. Lo llamaban Benjamín el Mártir, y a su mujer, Zelde la Abandonada.

Ese mismo día vino el curandero de Tuneiádevke y le aplicó a Benjamín todos los remedios imaginables. Le puso ventosas y sanguijuelas, lo afeitó completamente y le dijo, al irse, que con todos esos remedios estaría curado, con la ayuda de Dios, y podría asistir al día siguiente a la sinagoga para recitar una plegaria en acción de gracias.

## CAPITULO TERCERO

### Cómo Benjamín se acopló con Senderl "La Judía".

ESTA historia, acaecida con Benjamín, y que tantas penurias causara a su mujer y diera lugar a tantas habladurías en el pueblo, así al lado de la estufa sinagoga como en el banco superior de la casa de baños, debía, en realidad, haberle hecho desistir para siempre de su proyectado viaje hacia las comarcas lejanas. Gran error: el suceso, por el contrario, afianzó en él más aún aquella idea. A partir de ese momento mirábase a sí mismo con más respeto, se consideraba un hombre experto que pasó en su vida por muchas vicisitudes, y valía para sí mismo diez veces más por su coraje, por la fortaleza con que había soportado tantas pruebas difíciles y vencido a su propia naturaleza. Empezó a considerarse un héroe, un filósofo entendido en los siete sabidurías que se encuentran relatadas en el libro "Sombra del Universo", de cuya lectura se había empapado, así como de otras obras por el estilo, creyéndose por ello informado de todo lo que ocurre en el mundo. Empezó a estimarse a sí mismo y a compadecerse de que él, un hombre como él, se encuentre, ¡malhadado!, como una rosa entre las espinas, ¿dónde? ¡en Tuneiádevke!, en un reducto, en medio de gente rústica que no entiende nada ni sabe nada. Las habladurías y las indirectas que caían a costa suya fueron, justamente, las que le impulsaron a emprender su itinerario. Sentía ganas de irse cuanto antes de Tuneiádevke. "¿Cuándo llegará ya el día — pensaba — en que me vaya allá lejos, y regrese con buenas nuevas y mercedes para los judíos, con

honos y fama universal, y entonces todos los de Tuneiádevke, grandes y chicos, sabrán lo que soy yo, Benjamín, y lo que valgo".

Entre tanto, deteníanlo las siguientes causas menudas: Primero: ¿de dónde sacaría para los gastos? El jamás había tenido un centavo en el bolsillo. Pasábase los días en el ocio, en la sinagoga, y Zelde, su mujer habilidosa, era la que ganaba el pasar con un almacén- cilio que se había hecho cuando perdieron la pensión paterna y pasaron a depender de sí mismos. ¿Y qué era, valga el término, ese almancencillo? Si su mujer no se dedicara, además, a tejer medias, a desplumar aves en invierno hasta altas horas de la noche, a preparar grasa para venderla en tiempo de Pascua, a comprar algunas pichinchas a los campesinos que conoce, los días de feria, no tendrían con qué sostener el cuerpo. ¿Vender alguno de los objetos domésticos? ¿Pero qué era lo que tenía? Un par de candeleros de bronce que Zelde había heredado de su madre y en los cuales hacía la bendición de las velas y que fregaba continuamente y se enorgullecía de su posesión. De joyas no tenía más que un anillo con una perla, sacada de la pañoleta estrellada de su madre, y lo conservaba bajo llave y no se lo ponía más que en las grandes fiestas y en las ocasiones solemnes. ¿Vender entonces algunos de sus efectos personales? Pero todos sus bienes se reducían a un levitón sabático hecho para su casamiento y que yacía, raído y deshecho, por delante y por atrás, con el forro amarillo que se le salía por todos los costados. Verdad es que poseía un sobretodo corto, pero de sobretodo, valga la palabra, sólo tenía el nombre, el cuello estaba mondo, sin piel alguna. Para su boda, su padre, que en paz repose, mandó que no le mezquinaran el género, sino que, por el contrario, le pusieran al abrigo un cuello largo, con mano generosa, y que le aplicaran arriba abundante

forro, que había sobrado de un gabán suyo, comprometiéndose al mismo tiempo a liquidar el resto de la dote y hacer forrar el sobretodo con pieles y el cuello con entretela. La dote no la solventó, y el abrigo y el cuello quedaron en este estado hasta el día de hoy. . .

Por otra parte, Benjamín no sabía cómo hacer para irse de su casa.

¿Hablar con su mujer respecto de su viaje y explicarle claramente todo el asunto? ¡De ninguna manera! Habríase producido un escándalo, una batahola. Ella seguramente lloraría a lágrima viva y lo tendría por un loco, porque, ¿dónde se ha visto que una mujer tenga discernimiento para comprender tales cuestiones? Una mujer, al fin y al cabo, hasta si es habilidosa, no pasa de ser una mujer. Lo que el más insignificante de los varones tiene en una uña, no lo tiene, ni puede tenerlo en la cabeza la más noble e inteligente de las mujeres. . .

¿Irse en secreto, sin despedirse? Eso resultaría chocante. ¿Quedarse en casa y renunciar del todo el viaje? Absolutamente imposible, sería lo mismo que suicidarse.

El viaje se hizo para Benjamín como una segunda naturaleza. Así como un judío debe rezar tres veces por día, así debía él pensar en su viaje a cada instante. Ni en sueños se le salía de la mente y se le aparecía bajo distintas formas. Grabábase hondamente en su corazón y ocupaba sus ojos y sus oídos, al punto de que dejó de ver y de escuchar lo que tenía en torno suyo y sólo veía y oía lo que sucedía allá lejos, en las regiones distantes. Más de una vez, conversando con la gente, intercalaba bruscamente palabras como: "India, Sambation, Antioquía, cerasta, dragón, asno, mulo, algarroba, melifluo, turco, tártaro, bandido" y otras por el estilo.

El viaje debía llevarse a efecto. ¿Pero cómo vencer los impedimentos? A eso no pudo encontrarle solución. Dábase cuenta que tenía necesidad de alguien con quien pudiera aconsejarse.

Había un hombre en Tuneiádevke y su nombre era Sénderl, en memoria de su bisabuelo Rab Senderl. Y este Sénderl era un sujeto simple, humilde, sin vueltas. Poseía en la sinagoga un sitio detrás del estrado, lo que por sí solo atestiguaba que no era de los prohombres de Tuneiádevke, de la crema, de la flor y nata. Las pláticas de la sinagoga las escuchaba habitualmente en silencio, como un extraño. Y cuando, a veces, salía con una observación, provocaba grandes risas, no porque ella encerrase quién sabe qué ingenio o agudeza, sino porque lo dicho por él, sin que se supiera por qué, causaba risa por más que él lo dijera con toda ingenuidad y estuviera lejos de querer hacer reír a nadie. Por el contrario, cuando la gente se echaba a reír, él ponía ojos de asombro, como preguntando por qué se reían. Pero no por eso se enfadaba nunca; era un individuo bueno, un hombrecillo pacífico, como una vaca calmosa, de esas que suele haber; ni sabía que tenía que incomodarse. Si alguno se reía, pues que se riera en buena hora si esto le causaba placer.

Lo que, sí reconocían todos era que una palabra de Sénderl contenía a veces una linda ocurrencia, aun cuando él mismo no quisiera darle ese alcance y la pronunciara ingenuamente. La gente gustaba hacer bromas con él. Todas las travesuras que se hacían en la sinagoga lo tomaban por blanco a él. En cambio, cuando había convite de aguardiente y pasteles, con motivo de algún aniversario u otro suceso, a él le tocaba siempre la parte más flaca.

En suma, Sénderl era siempre y en todas partes la víctima propiciatoria. No era, como otros, un empecinado; si alguien decía así, para él estaba bien así. Sénderl accedía a la voluntad ajena, no para anular la propia ni para que el otro dejara de anular la suya frente a la de él. sino que se sometía, lisa y llanamente, a la voluntad de los demás.

—¿Qué me importa a mí? —tal era su expresión Habitual— ¿Qué más me da? Si tú quieres que sea así, así sea.

Entre los muchachos era Sénderl un muchacho. Con frecuencia gustaba andar, charlar, jugar con ellos, y experimentaba gran placer en ello. En medio de ellos era Sénderl como una vaca calmosa que deja que los chicos se acerquen a ella, la monten y le rasquen el hocico. Los más atrevidos se le subían a la cabeza y le tiraban de la barba. Algunos se sentían molestos y gritaban :

—¡Respeto, tunantes, por un mayor, por un judío de barba! ¿Por qué le pellizcáis la barba, bribones?

—No importa, no le hace —respondía Sénderl— ¿Qué me importa a mí eso? ¿Qué más me da? Que me rasquen no más un poco.

En su propia casa, Sénderl, el pobre, no lo pasaba muy bien. Su mujer era la que llevaba los pantalones, y él recibía de ella un trato duro y amargo. Ella lo tenía siempre aterrorizado, a veces le propinaba una bofetada, que él, desmazelado, tenía que recibir con muestras de agrado. En vísperas de una fiesta, ella lo hacía blanquear la casa, recogiéndole la barba con una pañoleta. El le mondaba las papas, le estiraba la pasta y le cortaba los fideos, le preparaba el pescado relleno, acarreaba y llenaba de leña el horno y le prendía fuego, igual que una mujer. Por esto, justamente, le aplicaron el apodo de Sénderl "La Judía".

A este hombre eligió Benjamín para abrirle su corazón y para aconsejarse con él sobre lo que debía hacer. ¿Por qué precisamente a Sénderl? Porque Benjamín había sentido siempre por él cierto cariño. Sénderl le agradaba por muchas cosas, coincidía con él en muchos asuntos y sentía un verdadero gusto en conversar con él. Posiblemente haya contribuido para eso el hecho de que Benjamín consideraba que Sénderl no era un testarudo. Aceptaría su plan y le cedería en todo lo que él le dijera. Y si en algunos puntos disintiese con él, Benjamín, con la ayuda de Dios y con su labia, lograría vencerlo.

Y cuando Benjamín fué a visitar a Sénderl, encontrólo sentado en un banco, pelando papas. Una mejilla la tenía muy encendida, debajo de un ojo se notaba una seña amoratada y un rasguño, cual si le hubieran arañado con un clavo. Estaba como adormilado, triste y malhumorado, a semejanza de una recién casada, a la que el esposo abandonara para irse allende el mar o como una mujer a quien su marido hubiese abofeteado.

La mujer de Sénderl no estaba en casa.

—Buenos días, Sénderl. ¿Por qué estás tan afligido, querido?

—preguntó Benjamín al entrar, señalando con un dedo la mejilla ardiente del dueño de casa— ¡Cómo! ¿Otra vez ella? ¿Dónde está, la malvada?

—En la feria.

—Muy bien — exclamó Benjamín con voz potente, movido por la alegría— Deja a un lado tus papas, alma mía, y ven conmigo a la alcoba. ¿No hay nadie allí? No me hace falta ahora guardián para estar contigo, pues quiero revelarte mi corazón. Ya no puedo contenerme, mi sangre bulle. ¿Vamos, ámate, querido, porque ella es capaz de llegar y estorbarnos antes de que acabemos.

—¿Qué me importa a mí! Sí quieres a prisa, así sea, ¿qué más me da?

— respondió Sándlerl penetrando en la alcoba.

—¿Sándlerl! —inició la plática Benjamín— Dime: ¿sabes lo que hay del otro lado de Tuneiádevke?

—Sí que sé. Allí está la destilería, donde se consigue a veces un buen trago de aguardiente.

—Eres un tonto. Yo me refiero a más allá, a más lejos.

—¿Más allá de la destilería? —replicó, asombrado, Sándlerl— No, de eso no sé nada. ¿Y tú, Benjamín, sabes?

—¿Sí yo sé? ¡Qué pregunta, si yo sé! Es allí precisamente donde empieza el mundo — dijo Benjamín con entusiasmo, como Colón en el momento de descubrir la América.

—¿Y qué es lo que hay allí?

—Allí, allí —enardecióse Benjamín— allí está la cerasta, el dragón. . .

—¿El dragón con que el rey Salomón cortaba las piedras para el Templo? — interpuso Sándlerl, cándida- mente, una observación.

—Sí, alma mía, sí, allí se encuentra Palestina; allí, en aquellas comarcas. . . Dime: ¿tú quisieras estar allí, eh?

—¿Y tú?

—¿Qué pregunta! Yo lo quiero, Sándlerl, lo ansio, y pronto he de estar alió.

—Te envidio, Benjamín. Vas a hartarte de algarrobas y de dátiles. ¡Ah, ah!

— Tú, Sénderl, puedes comerlos ¡guol que yo. Tú osees en Palestino una parte igual a la mía.

— Tengo una parte, pero ¿cómo llego allá si está bajo el dominio del Turco?

— Para esto, Sénderl, hay un remedio. Dime, querido, ¿sabes algo de los Judihuelos Rojos?

— Bastantes historias he oído a su respecto en la sinagoga, al lado de la estufa. Pero ignoro dónde se encuentran exactamente y cómo se llega hasta ellos. Si yo lo supiera, te lo avisaría seguramente. ¿Por qué no? ¿Qué me importa a mí?

— ¡Ah, ah! Pues mira, yo lo sé —dijo Benjamín con orgullo y extrajo del bolsillo el libro "Alabanzas de Je- rusalén"— Mira lo que dice aquí. Voy a leértelo.

"Cuando llegué a Bruti —así dice el libro— encontré a cuatro judíos de Babilonia. Hablé con uno de ellos, que entendía el hebreo y se llamaba Rab Moisés, y me contó muchas cosas verídicas del río Sambatión, del cual le hablaron ciertos ismaelitas que lo habían visto, y me aseguró que allí habitan los hijos de Moisés."

Y agrega: "Y ese hombre acaudalado me refirió que unos treinta años atrás había hospedado a un señor que era de la tribu de Simeón, el cual contó que en su región existen cuatro tribus, una de ellas la de Isajar, que se consagra al estudio de la Ley de Moisés, y de esta tribu tienen un rey sobre ellos".

Además, en el libro "Viajes de Benjamín de Tu- dela" se lee expresamente: "A veintiocho jornadas de allí están los Montes de Naisabur junto al río Gozán. Israelitas de Persía cuentan que en las montañas de

Naisabur existen cuatro tribus de Israel: la de Dan, Zebulón, Aser y Naftalí. Tienen ciudades y grandes poblaciones en las montañas; de un lado están circundados por el río Gozán y no pesa sobre ellos el peso de los gentiles, gobernándolos un príncipe cuyo nombre es Rab José Amarclá Halevi. Son aliados de Cafar al-Taruk". Figuran además otras muchas cosas acerca de los Hijos de Rajab, los cuales tienen sobre sí un rey judío y ayunan e imploran a Dios constantemente por los dispersos de Israel. Y bien, ¿qué piensas, querido, si ellos, por ejemplo, se encontraron súbitamente con que yo, su hermano Benjamín de Tuneiádevke, he venido a verlos? ¿Eh, qué te parece, Sándel? Dime, por favor, ¿qué te parece esto, Sándel?

—Sin duda sentirán un gran gusto, Benjamín, en recibir a semejante huésped, a un visitante tan grato. Cada cual te invitará a almorzar a su casa. Y seguramente lo mismo hará el rey Amarclá. Por lo menos, salúdalos cariñosamente en nombre mío. Si yo pudiera, por vida mía que te acompañaría.

—¡Ah! —exclamó Benjamín, inflamado por una nueva idea que se le acababa de ocurrir— ¡Ah! ¿Y si tú, Sándel querido, hicieras efectivamente el viaje junto conmigo? Tontuelo, ahora se te ofrece una bella oportunidad. Ya que voy para allá, te llevaría conmigo. Entre dos, tontuelo, eso resulta más entretenido. Y si yo —vaya uno a saberlo— llegara allí a ser rey, te nombraré virrey, a fe mía. Aquí tienes mi mano, en señal de pacto. ¿Qué vas a hacer aquí, tontuelo, sufriendo el infierno de tu consorte, la malvada? Fíjate qué mejilla te ha dejado. Tu destino, en manos de ella, ¡ay de tí!, es triste y sombrío. Por Dios, Sándel, ven conmigo y no te arrepentirás.

—¡Bueno! —respondió Sénderl— Si tú quieres que sea así, así sea. En cuanto a ella, ¿qué me importa? Tendría que ser un imbécil para decirle adonde pienso irme.

—¡Alma mía, déjame que te dé un beso! —exclamó Benjamín con gran regocijo, abrazando afectuosamente a Sénderl la Judía. — Tú, alma mía, me acabas de resolver un problema, un problema complicado. Ahora yo también digo, como tú: "En cuanto a ella, o sea mi mujer, ¿qué me importa? Pero hay otra cuestión: ¿de dónde sacaremos para los gastos?

—¿Para los gastos? ¿Pretendes acaso hacerte ropa nueva, Benjamín, o mandar arreglar tu levita? Yo, atiéndeme bien, diría que eso no hace falta. A fe mía que no. Estando de viaje, por el contrario, es preferible llevar ropa usada. Allí, en el punto de destino, hemos de recibir seguramente levitas nuevas y hermosas.

—Sí, es verdad. Estando allí eso ya no me preocupa. Pero entre tanto, hasta llegar allá, necesitamos de algún dinero, aunque más no fuera, simplemente, que para comer.

—¿Qué es eso de comer, Benjamín? ¿Acaso pretendes llevar contigo una cocina? ¿Para qué? ¿No hay posadas o casas por el camino?

—No entiendo, Sénderl, lo que quieres decirme — repuso Benjamín, con asombro.

—Entiendo —replicó Sénderl, con candidez— que con tal de que haya casas, se podrá recorrerlas en el trayecto y pedir ayuda. ¿Qué hacen los demás judíos? Hoy unos van a pedir a otros; mañana éstos irán a hacer lo mismo a casa de aquéllos. Estas cosas suceden, entre los judíos. Se trata sólo de un préstamo. . .

—Tienes razón, en verdad —exclamó Benjamín alegremente.— Ahora la luz se ha hecho en mis ojos. Si es así, yo, a Dios gracias, estoy listo y provisto de todo. Mañana mismo, bien temprano, cuando todo el mundo esté durmiendo todavía, podremos salir. Es una lástima perder tiempo, a fe mía. ¿Estás de acuerdo?

—Si quieres mañana, que sea mañana. ¿A mí qué me importa?

—Mañana bien temprano, óyeme Sénderl, saldré cautelosamente de mi casa. Te esperaré cerca del solitario molino de viento. Recuerda, Sénderl, mañana bien temprano tienes que acudir allí. Recuérdalo — tornó a repetir Benjamín, disponiéndose a partir.

—Aguarda un momento, Benjamín, aguarda — observó Sénderl, buscando algo en el bolsillo interior de su chaqueta. Extrajo de allí un viejo trapo sudoroso, envuelto con piolines y atado con veinte ligaduras, sin exagerar. —Mira, Benjamín, esta reserva he logrado juntarla a escondidas de mi mujer en todo el tiempo que estamos casados. ¿Nos vendrá muy bien al principio, eh?

—Ahora, querido, mereces que te bese todos los miembros de tu cuerpo, cada cual por separado —dijo Benjamín en voz alta, animosamente, abrazando a Sénderl.

—¡Ah, tragado seas por la tierra! ¡Miren un poco el gran cariño, cómo se abrazan, mientras la cabra, dentro de la casa, se está tragando las papas! ¡Así se coman tu cuerpo los gusanos! — dejóse oír bruscamente una voz.

Era la mujer de Sénderl. Estaba encendida como un fuego, señalaba con una mano a la cabra y con la otra llamaba hacia sí a Sénderl. Este, con la cabeza gacha, se puso a caminar a paso lento hacia el interior de la casa, como un niño culpable a quien se está por castigar.

—Animo, alma mía, ésta será la última vez que lo hace. Recuerda, mañana. . . — susurró Benjamín al oído de Sénderl, y se escurrió de la casa como un gatito.

## CAPITULO CUARTO

### Que trata de la salida que de Tuneiádevke hicieron Benjamín y Sénderl

AL día siguiente, al amanecer, antes aun de que el pastor condujera sus vacas al rebaño, nuestro Benjamín aguardaba ya cerca del molino de viento, con un lío debajo del brazo. Dentro del paquete llevaba todas las cosas necesarias para el viaje, a saber: el taled y las filacterias, un devocionario, los Salmos y demás libros sin los cuales no podía moverse, como no se mueve un artesano sin sus herramientas. Allí estaba también su levitón sabático, pues debía presentarse dignamente y quedar bien ante la gente. Llevaba en el bolsillo unos quince centavos, que había sustraído a su cónyuge, antes de partir, debajo de la almohada.

En suma, llevaba, gracias a Dios, todo lo necesario y podía ya emprender el viaje.

Entre tanto, el sol había salido muy hermoso y contemplaba al mundo con su rostro radiante. Cada mirada suya infundía salud, alegraba cada cosa que tocaba. Arboles e hierbecillas parecían sonreír dulcemente, antes de que las grandes lágrimas del rocío se les secaran, a semejanza de chicuelos que rompen a reír de súbito en medio de su llanto, cuando les muestran un juguete, mientras sus ojos conservan aún lágrimas como arvejas. Las avecillas flotaban, raudas, en la atmósfera, jugueteando y cantando en torno de Benjamín, cual si dijeran:

—Venid, cantemos y toquemos y alegremos al bello personaje que se encuentra cerca del molino de viento. Es Benjamín en persona, Benjamín

de Tuneiádevke, el Alejandro Magno de su tiempo, que ha abandonado su patria, ha dejado a su mujer y sus hijos y sale en misión, a la buena de Dios. Ahí está el gran Benjamín, que, a semejanza del sol, ha salido de su tienda y se regocija como un héroe al ponerse a correr mundo, con su bulto entre las manos. Es fuerte como un leopardo y ágil como un águila para cumplir la voluntad de nuestro Padre en el cielo. Cantad, tocad: trililili, trili, tril. Tocad, cantad y alegrad su corazón. . .

Benjamín, ciertamente, tenía el corazón pletórico de gozo. Pensaba entre sí: "Soy el hombre más feliz de la tierra. ¿Qué me falta ahora, a Dios gracias? A mi mujer, loado sea el Altísimo, la he asegurado bien. Tiene con qué ganarse el sustento. Y yo mismo soy un pájaro libre, igual que todos estos pajarillos de aquí. El mundo entero está abierto para mí. Con mi experiencia, con mi valentía, con mi conocimiento de las siete ciencias, un individuo como yo no ha de perderse. Además, soy judío, es decir, hombre optimista. Aparte de otros méritos, los judíos se pasan la vida a base de optimismo, y Dios es su guía.

Benjamín sentía el corazón henchido de placer, al punto de que sus labios se abrieron y entonó dulcemente a paso de marcha, con voz queda, un himno al Todopoderoso. Su marcha mezclóse con el canto de los pajarillos, con el zumbido de las moscas, con el chirrido de los grillos, elevándose en concierto hasta el Trono Supremo, en el séptimo cielo.

Mientras tanto, había transcurrido bastante tiempo y Sénderl no venía. Esto empezó a molestarle a Benjamín y a atenuar su alegría. Miró en todas las direcciones, los ojos se le salían escudriñando, pero en vano. No se oía, no se veía nada. Sénderl no aparecía.

¿Le habría convidado con alguna ocupación su malvada? No, no era ese el momento para ello, pues toda Tuneiádevke dormía aún profundamente. Las papas empezaban a pelarlas más tarde, los preparativos para el almuerzo los hacían las mujeres después de pelearse con sus esposos, después de castigar a los chicuelos y de colgar a secar los trapos. . .

No sabía qué hacer nuestro Benjamín, y se le iba enfriando del todo la alegría. ¿Volvería a casa? ¡Fu, eso sería muy feo! Alejandro Magno, para impedir su propio regreso, rompió el puente a través del cual entró a la India. ¿Partir solo, sin Sénderl? No, eso sería chocante, muy chocante. Sénderl le era indispensable, desde que se juntara con él la luz se había hecho en sus ojos. Ponerse en camino sin Sénderl hubiera sido una locura, se hubiera parecido a un barco sin timón o a un gobierno sin ministro.

De pronto dejóse ver a distancia algo así como una figura humana. Parecía Sénderl y sin embargo no parecía él. Diríase una mujer con vestido de percal y con un pañuelo en la cabeza.

Benjamín sintió un revuelco en el corazón y se puso lívido como un muerto. Parecióle que venía llegando su propia mujer. No, no caminaba, sino que corría, volaba, estaba a punto de llegar y de arrojarse sobre él con ira, veíala descargar sobre él su corazón lacerado y arrastrarlo de vuelta a casa, con llantos y gemidos.

"Sólo Dios sabe —refiere el propio Benjamín— cuán apenado, qué dolorido me sentía yo en aquel momento; hubiera preferido toparme con cien dragones antes que con mi mujer; porque un dragón muerde solamente el cuerpo, mientras que una mujer, cuando se pone iracunda, roe y muerde también el alma. El Omnipotente, empero, dióme fuerzas y acto

seguido, imbuido de valor, huí, escondíme detrás del molino de viento, y allí aceché como acecha el león a su presa."

Algunos minutos después salió Benjamín de su escondrijo, dando un terrible salto y un grito, como un desequilibrado:

—¡Ah, Sénderl!

Sénderl llevaba un batón de percal, tenía ambas mejillas atadas con un pañuelo grasiento, amoratados los ojos, rasguñado el rostro, un bastón en una mano y un bulto en el hombro.

En aquel momento Sénderl parecía a los ojos de Benjamín un dechado de belleza, como una novia engalanada a los ojos de su prometido.

Benjamín describe en estos términos su alegría de aquel momento: "Como un cervatillo ansioso de manantiales, como un sediento en el desierto que encuentra una corriente fresca y rumorosa que cae desde una peña, así se regocijó mi cuerpo anhelante con Sénderl, mi bien amado, mi fiel camarada".

—¿Qué ha pasado, Sénderl? ¿Por qué te hiciste esperar tanto?

—¡Cómo! Si he ido a tu casa —respondió ingenuamente Sénderl— Hasta que llegué y hasta que desperté a tu Zelde, pasó bastante tiempo.

—¡Despertaste a Zelde! —exclamó Benjamín con voz desaforada, fuera de sí— ¿Por qué has hecho eso, loco?

—¿Y por qué no? —repuso Sénderl, asombrado— Primeramente te llamé en la despensa, y como no contestaras, me puse a golpear en la alcoba, tac, tac, tac. Entonces Zelde, más muerta que viva, se levantó, y le pregunté por ti.

—¡Sénderl, estamos perdidos! Lindo mejunje has hecho. Ahora Zelde nos va a seguir, Zelde nos. . .

—No temas, Benjamín. Ella me mandó a los mil demonios con tanta furia, como si le hubiese quitado algo. "Vete junto con mi marido a los quintos infieras!", me dijo, cerrando la puerta. Largo rato me quedé afuera, como aturdido. Después me acordé del molino y pensé que a lo mejor estarías aquí. Por eso, según Parece, ha dicho tu cara mitad: "¡Vete junto con mi marido a los quintos infiernos!". Ella, según se colige, debe de haberte visto partir hacia aquí.

—¡Cómo, cómo, Sénderl! ¿Qué ella me ha visto? ¿Tal vez nos sigue ahora, nos sigue tal vez?

—¡Qué esperanza, Benjamín! Lo que hizo fué echar cadena a la puerta. Cuando, antes de partir, volví a golpear y a preguntar: "Zelde, Zelde, ¿qué le mandas decir a tu esposo? ¿Tal vez quieres mandarle algo, Zelde?", ella no contestó palabra. Parece que es de sueño duro y duerme profundamente, que esto no le pese. Entonces le grité: "¿Duermes, Zelde? Pues duerme, duerme en paz. ¡Adiós, Zelde!", le dije, y me fui.

Las últimas palabras de Sénderl reconfortaron a Benjamín como gotas. Suspiró, jadeante, cual si se le hubiera caído una piedra de encima. Su rostro resplandecía y sus ojos brillaban con gran alegría.

—Ahora, Sénderl —lanzó Benjamín un extraño chillido— ahora, adelante con el pie derecho.

Entre tanto, desde un lodazal llegaron voces de ranas, como si se despidiesen de nuestros personajes, croándoles una marcha. Las ranas de Tuneiádevke chillan con estrépito en sus ciénagas, son famosas en el mundo entero, a la par de las chinches y cucarachas de Dnieperovitz . . .

## CAPITULO QUINTO

### Lo que sucedió con nuestros personajes en su primera salida

ABALANZARONSE nuestros personajes y emprendieron la marcha con toda premura, cual si se hubiesen desprendido de una cadena que los sujetara, o como si alguien estuviese azuzándolos detrás con un látigo. Con sus amplios faldones que ondeaban al viento, eran comparables a un barco arrastrado velozmente por sus velas desplegadas. Bien quisieran los conductores de ciertas diligencias de nuestras comarcas, a fe mía, que sus caballos corriesen tan ligero como lo hacían nuestros viandantes. Cuervos y lechuzas que paseaban por el suelo les cedieron respetuosamente el paso y huyeron a todos lados, gritando, aterrorizados, a la vista de aquellos bípedos que caminaban tan presurosos y entusiasmados.

No hay pluma capaz de describir la dicha, la inmensa felicidad que los embargaba en aquel momento. Sentían un extraño placer y estaban contentos, locos de contento, consigo mismos y con el mundo todo.

Sénderl, al parecer, se consideraba feliz por haberse escurrido de manos de su consorte y por haberse librado de aquel cautiverio duro y amargo. El día anterior, sobre todo, había sido para él, ¡pobrecito!, muy cruel y despiadado, un día de pesares y de sufrimientos que dejó en su cuerpo una ristra de señales, que extirpó con furia abundantes pelos de su barba y dejó al descubierto, con toda evidencia, signos amoratados debajo de sus ojos. ¡No os deseo, hombres de paja, un recibimiento tan sombrío y triste como el que le diera a Sénderl, ¡malhadado!, ayer de mañana, su marimacho!

Largo rato estuvieron corriendo nuestros personajes con el alma en la mano, quedamente, sin cruzar palabra alguna. Entraron en calor y en sus rostros aparecieron gruesas gotas de sudor. Sénderl, jadeante como un ganso, empezó a ceder y a pararse por momentos.

—Rápido, rápido, Sénderl! — lo aguijoneó Benjamín, corriendo impetuosamente adelante, a semejanza de un héroe que, armas en mano, vuela como una flecha hacia la batalla.

—¡Piedad, Benjamín, ten piedad de mi alma! — imploró Sénderl— Ya no tengo fuerzas para seguirte. Tú corres, que esto no te pese, como un ciervo entre las montañas y como un macho cabrío delante del hato.

—¡Ligero, más ligero, Sénderl! —siguió gritándole Benjamín, mientras corría delante, orgulloso de su agilidad— Mira, Sénderl, yo correría así hasta el fin del mundo.

—¿Pero por qué, Benjamín, dímelo por favor, corres tanto? —preguntó Sénderl— Por vida mía que no estamos por perder nada. Aunque lleguemos allí con uno o más días de atraso, tampoco va a peligrar nada. El mundo no está por perecer todavía, pues, según tengo entendido, ha de subsistir aún, hasta el séptimo milenio, sus buenos siglos.

—¡Vamos, Sénderl, apúrate, es una pena perder el tiempo. Cuánto más pronto salgamos de aquí, tanto mejor será. Empéñate, Sénderl, esfuérate un poco, no importa. Por eso, cuando lleguemos allá enderezarás tus huesos, respirarás libremente y vivirás como un rey.

—Tienes mucha razón, Benjamín. Si quieres más a prisa, así sea, a mí esto no me importa. Yo, de mi parte, accedo, ¿pero qué hacemos con las piernas, con mis piernas?

No quedaba otro recurso: Benjamín tuvo que ceder y aminorar un poco la marcha.

Cuando el sol se hubo alejado del horizonte y empezó a calentar con fuerza, a quemar con sus rayos luminosos, nuestros viajeros se dejaron caer cerca de un bosquecillo, al borde del camino. Allí quedaron, tendidos en el suelo, bañados de sudor, jadeantes y deshechos. Las huellas amoratadas de Sénderl se recalentaron y empezó a sentir un dolor cual si lo pincharan con agujas.

Después de descansar un rato, lo primero que hicieron fué extraer cada cual su taled y sus filacterias y entregarse a la oración. Benjamín se meneaba, rezaba animosamente, con ardor, merecía por ello un trago de aguardiente. ¿Pero dónde conseguirlo en aquel lugar? Hubiérase contentado con un simple trozo de pan.

Iba desfalleciendo, crecía su apetito después de aquella caminata intensa, sentíase capaz de tragar el mundo entero, pero, como por obra del diablo, no llevaba encima un mendrugo de pan ni del tamaño de un higo. Lanzaba miradas a un lado y otro, se retorció los dedos, bostezaba, se rascaba, se relamía, decía continuamente "ta, ta", acariciaba y estiraba sus patillas enrolladas, su barbilla, volvía a rascarse y a decir "ta, ta", hasta que, tomando una resolución, sacó de su bulto un libro de plegarias, y se puso a leerlo canturreando una melodía ritual.

—Sénderl —interrumpióse al poco tiempo— ¿Sabes lo que estoy recitando ahora? ¿Te das cuenta por qué lo estoy haciendo con esta tonada?

—Debes de tener hambre, sin duda — respondió Sénderl candidamente.

—¡Bah! \*—repuso Benjamín— Y aunque tuviese hambre ¿qué hay con eso?

—Pues bien, por eso cantas —contestó Sénderl— Hay un refrán ruso al respecto: "Canta el judío cuando tiene hambre". Tú, Benjamín, puedes seguir cantando. Canta, canta nomás, y yo, entre tanto, haré otra cosa.

Y mientras decía esto, Sénderl metió la mano en su bulto y extrajo de allí una bolsita.

—¡Bah! Tú no sabes, tú no comprendes por qué procedo así —adujo Benjamín— Sénderl, tontuelo, voy a explicarte el motivo.

Sénderl, empero, seguía haciendo lo suyo e iba abriendo lentamente la bolsita. Cuando Benjamín lo vió, sintió que todo su cuerpo se le inundaba de luz. Había en la bolsa de todo: pan común, pedazos de pan entrelazado que quedaran del sábado, pepinos, rabanitos, cebollas, ajo. Sénderl lo tuvo presente todo, había preparado todo como una buena ama de casa, y merecía por ello a los ojos de Benjamín más consideración que antes. Alegróse éste en su fuero interno que Dios le hubiese enviado tan excelente compañero de viaje. "Ah, —se dijo entre sí— a Sénderl me lo ha mandado Dios a semejanza del maná que enviara a los hijos de Israel en el desierto".

Una vez que hubieron satisfecho su hambre, Sénderl envolvió en la bolsita los víveres que habían sobrado, diciendo:

—Esta comida nos vendrá bien para otra vez, y la bolsita nos servirá para mil veces más, para toda nuestra vida. Con ella, Dios mediante, ¡remos a implorar por las casas. No importa: Dios, bendito sea Su nombre, no nos va a abandonar.

El mantelillo milagroso de los cuentos de hadas al que se le dice: "Manetlillo, mantelillo, dame de comer, dame de esto, dame de aquello", y el mantelillo da, ese milagroso y admirable mantelillo lo representa entre nosotros, los judíos, la bolsa del pobre. Muchos, muchísimos seres se alimentan toda su vida, con admirable facilidad, de esa bolsa, y aun la dejan en herencia a sus hijos y nietos. En el fondo, la bolsa es siempre la misma, pero varía de nombre y de forma, según la gente que la emplee. Entre el vulgo es simplemente una bolsa, una bolsa de lienzo; en cambio, entre la gente encumbrada adopta toda clase de formas: a veces es una caja social, un miembro del clero, una sociedad de beneficencia, un banquito de préstamos, una caja de socorros mutuos, un autor locuaz, etc. Todas éstas son en el fondo bolsas de mendicidad, bolsas auténticas, bolsas judías. . .

—Sénderl —habló Benjamín, reconfortado por las palabra de aquél— Nosotros dos parecemos una pareja concertada en el cielo, somos un solo cuerpo y una sola alma. Si tú te preocupas de las cosas terrestres, de los víveres necesarios para nuestro viaje, yo, en cambio, me consagro a las cosas del espíritu. Nuevamente te pregunto, Sénderl: ¿sabes por qué recito ahora la plegaria con esta melodía? Persigo con ello un gran propósito. Me preocupa ahora que, cuando el Omnipotente nos traiga allá lejos, a la tierra de los Hijos de Moisés, podamos abrir la boca y entendernos con ellos. Porque has de saber que ellos hablan medio en arameo, pero más que nada emplean el lenguaje de estas preces. El- dad Adani, que vino hacia nosotros de aquellas regiones, fué, a mi modo de ver, el autor de estas oraciones. Aquí, en nuestras comarcas, puede uno pasarse con nuestro lenguaje, el idisch; pero allá seguramente no lo entienden.

—En estas cosas confío plenamente en tí —repuso Sándlerl con humildad— Eres un hombre instruido, consultas siempre tus libros y seguramente sabes lo qué haces y adonde te encaminas. La prueba está que yo ni siquiera te he preguntado si vamos por la ruta verdadera. Tú caminas y yo, ¡qué me importa!, te sigo como una vaca a su ternero.

Sintióse muy satisfecho Benjamín por la confianza absoluta que Sándlerl tenía en su sabiduría. Considerábase a sí mismo como un capitán que dirige personalmente su barco. A pesar de esto, se le ocurrió en seguida que, en efecto, no conocía el sitio en que se encontraban y pensó que a lo mejor se habían extraviado, apartándose del camino verdadero.

Mientras estaba pensando en esto, Dios hizo aparecer a un campesino que guiaba un carro repleto de heno.

—Sándlerl —dijo Benjamín— no está de más que le preguntes el camino al incircunciso. Ve, a propósito, e interrógale. Aquí, en estas comarcas, tú sabrás explicarte mejor que yo con los aldeanos en su lenguaje rústico. Para algo tu mujer solía llevarte con frecuencia a la feria.

Levantóse Sándlerl, se acercó con gran respeto al campesino y le dijo en su lenguaje especial:

—¡Buen día! Dime, hombrecito, ¿cuál es el camino a Eretz Israel? (Palestina).

—¿Qué? —exclamó el aldeano poniendo una cara de asombro— ¿Qué Sruel? Yo no he visto a ningún Sruel.

—No, no —intervino Benjamín a distancia, no pudiendo contenerse— Esto de Sruel lo dice usted. Pero él, Sándlerl, dice Eretz Israel, valga la diferencia. Díselo otra vez claramente, Sándlerl. Tiene cabeza de rústico. ¡Claramente, claramente, Sándlerl!

—A Errretz Isrrrael ¿dónde está el camino? — volvió a preguntar Sénderl, subrayando las eres.

—Que el diablo os entienda, judíos, que me estáis trastornando la cabeza. ¡Este es el camino a Pievki, y él dale con Elesluel, Elesluel! — rezongó el labrador remedándolos; y dando un escupitajo, siguió su camino.

Nuestros personajes, a su vez, tornaron a ponerse en marcha.

Benjamín sentía un dolor en las caderas, las piernas las tenía como amputadas. Sin embargo, se hacía el desentendido, dábase ánimo, se impregnaba de coraje. Y porque le resultaba difícil andar derecho y con rapidez, veíase obligado a ir dando saltitos. Sin duda, ya no era la misma manera de caminar de antes. Aquello resultaba un suplicio. No obstante, cumplía con su deber y avanzaba, porque, en verdad, ¿qué otra cosa le cabía hacer? ¿Tenderse en el suelo? ¿Qué habría conseguido con ello? ¿Y qué era eso de tenderse repentinamente, sin más ni más, en el camino? Con eso sólo hubiera causado sinsabores a Sénderl y el viaje se habría interrumpido. En fin, así anduvieron todo el día, hasta que, al anochecer, Dios les hizo llegar a Pievki.

Al entrar en la posada de Pievki, lo primero que hizo Benjamín fué tirarse cuán largo era en un rincón, para descansar las piernas y apaciguar su agitada respiración.

Sénderl, como una vieja ama de casa, fué a ocuparse de los quehaceres domésticos y a tratar de la cena.

Miró el posadero a Sénderl de pie a cabeza, y por su aspecto comprendió que no tenía que vérselas con un pasajero común, de esos que suelen pasar por allí habitualmente. Dióle la mano, preguntóle por su

nombre y por el lugar de donde venía, a lo que el otro le respondió ingenuamente que se llamaba Sénderl, que era un judío medio palestinese y actuaba como auxiliar de Rab Benjamín, el cual yacía en aquel momento con su honorabilidad en un rincón cercano. El posadero puso una cara piadosa, meditó un rato y luego invitó a Sénderl a tomar asiento.

Dejemos ahora a la princesa, o sea a Sénderl conversando con el posadero, y volvamos al príncipe, a ver qué hacía Benjamín.

Nuestro Benjamín, al echarse en el rincón, quedó yerto como una piedra, sin saber en qué mundo estaba. Las venas de sus piernas estaban muy hinchadas, la sangre hervía en ellas, corría y borboteaba, cual si lo estuviesen picando y agujoneando montones de hormigas. Latían sus sienes, golpeteaban como mazos. En sus oídos retumbaba un ruido persistente, que terminaba con un largo sonido, como el de una trompeta, o con un estallido agudo, como cuando se prenden cohetes. Con cada cohete que disparaban, resplandecían bruscamente ante sus ojos millares de llamaradas multicolores: amarillas, verdes, azules, rosas, rojas y de otros colores infinitos. Un minuto después los colores se extinguían, su vista se inundaba de una oscuridad absoluta y en sus oídos volvía a retumbar como en un molino.

Estando así embobado largo tiempo, oyó Benjamín, desde afuera, a mucha distancia, un retintín de campanillas. Los sonidos se venían acercando más y más, se hacían nítidos y potentes, y de pronto se oyó un chirrido, cual si un carro se hubiese parado de repente delante de un portón. Percibiéronse toda clase de voces que parecían llegar al cielo, como si toda una población se hubiese congregado allí para deliberar:

voces agudas, aflautadas, gruesas, broncas, gangosas, sin que se supiera a qué venían. Los gatos, cuando se reúnen, en su tiempo, en las azoteas, se sabe que son gatos, para qué se juntaron y lo que quieren con sus maullidos, aunque no se entienda el lenguaje gatuno. Aquí, empero, resultaba difícil decir por qué chillaban y qué querían; era una mezcla de risas, de quejidos, de suspiros, de lamentos, de susurros, al mismo tiempo que se dejaban oír tosecitas, un tono de insolencia, el sonarse de narices, golpes y palmaditas. ¡Como para comprender lo que era, lo que significaba todo aquello! Poco después abríase la puerta y un tropel de gente irrumpió en la casa con estrépito.

Benjamín se fué metiendo más y más en el rincón, y se acurrucó como pudo.

Entre tanto, la habitación se iluminó con muchas velas, prendidas en candeleros de bronce; las velas de unos se hallaban aseguradas con cuñas y se erguían como sobre patas; otros, con bocas demasiado grandes, anchas, no muy profundas, tenían sus velas torcidas y sujetas abajo, a un costado, con pedazos de cartón.

En un extremo de una larga mesa de roble había un grupo de músicos preparando sus instrumentos. El violinista se ocupaba del violín, cosquilleaba sus cuerdas, cada una de las cuales, con su particular sonido, le respondía "zim, zim", como si dijera: "No importa, puedes consquillearnos, nosotras estamos listas, con tal

de que no hayo inconveniente con tu arco". Asía el arco, lo acariciaba y lo aprestaba para tocar. El flautista conversaba quedamente con la flauta, el tamborilero recorría con los dedos su instrumento y lo golpeteaba suavemente con los palillos. Sólo el platillero ciego permanecía con la gorra caída sobre los ojos y dormitaba.

Cerca de los músicos, parado en una silla, había un personaje que, tan pronto como pronunciaba una palabra, todos se desternillaban de risa. Hasta los niños hacinados allí y que miraban a través de las ventanas, se reían locamente y lo remedaban. El personaje lanzaba un grito: "Hurra! ¡ Que toquen un baile alegre en honor de los padres de los novios y del dueño de casa!" Los músicos ponían en juego sus instrumentos alegremente, animosamente, hombres y mujeres se juntaban y salían a bailar en rueda.

Todo se movía, las chinchas y las cucarachas salieron de sus guaridas y se diseminaron por las paredes.

Bailando, alguien cayó sobre Benjamín. El bailarín lo miró en la cara y lanzó un grito:

—¡Oh, Benjamín! Lo he agarrado, a fe mía, a la buena pieza! ¡Aquí está, aquí está!

A los gritos acudieron otros individuos. Benjamín reconoció entre ellos a la gente espectral de Tuneiá- devke y al rabinillo local.

Todos gritaban, a voz en cuello:

—¡Benjamín, ven a bailar! ¡Benjamín, ven a bailar!

—No puedo, a fe mía que no puedo —imploró Benjamín— No puedo moverme.

—¡No importa, no importa! —le contestaron—

Ven, vamos te dicen, que ya vas a poder. ¿Qué hay que poder? ¡Vamos, hombre, muévete! Muévete, bestia, que lo vamos a contar.

—¡A Zelde no! —gritó Benjamín, alarmado— Os ruego que no se lo contéis a Zelde.

—Muévete, pues, animal —le gritaron— Muévete, bestia, párate.

—Tened piedad, hermanos —impetró Benjamín— No puedo, por vida mía, moverme en este momento. Hay un motivo por qué no estoy en condiciones de hacerlo. Es un secreto, se lo voy a revelar al rabino.

Al prenderse firmemente con ambas manos del rabino para revelar su secreto, sintió de pronto, en un costado, un terrible golpe, que le hizo ver las estrellas; dolorido, echóse a un lado, restregóse los ojos y notó que la habitación estaba a oscuras y que penetraba en ella un reflejo de la luna. A su lado, tendido en el suelo, había un ternero, al que tenía abrazado fuertemente con ambas manos.

¿Qué había pasado? ¿De dónde salió repentinamente aquel ternero? ¿Lo habría parido Benjamín, acaso? Admitamos que éste era un animal, diez, cien veces un animal. Pero era un animal bípedo ¿y dónde se ha visto que una bestia de dos patas dé a luz un ternero? Verdad es que entre nosotros abundan los terneros, sobre todo en las casas linajudas, pero no pasan de ser terneros con figura humana. La mayoría de ellos, por el contrario, son de lindo aspecto, de rostro agradable y graciosos hoyuelos; pero el que tenía abrazado Benjamín era un ternero vulgar y común. ¿De dónde entonces, cabe preguntar, había venido a parar allá? ¡Cosa milagrosa: ha de haber caído del cielo!. . .

No, señores. No creáis en los terneros del cielo; entre todos nuestros terneros no hay uno solo que haya sido enviado desde el cielo. No se trata

de un milagro, como lo suponéis. No hay por qué admirarse ante ese ternero, ni bordar tantos comentarios a su respecto. Lo que pasó, lisa y sencillamente, fué lo siguiente:

Cuando Benjamín, más muerto que vivo, se dejó caer en el rincón, no notó, a causa de su gran fatiga, que al lado suyo había un ternero. En el momento en que su sangre entró en ebullición, quedóse dormido y vió en sueños el casamiento, los invitados y la orquesta. Estaba terriblemente intranquilo, iba metiéndose más y más en el rincón y cuando abrazó, soñando, al rabinillo de Tuneiádevke, resultó que en realidad abrazaba al ternero del posadero de Pievke, susurrándole al oído el secreto de su viaje. Empero, el ternero mostróse disgustado, no quiso que le abrazaran y le hablaran al oído. Alargó una patita, tocó a Benjamín en el vientre y lo hizo despertar.

Una vez desvelado, Benjamín, todavía confuso y azorado, seguía abrazado al ternero. Sólo después de un rato pudo rechazarlo de sí; incorporóse, lleno de temor, y se puso en marcha apresuradamente. El ternero, por su parte, librado de manos extrañas, levantóse a su vez bruscamente y se puso en fuga, cayendo en su carrera sobre Benjamín y desplomándose ambos con gran estrépito sobre una amplia tina de agua.

Alarmados por aquel ruido, Sénderl y el posadero con una vela en la mano, salieron corriendo del otro cuarto y se quedaron estupefactos.

Si un hacedor de versos hubiera visto en aquel momento a Benjamín y al ternero, hubiérase expresado de este modo: "Tiernos y amorosos, no se separaron nunca, ni en el rincón ni en el charco". Empero, el posadero y Sénderl, que eran hombres vulgares y no poetastros, separaron en el acto a los tiernos y amorosos. El ternero fué mandado con su madre, con

insultos por su mal comportamiento, y Benjamín fué sacado del charco y conducido a una alcoba especial, donde lo acostaron sobre varios montoncitos de paja, con una almohada en la cabecera.

## CAPITULO SEXTO

### Benjamín recibe una bofetada

REMOJADOS por el agua fría de la tina, los miembros de Benjamín cedieron un poco, y aquél, al levantarse de mañana, se sintió fresco y sano. Veía con toda evidencia un dedo milagroso en la historia del ternero, gracias al cual había recibido la cura de sus dolores. Demostróle a Sénderl cuan injusto es el hombre pecaminoso que se queja de sus desgracias y no se da cuenta que, a lo mejor, esas adversidades lo conducen hacia la dicha y que del mal nace el bien; cómo el Supremo Hacedor convierte en emisario suyo a cualquier ser, incluso a un ternero; cómo un ternero puede, a veces, ser hasta un médico; cómo un mosquito puede picar la cabeza, molestar y hacer la vida imposible. Una prueba de esto lo tenemos en el mosquito que le picó al emperador Tito, antiguamente. El suceso de la víspera era para él una señal de que su viaje se había iniciado en buena hora y que, Dios mediante, alcanzaría sus objetivos.

—Un aguador cuyos baldes se pasan de llenos es buena señal desde antiguo. Con tanta más razón tratándose de una tina repleta — habló Sénderl con voz grave.

Pero, a causa del dolor que Benjamín sentía todavía en las piernas y debido a los montoncitos de paja que le servían de suave lecho, quedóse todo el día en Pievke. Parecíase a un barco en alta mar, encallado en la arena, sin viento propicio para zafarse.

Al día siguiente levantóse Benjamín de su lecho y se puso nuevamente en camino.

Largo rato anduvo como malhumorado, sumido en reflexiones, sin pronunciar una palabra. De pronto se palmoteo la frente y se detuvo, muy apesadumbrado. Sólo a los pocos minutos abrió la boca y emitió, suspirando, estas palabras:

—¡Ah, Sénderl, me he olvidado de una cosa!

—¿Qué has olvidado, dónde has olvidado? — repuso Sénderl, asiendo su bolsa.

—En mi casa, Sénderl, en mi casa lo he olvidado.

—¡Ah, Benjamín! ¿Cómo se te ocurre? —contestó Sénderl—. Hemos traído, a mi parecer, todo lo que a uno le hace falta en el viaje: la bolsa, a Dios gracias, está; el taled, las filacterias, los libros de oraciones, están también; lo mismo los levitones sabáticos. Yo creo, a Dios gracias, que hay aquí de todo, que nos hemos llevado todo. ¿Qué es lo que nos falta? ¿Qué podíamos haber olvidado?

—La cosa que he olvidado, Sénderl, es muy importante, en extremo necesaria; ojalá todo pase en orden, pero si, Dios no lo permita, sucediese lo contrario, será entonces cuando nos daremos cuenta del gran valor de esa cosa preciosa que me he olvidado. Al salir de mi casa, olvidéme, en mi apresuramiento, de pronunciar cierta fórmula mágica que figura en un libro, sacada de un manuscrito muy antiguo. Esa fórmula debe ser dicha antes de emprenderse un viaje, al abandonar uno su casa, mientras cruza el umbral, y sólo entonces está uno seguro contra toda suerte de peligros y adversidades en el curso de la travesía. ¡He ahí lo que me he olvidado!

—¿Tal vez tengas la intención de que volvamos? — preguntó Sénderl con candidez.

—¿Estás loco o te falta un tornillo? —gritó Benjamín y la sangre se le agolpó en el rostro—. ¡Cómo! ¿Qué es eso de volver? Después de tantos esfuerzos y de recorrer un trayecto tan largo ¿regresaremos ahora a casa? ¡Cómo! ¿Y la gente? ¿Qué dirá la gente?

—¡Qué nos importa la gente! —repuso Séndelr—. ¿Acaso la gente te ha pedido que hicieras este viaje? ¿Ha hecho contigo un contrato y ha contribuido para los gastos, para que vayas vagabundeando?

—¡Muy cuerdo! —burlóse Benjamín—. ¿Y a Alejandro Magno le ha rogado el mundo que fuera a la India e hiciera allí la guerra? Y todos esos viajeros que ha habido entre nosotros, los judíos, ¿les ha pedido alguien que fueran de ciudad en ciudad?

—¡Qué sé yo! —contestó Séndelr con una sonrisa—. Por mí, todos ellos podrían haberse quedado en sus casas, a fe mía; hubiera sido, por vida mía, mucho mejor para todos. ¡Ah, tontuelo, tontuelo que eras, Alejandro Magno: tenías en tu casa de todo, pues te hubieras quedado allí para disfrutar de la vida y para acariciarte la panza. ¿Para qué querías la India, tontuelo? Y más extraña aun es la actitud de nuestros judihuelos: ellos sí que podían haberse quedado cada cual en su sitio y ocuparse de sus asuntos. ¿De qué sirve andar errando, vagar como un alelado, sin saber lo que se hace, y romper inútilmente los zapatos? Por vida mía, Benjamín, que si yo encontrara a uno de esos individuos, le haría ver en seguida su desatino.

Mucho tiempo estuvieron disputando nuestros personajes. Séndelr planteaba preguntas y Benjamín no se cansaba de demostrarle que no tenía noción alguna de estas cosas.

Sénderl se parecía, en aquel momento, a un caballo que sirve a su dueño fielmente, le obedece hasta ir por él al fuego, pero de pronto se apodera de él cierta manía, se empecina, se planta y se resiste a moverse de su lugar, por más que se le castigue y grite. Si Benjamín, en aquel momento, no lo azotó a Sénderl con un látigo, lo redujo, en cambio, con su dulce lengua, lo envolvió con lindas palabras, hasta que Sénderl se ablandó como una pasta y tornó a ser el buen rocín de antes. Paró las orejas, al escuchar las razones, en extremo agudas, de Benjamín, y finalmente habló, según su costumbre, en estos términos:

—Si quieres que sea así, así sea. ¿A mí qué me importa?

Una vez que hubo terminado con Sénderl, pusieron en marcha y después de andar por caminos y senderos, llegaron, maltrechos y extenuados, a Teterivke.

Era Teterivke la primera gran ciudad que vieran en su vida nuestros protagonistas. Por eso no tiene nada de extraño que se pusieran a mirar las calles adoquinadas y los altos edificios, sin cansarse de contemplarlos. Caminaban por las veredas, casi en punta de pie, alzando las piernas en forma extraña, cual si se cuidasen de pisar demasiado las piedras lisas y de causar —¡Dios no lo permitiera!— algún desperfecto. Piernas que no tienen muy buena suerte en los villorios, que son tratadas allí sin mayores consideraciones; piernas pueblerinas que no conocen, pobrecitas, ni siquiera dentro de las casas, un piso llano; piernas que se arrastran, desdichadas, como cerdos por el fango; piernas cuyos dueños las hunden allí muy hondo y las hacen pisotear con simpleza, sin mayores ceremonias; piernas de esta clase deben verse confundidas, como los borrachos, cuando sienten de pronto bajo sus plantas un puente de piedra y se ven

obligadas, por la distinción que se les confiere, a dar saltitos y a no saber dónde meterse. Piernas flamantes, recién llegadas del pueblecillo, ¿quién no os reconoce al punto en las calles adoquinadas de la ciudad?

Nuestros personajes de Tuneiádevke caminaban con el corazón compungido, cediendo el paso humildemente a todos los que enfrentaban. En tales casos Sénderl asía a Benjamín por una falda del saco y le daba un tironcito a un lado. A veces, por esta causa, tocábale a Sénderl bailar un poco con alguno que le venía al encuentro. El otro marchaba tranquilamente y chocaba con Sénderl, el cual, precisamente por cederle el camino, en realidad se lo obstruía. Entonces el otro tomaba la derecha, pero nuestro Sénderl se le anticipaba y allí estaba ya listo; ambos se abalanzaban hacia la izquierda y luego nuevamente a la derecha, hasta que, finalmente, el otro conseguía escabullirse. Un viadante, que parecía no tener interés en bailar con Sénderl, lo tomó por un brazo, sin ceremonias, y lo empujó a un lado, haciéndole sonar los dientes.

Todo les resultaba nuevo a nuestros personajes. Todas las cosas parecían señalarlos a ellos con los dedos. Gritaban los carros, chillaban los faetones, las puertas se alzaban con soberbia, las ventanas miraban orgullosamente con sus grandes vidrios y la gente les hacía muecas, gritándoles: "¡Respeto, pobres diablos! ¡Respeto, judihuelos provincianos! ¡Respeto, respeto!. . .

—Escucha, Benjamín —habló Sénderl después de alzar la vista y de observar con unción los edificios— Yo pienso, Benjamín, que esto es una especie de Estambul.

—¡Anda, anda, tontuelo! ¿Qué tiene que ver esto con Estambul? —replicó Benjamín, cual si fuera nativo de aquella ciudad— Estambul,

tontuelo, tiene quinientas veces quinientas calles, cada calle tiene quinientas veces quinientas casas de quince, veinte y hasta treinta pisos, y en cada casa habitan quinientas veces quinientas personas. ¿Crees que esto es todo? Pues no, aguarda un momento, aguarda, tontuelo; están además las avenidas, los pasajes, las callejuelas, los baldíos, que abundan como la arena del mar.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Sándlerl con estupefacción— Es una enormidad, da miedo una ciudad como ésa. Pero dime, Benjamín, te lo ruego, ¿de dónde salen todas estas grandes ciudades? ¿Por qué la gente se hacina en un lugar, los unos encima de los otros, como si el mundo fuese pequeño y no hubiese más terreno? Debe de haber algún motivo en el hecho de que la gente se aleja de la tierra y pretende alzarse hasta el cielo, tomar altura. ¿Será porque el alma del hombre proviene del cielo y por eso el pobrecito se siente atraído hacia lo alto, se ve dominado por el deseo de tender sus alas y encontrarse siempre en las alturas? ¿Qué dicen de esto tus libros, Benjamín? ¿No has encontrado alguna explicación de esto en tus libros?

—Según la filosofía —respondió el interpelado frunciendo el entrecejo— existe al respecto una doctrina de vasto alcance; hasta yo me he ocupado de esto en nuestra sinagoga, en las reuniones en torno de la estufa. Gracias a esto se explica la leyenda de los diez odres de pobreza que fueron enviados al mundo, así como el versículo: "Llena está la tierra de rapiña". Pero yo trataré de explicártelo de acuerdo con nuestra Tora, ya que tú, Sándlerl, has estudiado seguramente la Biblia. Según refiere el Pentateuco, antiguamente, en épocas pretéritas, nuestros antepasados vivían en tiendas, pero durante la generación de la Torre de Babel todos los

hombres se concentraron en un solo sitio, se pusieron a fabricar ladrillos y a construir una ciudad y enormes edificios que llegaban hasta el cielo. En medio de aquella faena se produjo entre ellos una confusión, uno dejó de entender al otro y quedó subvertido el orden. Por suerte, Dios los dispersó en seguida y los hombres tornaron a vivir, a respirar libremente y el mundo quedó salvado, pero no por eso desapareció el pecado de la generación de Babel. Desde entonces subsiste entre los hombres, por culpa suya, la tentación de congregarse y de hacinarse, de construir edificios elevados, de adquirir fama y de volar hacia el cielo. "¿Por qué me cargoseas como un mosquito? —díjole Abraham a Lot— ¿Por qué tu gente ha de pelear conmigo por una parcela de terreno? Ahí tienes delante de ti toda la tierra. Vete adonde quieras y déjame en paz".

Mas, antes de que Benjamín pusiera término a esta plática, dejóse oír el fuerte ruido de un coche que se vino sobre nuestros personajes desde atrás, derribándolos casi con su balancín.

—¡Zanahorias! —chilló el cochero, haciendo tremolar sobre ellos su látigo— ¿Por qué os arrastráis, demonios, como los cangrejos, y obstruís el camino? ¡Vamos, papanatas, vamos! ¡Eh, eh, autómatas!

Nuestros personajes, pobrecitos, alzaron las piernas y escaparon como ratas envenenadas, uno a un lado, otro al opuesto.

En su carrera tropezó Sénderl y quedó tendido en el suelo cuan largo era.

En su apresuramiento Benjamín chocó con una cesta de huevos que llevaba una mujer. Quebráronse los huevos y desencadenóse sobre él un infierno, un fuego, una gritería. La dueña de los huevos rotos —¡pobrecita! — lo cubrió de maldiciones feroces, quiso endilgarle un sopapo —o se lo

dió no más— y tenía intenciones de ensortijarse en su cabellera; en suma, Benjamín recibió su paga, hasta que, por fin, logró escabullirse de sus manos y huir por una callejuela lateral, adonde acudió también poco después Séndelr.

—Aquí tienes tu gran ciudad —apuntó éste, limpiándose el sudor de la frente con la falda del saco— Aquí no puede uno caminar, allá no puede pararse, acullá no puede descansar. ¡Que se lo lleven mil demonios!

—Todo esto trae su origen de la Torre de Babel —contestó Benjamín, jadeando como un ganso— Todo esto que ves ahora aquí es la Torre de Babel, con su tremenda confusión, con su estrépito, con sus latrocinios, sus rapiñas, sus crímenes.

—¡Ah, que el demonio se lo lleve todo! —repuso Séndelr— Ven, Benjamín, vamos a descansar. Tienes muy mal aspecto, te arde demasiado una mejilla, maldita sea aquella mujer. Limpíate, con perdón, el rostro; la malvada, en el ínterin, según parece, te lo ha embadurnado con una yema.

## CAPITULO SEPTIMO

### Del cambio que se produjo en lo político a causa de Benjamín

EN una de las casas de oración de Teterivke reinaba efervescencia con motivo de la guerra de Crimea que venía desarrollándose a la sazón. La gente congregada en torno de la estufa se había dividido en varios bandos, cada cual con su presidente y con su línea propia en política.

Jaikel el Ingenioso y su compañía ocupábanse intensamente de la tía Witie<sup>1</sup>, la analizaban minuciosamente y demostraban las intenciones y picardías que encerraba aquélla. Jaikel había sido relojero en un tiempo, poseía una mano liviana para surcar los panes ácimos, nadie se le comparaba en construir una tienda para la Fiesta de las Cabañas; en ninguna cabana la tabla de amasar, la pala, el banco de las comidas lácteas, la tapa del horno y la jaula rota de las gallinas estaban tan bien aprovechados como en la de él; por eso, cada vez que salía a flote alguna conversación relacionada con la maquinaria, la gente, respetuosamente, decía:

—Esto le corresponde a Jaikel. Jaikel sabe.

Jaikel refería siempre historias extrañas de raras máquinas inglesas, al punto de que el pelo se le erizaba a uno de espanto, y cuando alguien lo interrumpía con alguna palabra, preguntándole sobre el sentido de lo que explicaba, Jaikel se lo daba a entender breve y sencillamente, diciendo que se trataba de un resorte, y al hacerlo, empleaba una sonrísita tan dulce,

<sup>1</sup> Alusión al ministro ruso, conde Witte

como si le hubiera aclarado a su interpelante la pregunta más compleja y le hubiera traído la luz a los ojos. En una palabra, valiéndose del símil del resorte, Jaikel lo explicaba todo, tanto el funcionamiento del reloj como el del telégrafo o el de una caja de música y de otros inventos que circulan por el mundo. Pero Itzik el Simplificador nunca se mostraba satisfecho con los resortes de Jaikel, consideraba que sus explicaciones eran una especie de herejía, y observaba con tono de burla:

—Pronto Jaikel dirá que un autómatas y otros milagros parecidos se deben también a un resorte. . . ¡Fu, fu, por Dios! Todas sus cosas son, lisa y llanamente, con perdón sea dicho, simples nulidades, verdaderas tonterías.

Y porque Jaikel el Ingenioso estaba enteramente absorbido por la tía Witie, Itzik el Simplificador, eterno contrincante suyo, se prendió de la tía Rosíe<sup>2</sup>, defendiéndola con todas sus fuerzas. Cada uno de los dos bandos trabajaba celosamente por inclinar a su lado a los demás grupos. Cuando Jaikel parecía haber logrado ya algún éxito con Samuel Algarroba, presidente de la caterva del tío Ismael<sup>3</sup> y había conseguido ya, al parecer, un acuerdo con Berl el Francés, ferviente partidario de Napoleón, Itzik produjo alboroto al atraerse a Tobías el Ingenuo, adepto de Alemania; volaban mensajes de todos los rincones, cada cual ponía en juego sus recursos, el mundo se venía abajo y la sinagoga se mecía con violencia.

Justamente en aquel entonces, en pleno alboroto, llegaron nuestros dos personajes a Teterivke y se detuvieron en esa sinagoga, la que tomaron por albergue.

<sup>2</sup> Alusión a Rusia.

<sup>3</sup> Sinónimo de Turquía.

Sénderl, con su temperamento de ceder ante todos, tampoco se empecinaba en asuntos de política y asentía a todo lo que le decían. "Si quieres que sea así —solía decir— ¿qué me importa a mí?, pues así sea". Por esta razón cayó en gracia a todo el mundo. Al primer saludo, la gente coincidió en que Sénderl era un hombre sin hiél, un judío sin vueltas, desprovisto del hábito de la terquedad. Y mientras Sénderl, a semejanza de los demás, no se mostraba exacerbado ni hacía distinciones, Benjamín, en cambio, era muy seleccionador, habiéndole gustado más que todos, desde un principio, Samuel Algarroba, por quien se sintió atraído hasta el extremo de llegar a ser muy amigo suyo. Revelóle Benjamín el secreto de su viaje, y Samuel, prendado de aquel proyecto, conversó al respecto con Jaikel. Este puso en juego su cerebro, y aunque el asunto le resultó un tanto árduo, sin embargo le fué penetrando en la mente; poco después, en una sesión con Berl el Francés y con Tobías el ingenuo, planteó la cuestión, ante el consiguiente asombro de sus interlocutores.

—Benjamín —sostuvieron— no tiene, en realidad, el aspecto de un hombre común; es algo distraído, como si no estuviese presente en este mundo; cuando habla, resulta difícil saber lo que quiere; a veces se queda absorto, pone ojos inexpresivos y sonrío; su indumentaria y todas sus maneras son bien extrañas. Todo esto demuestra que es muy, pero muy de otra categoría, no un hombre vulgar; algo debe de haber dentro de él, no es posible que sea una cosa así no más. Tal vez este Benjamín ni siquiera sea tal Benjamín. ¡Vaya uno a saberlo! . . .

Cuando Benjamín y Sénderl, sin aliento, entraron en la casa de oraciones después de lo acaecido con la portadora de los huevos, reinaba allí un tremendo bullicio. El conciliábulo de nuestros políticos debatía

apasionadamente con Itzik el Simplificador, el cual gritaba con vehemencia, sobrepasando a todos:

—Mirad, ved lo que dice Josefo— gritaba Itzik, sin tiempo para respirar, señalando con un dedo en un libro— En Josefo se lee que Alejandro Magno quiso ir hasta los Hijos de Jonadab ben Rakab y llegó hasta los Montes Negros, pero ni él ni sus guerreros pudieron caminar allí, pues sus piernas se hundían en el fango hasta las rodillas. Porque allí no alumbra el sol y el terreno es muy fangoso. ¿Comprendéis ahora? Alejandro el Grande, Alejandro de Macedonia, fué volando, montado en un águila, y llegó hasta las puertas mismas del Paraíso, pero no pudo cruzar los Montes Negros. ¡Y va a hacerlo un personaje como el vuestro, un individuo como éste! De nada le servirá para esto Jaikel con todos sus resortes !

—¡Pedazo de bruto! —exclamó en alta voz Jaikel, toqueteándole a Itzik con un dedo— ¿Dónde están tus ojos? Por el contrario, fijate en lo que dice allí a continuación. Dice que Alejandro oyó que las aves le hablaban en griego. Un pájaro le dijo de esta manera: "Tu esfuerzo es vano, porque pretendes llegar hasta la casa de Dios y a la casa de sus siervos, los Hijos de Abraham, Isaac y Jacob". ¿Comprendes ahora, cabeza dura, por qué Alejandro Magno no pudo llegar hasta allí?

—En fin, ¿pero qué harás, gran filósofo, si resulta, conforme lo sostienen otros, que las Diez Tribus y los Judihuelos Rojos o Hijos de Moisés habitan en las inmediaciones del país del sacerdote Jon? Y bien: que trate tu personaje de dar con el país del sacerdote Jon. ¡Cualquier día!

—¡Bah! Tonterías, Itzik, por vida mía que son tonterías.

—Espera, espera, filósofo mío. Falta todavía el río Sambatión. ¡Alto! Allí llueve con piedras, es imposible dar un paso. Allí de nada te servirá ni siquiera tu Witte, aunque se ponga cabeza abajo.

—¡Eh, eh! Ya empiezas con Witte. Mira adonde has ido a parar.

—Realmente, Itzik, ¿qué es esto de molestar sin ton ni son al gobierno? —observó Berl el Francés, algo picado— Si ahora estamos hablando de Benjamín, insáltalo a éste todo lo que quieras, pero no mezcles en este asunto al gobierno, por favor.

—¿Por qué insultarlo a Benjamín? —adujo Tobías — Benjamín, a mi parecer, sigue un camino por el cual puede venir el bienestar para los judíos.

—¡Ah, Tobías, ingenuo que eres! —contestó Itzik con tono compasivo— De ti no esperaba, por vida mía, que estuvieras de acuerdo con ellos e hicieras semejante comentario sobre Benjamín. ¿Qué es lo que has visto en él?

—Vean un poco la salida de un hombre: "¿qué es lo que has visto en él?" —saltó Samuel Algarroba con acento de burla— ¿Estás loco hoy, Itzik, o qué? Su negligencia, su distracción, su manera de mirar, su modo de hablar, sus gestos demuestran perfectamente, a mi juicio, lo que es él; el semblante es el mejor espejo. Si todo esto no constituye una prueba para ti, no sé lo que significa para ti ser hombre. Aquí acaba de llegar, obsérvalo y dime, con perdón, si no está loco, simplemente falto de juicio. . . Vedlo: tiene una mejilla inflamada y tres líneas amarillas surcan su rostro. Y bien, Itzik, ¿qué cara tienes ahora?

Acercóse Itzik a Benjamín, lo contempló de pie a cabeza, escupióle casi en pleno rostro y se apartó enfurecido.

A partir de este debate relacionado con Benjamín, la política adquirió otro aspecto. Samuel Algarroba y Berl el Francés concertaron un pacto con Jaikel, Witte despachó a ultramar mil grandes barcos provistos de tremendas máquinas, el tío Ismael cruzó el río Pruth y Napoleón lanzó infinidad de hombres sobre Sevastopol. Tobías andaba con pies de plomo, no se decidía por un lado ni por el otro, mudaba de opinión sin saber en qué mundo estaba, e Itzik el Simplificador se quedó solo, aislado en medio de la corriente, hacía esfuerzos desesperados y se salía de su propio pellejo. No era para menos: ¡uno solo contra toda esa manga! Por esta razón le tuvo tiria a Benjamín, y a partir de aquel instante lo buscaba y trataba de dañarle.

"Dios es mi testigo —refiere Benjamín en un pasaje— que yo no me metí en aquella política. En primer lugar: ¿para qué sirve? En segundo término: ¿qué tiene que ver eso con un judío? Por mí, podría ser de un modo o de otro, que me daría lo mismo. Mi Sándlerl, por su parte, tampoco se inmiscuyó en estas cosas, y sin embargo Itzik no me dejaba en paz, ni de día ni de noche. A veces me adornaba con plumas por atrás, o me arrojaba una almohadilla, o hacía desaparecer un zapato mío y yo perdía la cabeza buscándolo; de noche, cuando me dormía en mi lecho, él, con una pajita, me hacía cosquillas en la planta de los pies, al punto de hacerme saltar, o bien daba un resoplido con tanta violencia, que yo me despertaba más muerto que vivo y me ponía a toser a causa del humo casi toda una hora, como si yo fuese el culpable de que los tres partidos hubiesen hecho un frente común".

## CAPITULO OCTAVO

### De la manera cómo nuestros personajes hacían de pedigüños

LA mayor parte del día nuestros personajes estaban entregados a su ocupación de ir recorriendo las casas de Teterivke, y al poco tiempo cobraron tanta fama que se les señalaba con los dedos y los recibían, quien con un chiste, quien con una sonrisa. Otro, en lugar suyo, se habría envanecido de aquel honor y habría difundido por doquier su grandeza, su fama entre la gente, con qué deleite se le contemplaba, cómo celebraban cada uno de sus dichos y con qué sonrisita se le recibía y acompañaba hasta la puerta. Nuestros personajes, empero, eran hombres humildes y no hacían caso de tales distinciones. Benjamín estaba abstraído por sus cosas y Sénderl se preocupaba de que la bolsa estuviese llena y que en la faltriquera hubiese algunas monedas para los gastos. Que uno las diera con una sonrisa y otro de mal talante, eso no tenía importancia, con tal de que dieran.

"Hoy es Purim, mañana se acaba.

Dame un cobre y échame afuera".

Esta canción popular judía nos habla bien a las claras de su sencillez, de su modestia, y Sénderl solía cantarla más de una vez en su caminata.

—Buenos días, que Dios os ayude —decía Sénderl al entrar en una casa, arrastrando detrás de sí, por la falda del saco, a Benjamín; luego le daba un empujón hacia adelante, susurrándole al oído que no tuviese vergüenza y que se colocase a un lado, con aire de dignidad.

Andando de esta manera, nuestros personajes entraron un día en una casa y encontraron a un joven coversando con el dueño. Parecía, a juzgar por lo que le decía, que estaba explicándole la importancia de algún asunto que preocupaba a la sazón al mundo; alabábase a sí mismo, exhibía unos papeles y exigía algo, pero el dueño de casa hacía muecas, se explicaba como podía y se mostraba ansioso de escabullirse de entre las manos del joven. Al divisar a nuestros personajes, el dueño asióse de ellos, como un náufrago que se agarra de una paja. Dirigióse rápidamente hacia ellos, en la creencia de que tal vez venían por un negocio importante y de paso lo librarían de su angustia. Mas, informado de quienes eran y lo que querían de él, quedóse confuso, atónito, como uno a quien la adversidad ataca súbitamente por todos los costados.

—Aquí tiene usted otros viajeros más —dijo el dueño de casa al volver en sí, dirigiéndose al joven— Estos señores, como usted ve, son también viajeros. ¡Vaya con esta novedad de viajeros que ha caído sobre nosotros!

El joven y nuestros personajes se miraron.

—Oye —tiróle Séndel del saco a Benjamín, mur- murándole algo al oído — Posiblemente este joven esté errando también hacia aquellos lugares. . . Es capaz — ¡Dios no lo consienta!— de adelantársenos y hacernos una mala jugada.

—A lo mejor formáis todos una sola banda —observó el dueño de casa.

—¡Qué esperanza! ¡De ninguna manera! —exclamaron al unísono Benjamín y Séndel— Nosotros andamos solos, andamos.

—Idos en buena hora por separado, pero para mí formáis una sola compañía — repuso el dueño de casa, sacando una moneda del bolsillo.

—Denos a nosotros, por favor, a nosotros —imploró Séndelr extendiendo una mano— Nosotros ya le entregaremos a este joven su parte. Vamos, joven, ya se la entregaremos, yo llevo cobres conmigo.

En esto se abrió la puerta de la cocina y una voz aguda resonó desde allí con gran violencia:

—¡Es él, es él! Ese que está al lado del judío flaco; también entonces venían arrastrándose los dos. Lo he reconocido, a la buena pieza, por su cara, por su bar- bita amarillenta, ojalá se le caiga pelo tras pelo. Dios quiera que se le paralice su corazón malvado, ojalá ruede por tierra a retorcijones y se le salga la medula de sus miserables huesos!

—Vámonos, Benjamín, vámonos —dijo Séndelr tirándole a Benjamín del saco— ¡Que el demonio se lo lleve al padre de esta desfachatada: todavía sigue preocupándose de los huevos rotos!

## CAPITULO NOVENO

### Cómo nuestros personajes fueron puestos a salvo por los méritos de sus antepasados

QUEJIDOS y suspiros se ve obligado a lanzar todo aquel que lee la historia de los hombres famosos, de las penurias que han tenido que soportar, pobrecitos, en este mundo, por el cual han sacrificado sus días y sus años, favoreciéndolo con sus obras útiles, inventadas por sus mentes esclarecidas. El mundo, por lo general, es habitualmente un niño que gusta estar pegado a la falda de la madre, sin apartarse un momento de ella; se deleita con las viejas y necias historias que las amas y abuelas le repiten cien veces por día; cree que no hay nada mejor que los juguetes suyos, los cuales encierran para él toda la sabiduría imaginable, y cuando llega el monitor para conducirlo a la escuela, con el fin de enseñarle algo, lanza alaridos como si estuvieran degollándolo. Prefiere el mundo vivir tal cual está acostumbrado, cualquier innovación le parece hartamente extraña, protesta contra ella, injuria y enloda al que tiene la osadía de inventarla. Sólo más tarde, cuando la novedad ha salido a luz, se ha aclimatado y pone en evidencia la grande utilidad que encierra, sólo entonces es acogida con frenesí, todos experimentan gusto en disfrutarla y echan en olvido al pobrecito que la inventó con el poder de su ingenio. Menos mal que el mundo se acuerda a veces de celebrar su aniversario o de erigirle un monumento. Millones de hombres viven hoy día felices y respiran libremente en América, en tanto que Colón, cuando le vino la idea de

descubrir el nuevo continente, hubo de padecer grandes sufrimientos, el mundo lo tomaba por loco y se burlaba de él.

Lo mismo ocurrió con nuestro Benjamín de Tuneiádevke. Mirándolo, lo consideraban un loco y oyéndole hablar de su viaje, la gente se descostillaba de risa, le hacía objeto de bromas, le tomaba el pelo. Por suerte, Benjamín no se daba cuenta de ello. De lo contrario, lo habría tomado a pecho, se hubiera enfermado y habría renunciado a su viaje.

Omitimos muchos de los brulotes que se le hicieron a Benjamín, a objeto de que esto no caiga sobre nosotros como una mancha eterna y no constituya un baldón para la historia de las generaciones venideras. Hacemos caso omiso de todas estas cosas, las pasamos por alto y proseguimos nuestro relato.

"En Teterivke—cuenta Benjamín— existe una gran comunidad de judíos, multiplicado sea su número. En vano les preguntaréis quiénes son, qué clase de gente son y de dónde proceden, pues ellos mismos lo ignoran. Saben, por tradición heredada de sus padres, abuelos y bisabuelos, que provienen de judíos, y a juzgar por algunas costumbres suyas, por su vestimenta, por su habla, por su comercio y por otros detalles, parecen ser realmente judíos, si bien judíos venidos de todas partes, desgajados de distintas tribus, porque uno casi no tiene que ver nada con el otro. Si, por ejemplo, uno de ellos se cayera, no sería levantado por otro, aunque. Dios no lo permita, se hundiera allí mismo y pereciera de muerte maligna".

"Hay entre ellos algunos que entienden muy bien el lenguaje del manipuleo, la jerigonza de los gitanos. Los judíos de este tipo conocen el arte de la mano, vale decir, que miran la mano de la gente y de esto extraen su sustento habitual... Conocen además otros oficios, entre ellos el de

fabricar globos y macanas, en el que son maestros consumados. . . Se dice que provienen de la plebe, de la simiente de los botoneros".

"En general —dice Benjamín— los habitantes de allí son gente honesta, buenas personas; siempre me han acogido con una sonrisita y me dedicaron mucha atención, se veía claramente que estaban muy contentos conmigo. Yo les deseo de todo corazón que Dios y toda la gente estén tan satisfechos de ellos como lo he estado yo. Amén".

Cosa rara —sigue contando Benjamín— en aquella zona se encuentran a veces personajes que suelen ser algo cochinos, lo que se nota a primera vista. Afirman algunos que se trata de una especie particular; otros sostienen que la región se presta para ello. Benjamín no quiere ahondar en este asunto, pues incumbe a los sabios estudiar la cuestión y explicarnos el significado del fenómeno. Pero sea como fuere —observa Benjamín— en una u otra forma, el asunto en sí no es nuevo en el mundo. Ya el viejo Matatías Delecarti, hace muchísimos años, trae en su obra "Sombra del Universo" un trozo de este tenor:

"Existe en Bretaña un pueblo dotado de colas, como las bestias; hay asimismo mujeres altas, grandes como gigantes, cubiertas de cerda, igual que los cerdos. En Galia ha aparecido un pueblo con cuernos. En sus montañas hay mujeres encorvadas, siendo tanto más hermosas cuanto más encorvadas son. Algo así como, en nuestros días, suele haber mujeres provistas de larga cola que se tamborea y se les arrastra por el suelo. Lo que ha sido, dice el versículo, también será, y no hay nada nuevo bajo el sol".

"Teterivke —afirma Benjamín— es grande, posee hermosos edificios y largas calles. Viéndola por primera vez parece que está viviendo, que se

agita y bulle, pero luego, cuando uno se acostumbra un poco, nota que en el fondo no pasa de ser una Tuneiádevke en grande. Sus moradores comen, se acuestan y se levantan todos los días a la misma hora. El tiempo se calcula allí en relación con las comidas; verbigracia: desde el desayuno hasta el almuerzo y desde el almuerzo hasta la cena, pues de desayuno, almuerzo y cena constituyen, en su vida, tres posadas, a las que ansian llegar para repararse y hacer algo, después de haberse pasado algún tiempo sin hacer nada en un descampado. Dicen que el aire de Teterivke produce pereza, negligencia y sueño. Cuando cae allí alguna persona enérgica, con deseos de hacer algo, pierde al poco tiempo su energía y sus deseos y no le queda más voluntad que para comer, dormir y levantarse para volver a comer y dormir".

En las posadas locales vió Benjamín a los recaudadores y picapleitos de los pueblecillos. Al irse de sus casas demostraron poseer valor y fortaleza más de lo que se requería. "Hay que viajar —trataron de convencer al público— trabajar y destinar el dinero para fines colectivos y otras necesidades de la población", por más que sus esfuerzos y su interés por estas cosas estaban completamente demás, algo así como una quinta rueda para un carro, ya que existe un padrón y todo se hace sin la intervención de ellos. Sin embargo, dominados por el ímpetu, demostraron muchas ganas, empezaron por recoger dinero para sus mujeres e hijos y para sus propios gastos, y se pusieron en marcha en buena hora. Al llegar a Teterivke, como por obra del demonio, perdieron en seguida su voluntad. ¡Qué habilidad ni qué habilidad! Permanecían en las posadas, perezosos, negligentes, y no hacían más que comer, beber y dormir, cual si se les hubiese aplicado un hechizo. En este estado se pasan allí los días y los

años. La gente, a su pedido, les envía dinero y más dinero y ellos, pobrecitos, no hacen más que bostezar, comer, dormir, como príncipes encantados, siendo imposible arrancarlos de allí; esto no lo logrará ningún taumaturgo ni curandero alguno.

Benjamín tenía ganas de trabar conocimiento con los renombrados sabios y autores de Teterivke. Al fin de cuentas él también era algo instruido, un pensador habituado al estudio y sabía lo que significaba ser un erudito judío y de dónde esa gente extraía sus conocimientos, su bagaje de las siete sabidurías. ¿Cómo podría haber estado allí sin visitar a esos hombres? Además, sentía deseos de conversar con ellos acerca de su viaje; individuos de ese jaez lo comprenderían y sabrían apreciar sus méritos. Abrigaba la esperanza de que ellos le otorgarían su conformidad y lo levantarían como sobre palancas, pues eran amantes de conferir su aprobación a cualquier pequeñez, a toda nimiedad, cuanto más a una empresa de tanta importancia como la suya; en este caso su pluma correría velozmente, a galope tendido.

Mas, a todos los doctos que visitara los encontraba o bien comiendo o bien durmiendo. Un día tuvo la suerte de dar con uno de esos personajes —escritor afamado, sujeto tremendamente célebre— el cual se hallaba recostado sobre un canapé, en un aposento apartado.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué desea, amigo?

—Así no más, conversar un poco.

Pese a todos los esfuerzos, el asunto no marchaba. El sujeto era muy cachaciento, apenas si movía los labios, tenía el alma en la punta de la nariz y los ojos se le iban cerrando. Benjamín lo reanimaba, incitábalo con

lo que podía, pero en vano; el otro se mostraba frío como el hielo. Sólo más tarde despabilóse un poco, bostezó y llamó a su mujer.

—¿Cuándo ¡remos a comer de una vez? —preguntó haciendo sonar los dedos, al tiempo que lanzaba un sabroso bostezo— Que sirvan la comida, porque —añadió\*— quiero ir a acostarme. . .

En una palabra, Teterivke era un excelente dormitorio; todo dormía allí pacíficamente, tanto la erudición como el comercio, los bancos, los procesos y demás negocios. Por más que se pretendiera despertarlos, no se conseguía hacerlos salir de su modorra. Cuando se reunían varios individuos, perdían en seguida el habla, se quedaban sentados, bostezaban y se miraban unos a otros como momias, hasta que el grupo entero se dormía. Sólo cuando iban a servir la comida sus miembros se ponían en movimiento, tornaban a la vida, se entregaban afanosamente a la comilona, terminaban de cenar y ¡buenas noches! Se iban a dormir a sus casas. . .

Más tarde Benjamín sintió en carne propia esta dejadez: no hacía en Teterivke otra cosa que comer y dormir, habiéndosele extinguido el deseo de llevar a efecto su travesía. Corría el riesgo de perderse allí, como un barco que entra en pleamar, y así habrían transcurrido sus días a no mediar un suceso que, cual una borrasca, para bien de él y del mundo, lo sacó de allí y le hizo proseguir su viaje.

El odio de Itzik el Simplificador iba creciendo de día en día. En los últimos tiempos habíase puesto a perseguir a Benjamín, a cargosearle como una mosca fastidiosa. Discutía con él acerca de su viaje, le oponía todos los escollos imaginables, diciéndole que llegaría al río Sambatió

cuando creciese pelo en la palma de su mano y vería a los Judihuelos Rojos como veía sus propias orejas.

Benjamín, empero, no se dejaba atrepellar y demostraba que existe un Creador del universo que no abandona aquellos que tienen fe en El. No importa — decía— él, con la ayuda del Omnipotente, llegaría hasta allá, para mal de sus enemigos. Y cuando Benjamín discutía, la sangre le entraba en ebullición, se ponía hecho un fuego y lanzaba en medio de la polémica, a grandes voces, palabras como "dragón, cerasta, mulo", lo que equivalía a decir: "Ladrad todo lo que os plazca, que yo ya estoy bien lejos, allá en el desierto, y voy caminando, caminando, caminando". . .

Itzik escupía tres veces y decía: "Está loco, falto de juicio, hay que llevarlo al curandero". Y tanto hizo, que apenas Benjamín aparecía en la calle, los pilletes le seguían como a un orate, le tiraban piedras, lanzaban hurras y gritaban: "¡Dragón! ¡Cerasta!"

Un día, mientras Benjamín y Sénderl andaban por la calle, una bandada de chicuelos los asaltó como langostas y los obligó a huir por una calleja estrecha. Corriendo por ésta, cuesta abajo, enfilaron por un largo y angosto pontón tendido sobre un riachuelo, donde se toparon de frente, justamente en el medio, con un individuo. No era posible eludirse, a menos de saltar abajo y romperse la crisma, o, cuando menos, quebrarse una pierna; cosas ambas, empero, que nuestros personajes necesitaban como su misma vida. Porque sin cabeza o sin una pierna no hubiera sido posible realizar el viaje. Y tanto Benjamín como Sénderl se quedaron inmóviles, con un palmo de narices.

—¡Ah, buenas tardes, Benjamín! —dijo el sujeto que les enfrentaba, con tono de reproche mezclado de burla— Buen encuentro, por vida mía, mejor no me lo hubiera deseado.

—Buenas tardes, buenas tardes, Rab Aizik David —replicó Benjamín todo turbado, con una voz que no parecía la suya.

El personaje que tenían en frente de sí era Rab Aizik David, el sabihondo de Tuneiádevke.

—¡Linda gente! —habló Aizik David en son de reproche— Se van de la casa con sigilo, como ladrones. ¿Por qué os habéis ido, puede saberse? Porque todas las cosas deben tener su razón de ser, su causa natural. ¿Qué es eso de irse y de dejar así no más a las esposas en estado de abandono? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde se ha visto? Y aun poniéndolo todo de lado, yo os pregunto nuevamente: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde se ha visto? Al contrario, decídmelo vosotros: ¿qué habéis hecho? A ti me refiero, Sénderl. No importa, veo que estás metido allí atrás. Tu mujer, Sénderl, ya te lo va a pagar, no importa, te va a dar tu merecido, tu mujer. Su furia es tal que te va a retorcer como a un arenque. El corazón le anunciaba que debéis encontraros aquí, le anunciaba el corazón a tu mujer, y a toda costa quería venir conmigo acá, quería venir, tu mujer.

—¡Ah, está aquí! — clamó una voz femenina detrás de Rab Aizik David.

Por la voz, Sénderl reconoció a su consorte. Púsose lívido, se le fué el alma de susto. Agarróse con ambas manos del levitón de Benjamín, para no caerse del puen- tecillo, tal fué el mareo que le vino. Parecíale que de un momento a otro su cara mitad iba a soltar sobre él una lluvia de trompadas.

—¡Vedlos a los personajes, a estos bellos personajes! ¡Ojalá los trague la tierra a ambos! ¡Ah! ¿Dónde está el canalla mío? Dejad que me acerque a él, dejadme, que voy a mostrarle cuán grande es el Dios que tenemos.

Así chillaba, toda sofocada, la mujer de Sénderl, empujando a Rab Aizik David.

—Pero sin gritar, sin meter barullo —imploró éste — Hay tiempo para todo. Ya que usted ha esperado tanto, espere un poquito más. Ahora, a Dios gracias, ya no será usted una esposa abandonada. Y luego, ¿cómo se dice? ¿eh?, a fin de cuentas una mujer no pasa de ser una mujer. Es prudente, al parecer, y sin embargo, es una mujer. Tomemos las cosas por otro lado. En fin, ¿por qué tanta bulla? Claro que no deja de ser desagradable eso de que se hayan ido sin ton ni son. Pues todo debe tener su razón de ser, su causa natural, ¿me comprende usted? Pero ya que las cosas han salido así, cabe preguntar: ¿a qué vienen los gritos? Pero la respuesta, le pido perdón como a mi propia madre, es que una mujer, dispense usted, no deja de ser una mujer.

Rab Aizik David empezó a entrar en funciones y quería, según su costumbre, tratar el asunto desde otro punto de vista, para volver a analizarlo, luego, una vez más, con un criterio también diferente, adornándolo con matices novedosos y salpicándolo con un poquito de pimienta y de sal, pero en ambos extremos del pontón esperaba mucha gente, que había llegado en el ínterin.

Desde lejos daban voces de enojo contra ese grupo que se había puesto a platicar en aquel lugar, obstruyendo el paso, como si no les importase nada de lo que pasaba en el mundo.

Era tan estrecho el pontón, que no cabían en él dos personas. La gente de un lado debía aguardar siempre a que lo cruzaran los del lado contrario. Por esta razón, la mujer de Sénderl y Rab Aizik David tuvieron que retroceder hacia el extremo del pontón desde el cual habían venido, y lo mismo hicieron Sénderl y Benjamín, volviendo al extremo opuesto, y sólo después de esto el público empezó a cruzar el pontón.

—Por favor, Sénderl, ¿por qué estamos aquí esperando? —habló Benjamín, que fué el primero en volver en sí— Estamos aquí como un muchacho a quien se ata con un piolín a la pata de una mesa. Tuntuelo, estamos a tiempo para salvarnos.

—Tienes razón, por mi fe de judío —exclamó Sénderl alegremente, como uno que se escapa de un aprieto— ¡Vamos, Benjamín, rápido, si no quieres que yo caiga en sus manos! No es un pontón, sino los méritos de nuestros antepasados, lo que nos ha salvado ahora.

Nuestros personajes se pusieron velozmente en fuga y a los pocos minutos se encontraban en un extremo distante de la ciudad. No hicieron muchas cuestiones, liaron sus bártulos y se despidieron de Teterivke.

## CAPITULO DECIMO

¡Hurra, judihuelos rojos!

V RRE, vamos, vamos! —gritó desde su pescante, con voz bronca, un auriga, a punto de atropellar con su balancín a dos mozas que se hallaban en medio de la calle, la más activa de Glupsk, ambas con saquitos de alimentos bajo el brazo: carne, rabanitos, cebollas, ajos, mientras estaban comunicándose sus respectivos secretos, desahogando sus cuitas y gritando a voz en cuello, perceptible a una milla de distancia.

Huyeron las dos mujeres en medio de su plática, cada cual a otro lado de la calle, y prosiguieron su conversación a distancia, sobrepasando con sus gritos a las carretas, coches y carros cargados de leña que se sucedían uno tras otro, impidiendo el cruce de la calle.

—Jasie-Beile ¿vendrás esta noche allá, a casa de la adivina? Yo estaré allí con mi amigo. . . El tuyo también vendrá, me pidió que te lo dijera, pasaremos un rato alegre. Ven, tontuela, que tendrás un gran placer, a fe mía. Y bien, Jasie-Beile ¿vas a venir?

—Mi patrono, consumida sea por las llamas, me convidará esta noche con leudar el pan y preparar la cebada para la sopa. Pero yo me voy a escurrir y vendré. Pero te pido, Dobrisch, por favor, que esto quede entre nosotras, no se lo vayas a decir a nadie.

—Espera, Jasie-Beile, espera. El demonio no se la va a llevar a tu patrono si el almuerzo saldrá una hora más tarde. ¿Que ella quiere comer? ¡Pues que coma gusanos! ¡Ah! Me había olvidado de decirte, Jasie-Beile.

No zarandees tanto la harina. La molinera no está satisfecha de tu salvado.  
¿Cuánto te quedó de las compras de hoy?

—¡Sinvergüenza, sinvergüenza! ¡Agárrenlo a ese desfachatado! ¿Qué novedad es esta de quitarle a una las cosas? ¡Quitado sea él de la tierra!

—¿Qué pasa ahí, Jasie-Beile? ¿Por qué gritas tanto?

—Un estafador, Dobrisch. Casi, casi me arranca la bolsita de alimentos de debajo del brazo. Por suerte me di cuenta a tiempo.

—Mira, mira, Jasie-Beile. ¿Qué ocurre allí, por qué corren tanto? Sin duda, algún incendio; es el segundo de hoy. Hasta la noche puede haber varios incendios más.

—No se oyen campanadas, Dobrisch. Si fuera un incendio harían repicar las campanas.

—¡Chit! Ahí viene la comisionista. Le voy a preguntar. ¡Sime-Dvosie, Sime-Dvosie! ¿Por qué corren tanto?

—No sé, no hay mal alguno. Tal vez sepa Nejama- Guise.

¡Nejame-Guise: ¿qué rueda han hecho allá, querida? Sus patos gritan tan fuerte que no dejan oír nada.

Hudel ha dado a luz hoy; le va a comprar los patos. ¿Tiene usted también gallinas? Son patos muy gordos; hoy ha sido imposible conseguir huevos. ¿Por qué hay tanto barullo allí?

—¡Qué sé yo! Unos Judihuelos Rojos. Oí que gritaban: "Judihuelos Rojos".

—¿Cómo? ¿Han llegado los Judihuelos Rojos? ¡Ay, ay, ay! Conviene ir a ver este portento — gritaron todas al unísono y se abalanzaron hacia el corro.

—¡Hurra, dragón, cerasta! ¡Hurra, Judihuelos Rojos! — chillaba un grupo de pilletes en medio del corro.

Estos Judihuelos Rojos no eran otros que nuestros personajes, Benjamín y Sénderl, quienes, poco después de lo que ocurriera con ellos allá en el pontón, se vinieron a Glupsk, donde al poco tiempo adquirieron fama. Muchos judíos piadosos de allí se sentían transportados de alegría al verlos, como cuando miraban al zapaterito milagroso que en aquel entonces se había revelado en Glupsk.

Toltze y Traine, dos judías ancianas bien conocidas, almas piadosas, que, según era público, se engalanaban todas las tardes con sus vestidos sabáticos, sus polleras de fiesta y sus pañoletas estrelladas, y salían a las afueras de la población para aguardar la llegada del Mesías, éstas fueron las felices mortales que encontraron del otro lado del puente a nuestros dos personajes, a su arribo de Teterivke, y los hicieron entrar en buena hora en Glupsk. Ya en su primer encuentro ambas mujeres se informaron de todo y supieron en seguida lo que Dios les había enviado en suerte. Toltze y Traine se miraron asombradas, se codearon y cuchichearon: "¿Y bien, Toltze, y bien, Traine?" El corazón les decía que no se trataba de hombres vulgares. Toltze y Traine sentíanse regocijadas con la presencia de nuestros personajes, parecían haberse vuelto más jóvenes, sus corazones rebosaban de gozo al oír hablar del viaje famoso, contemplaban a los recién venidos y seguían toqueteándose con una sonrisita: "¿Y bien, Toltze, y bien, Traine?". . . Luego Toltze tejió para ellos medias, Traine les arregló sus camisas, les agregó cintas, y ambas se sentían felices, en extremo dichosas, lo mismo que en su época de novias, antaño, en su mocedad. En una palabra, nuestros personajes hallaron en Glupsk a gente

que supo apreciarlos. Es que sólo Glupsk es capaz de comprender y apreciar a individuos como ellos.

¡Todos a Glupsk, hijos de Israel! ¿Por qué os arrastráis, buena gente, y os perdéis en la ociosidad, en los pequeños villorios, en torno de la estufa? ¡Id a Glupsk, por todos los demonios! Allí encontraréis vuestros iguales, allí os aguardan vuestras Toltzes, vuestras Traines, almas santas; allí podéis crecer, haceros felices. Allí podéis agrandar, tener éxito, cobrar fama y disfrutar de la vida. ¡Todo el mundo a Glupsk!

He aquí cómo describe nuestro Benjamín a la ciudad de Glupsk.

Cuando llegáis a Glupsk por la calle de Teterivke, haréis el bien de saltar un lodazal, luego otro, y algo más lejos un tercer barrial, el más grande de todos, el cual afluyen, con perdón sea dicho, las zanjas de agua estancada y el contenido de las palanganas caseras, las que traen de todo, cada día otro artículo, objetos variados de todos los colores y de diversos olores, como cuadra al asunto, y gracias a lo cual resulta fácil adivinar qué día es. Si, por ejemplo, afluyen allí chorros amarillentos de arena, con la que se lava los pisos, y arrastran escamas, patas, cabezas y menuditos de gallina, y fragmentos de pelo con trozos de patas tostadas, sabed entonces que estamos en viernes; coged, por favor, una escobilla y una rasqueta y corred a la casa de baños. Si llegan hasta allá cáscaras de huevos, de cebollas, de rábanos, tendones de hígado, colas de arenque y grandes huesos vaciados de medula, ¡ah!, en este caso, hijos de Israel, disfrutad de un sábado dichoso. ¡Qué os haga provecho el budín sabático! Mas, si veis que el agua de las zanjas apenas se mueve, que se arrastran allí montoncitos de cebada, trozos de masa endurecida, un trapo roto y un plumero deshecho, señal que hoy es domingo. El aguador no ha traído

todavía el agua, a duras penas han extraído un poco de la barrica para lavar como quiera que sea las ollas de! horno y las cacerolas de barro. Y así, en todos los demás días de la semana, cada charco tiene su -aspecto propio, su figura especial, su aroma particular.

Una vez que hayáis cruzado en paz también este lodazal, pasaréis, señores, delante de un montículo de residuos, restos de una casita quemada, encima del cual se encuentra habitualmente una vaca, que rumia, mueve la boca y mira estúpidamente a la grey de judíos que corren abajo, como envenenados, llevando en la mano un bastón, una varita, un paraguas; de vez en cuando ella lanza un resoplido, un suspiro vacuno, cual si suspirase y se quejase, valga la palabra, de aquel público, así como de su triste destino por haber caído —¡pobre- cita!— en aquellas manos. . . Pasando este montículo, caminaréis derecho, siempre derecho. Tal vez, por imprudencia, tropecéis con las piedras puntiagudas del aljibe, dispersas a troche y moche, y si os caéis, haréis el bien de levantaros, si podéis, y seguiréis avanzando, avanzando siempre, si es que no os habéis roto una pierna, hasta que llegaréis a cierto lugar. Allí está el centro de Glupsk.

Si se admite la hipótesis de que a la calle de Teterivke se le puede dar el nombre de "estómago de Glupsk", cabe reconocer con justicia que el lugar supracidad constituye su corazón, el sitio donde palpita de día y de noche y donde está concentrada la savia vital, la vida misma. Allí se levantan almacenes, tiendas, armarios, roperos secretos en los que los sastres esconden los sobrantes: paños, cordones, cintas, terciopelos, trozos de piel. Hay allí una agitación continua, un movimiento incesante, un público abigarrado, que mal no le pese: judíos que se empujan unos a otros y reciben — ¡pobrecitos!— golpes de balancín de los carros y carretas. Dicen

los médicos de Glupsk que cuando se hace la autopsia a un judío glupskense, se encuentran habitualmente en su cuerpo fragmentos de un balancín. Pero no se puede confiar demasiado en los médicos de Glupsk; un papel mucho más importante desempeñan allí los curanderos. En aquel lugar se oye gritar siempre, por muchachos desarrapados que andan voceando con rara tonada: "¡Garbanzos calientes, señores! ¡Aquí, empanadas, ajo, cebollas!" A veces, en la hora del crepúsculo, se reza allí en compañía, se recita la bendición de la luna nueva y se grita a voz en cuello, a todos los que pasan: "¡Salud, amigo!". En aquel sitio se encuentran los mozos de cordel, la cintura envuelta por gruesas sogas; antiguos soldados de botas viejas y capotes ajados; vendedores de ropa que ofrecen pantalones viejos, caftanes, sacos y otros trapos. Y en medio de todo aquel fárrago aparece el "pan"<sup>4</sup> sereno, comiendo con gran deleite un pan entrelazado que algún judío le diera el sábado por haberle despabilado las velas, y pone especial cuidado, al dar un mordiscón, que no se le caiga al suelo ni una miga siquiera. Ladrones de carteras ambulan por allí, listos para hacer sus artimañas. Una muchacha embadurnada, de cabellera revuelta y desgredada, salta de repente, como salida de bajo tierra, ruge, pide limosna con voz bronca, se prende de los faldones de la gente y grita, resuella, llora, cual si la hubieran degollado y robado su dinero. Una pandilla de pilletes corre, lanzando hurras, detrás de un loco lindo, que canta canciones tristes, mitad en idisch, mitad en polaco, y lleva la cabeza cubierta por un sombrero arrugado. En un rincón, un mozo exhibe cierta cajita, la gente mira a través de una abertura, mientras él, haciendo

<sup>4</sup> Señor, en polaco.

muecas, va enumerando sus patrañas: "Esto es Londres. Este es el Papa que va a caballo vistiendo pantalones rojos y todos se descubren ante él. Ahora veis a Napoleón y a sus francesitos peleando con los prusianos que huyen como cucarachas. En este momento pasa en coche una dama acompañada por el Turco, con su general en jefe que maneja, látigo en mano; los caballos acaban de asustarse, tumban el coche, el Turco, ¡pobrecito!, se cae y se lesiona, y la dama trata de escabullirse. Bueno, basta de mirar tanto por un centavo". A un lado se ve una hilera de mujeres sentadas con sus bateas repletas de manojos de ajo, pepinos, cerezas, uvas agraces, moras, manzanas, peras y otras frutas. A un costado se levanta, quebradiza, una vieja casilla encorvada, sin puertas ni ventanas, que, según refieren personas provecas, albergaba en un tiempo a un centinela, al que toda la ciudad acudía a admirar entonces. Cerca de la vieja casilla, de la que todo Glupsk se enorgullece como de una fortaleza antigua, debajo de un techito cubierto de tablillas carcomidas, de paja y bolsa putrefactas, apoyado en cuatro postes retorcidos, está sentada Dvosie la Mercachifle, rodeada de bateas por todos los costados. A su lado tiene siempre su olla de brasas, sobre la que se sienta en invierno, como una clueca sobre sus polluelos, durante todo el día, ininterrumpidamente, menos cuando baja para azuzar los carbones y sacar de la ceniza las papas que pone allí para asar.

De aquellos judíos —circula una leyenda muy antigua— que el rey Salomón enviara en barcos hacia el país de Ofir en busca de oro y otras mercancías extranjeras, muchos, por causas diversas, se quedaron allí. Con el tiempo abrieron en la India importantes casas de comercio y grandes oficinas, alcanzaron notoria distinción entre los autóctonos,

desempeñaron distintas comisiones y fueron muy favorecidos por la suerte. Más tarde, empero, giró la rueda de la fortuna y nuestros mercaderes quebraron y tuvieron que huir. Parte de ellos se extraviaron en el desierto, otros cruzaron la frontera, ocuparon veleros y navegaron por el río Piatignílevke, que en aquel entonces desembocaba directamente en el mar. Así fueron navegando, navegando, hasta que, súbitamente, se desencadenó una tempestad, las olas llegaron hasta el cielo, destrozaron los veleros y arrojaron a la gente sobre la ribera. Allí edificaron una ciudad y le dieron el nombre de Glupsk.

Los investigadores del pasado, capaces de convertir con su vasta ciencia una nada en un elefante, dedujeron de esta leyenda toda una teoría y demostraron con mil argucias, según su costumbre, que ella encierra una parte de verdad. Las pruebas que aducen en apoyo de su tesis, son: primero, el aspecto de las casas, bien extraño por cierto, muy a la antigua, tal como eran hace miles de años, cuando los hombres habitaban todavía en tiendas y se revolcaban en cuevas. Muchas casas de Glupsk, en efecto, se parecen a cuevas y otras se asemejan a las tiendas de los tártaros; por su aspecto y por su posición parece que no hacen buenas migas entre sí. "Ya que tú estás metida dentro de la línea, yo, por llevarte la contra, me saldré bien afuera de ella; tú estás de costado, pues yo me pondré de revés; tú quieres tener un peldaño afuera, pues entonces yo prefiero una escalerilla y el que necesite, se molestará en ascender. Y ya que tú alzas tan en alto tu techito remendado, yo inclinaré el mío bien hacia abajo. Y al que no le guste que cierre los ojos". . . En suma, todo esto insinúa tiempos antiquísimos. En segundo lugar, las costumbres de los habitantes. Obsérvanse entre ellos hasta el día de hoy hábitos que provienen de los

idólatras, en medio de los cuales vivieron antiguamente. La escritura ciencia del cálculo no rigen allí, de modo que todos los asuntos de la comunidad y las sociedades son manejados allí sin libros y sin que los jefes rindan cuenta a nadie. En tercer término, las castas. Los habitantes se clasifican allí en varias castas, como antaño entre los hindúes, a saber: la casta de los trágalo todo, que dominan con brazo fuerte; la de los adictos, incondicionales de los trágalo todo, por quienes pelean con sus adversarios, recibiendo en premio ciertos sueldos y carne gratis; la secta de los embaucadores, que lleva a la gente a situaciones difíciles, mientras ellos mismos se escurren hábilmente. Estos individuos, a su vez se clasifican en laicos, que intervienen en asuntos de comercio, y en hipocritones, que mandan en cuestiones de la fe. Está, además, la casta de los cobardimudopobres, integrada por el grueso del pueblo desheredado, supeditada a todas las otras castas y a las cuales teme como a la fiebre maligna. Viene luego, en cuarto lugar, la moneda, descubierta allí al hacerse las excavaciones para la curtiembre. Una faz era borrosa, apenas si se distinguía un trozo de delantal pegado a un palo y abajo había algo que se parecía a una pequeña batea, de la cual emergían fragmentos de cabezas. La otra faz de la moneda era casi lisa, pero observándola bien se descubría una inscripción en caracteres arcaicos: IOSCHLOG V'ANOF. Los sabios se quebraron la cabeza estudiando esta inscripción, dando de ella diversas interpretaciones, cada cual a su modo. Algunos sostuvieron la hipótesis de que las letras I y G, al comienzo y final de la palabra IOSCHLOG, no eran tales letras, sino trozos de adornos, que quedaron borrados con el tiempo; en consecuencia, esas palabras significarían OSCHLO, árbol, y V'ANOF, rama, que es lo que encarnan el palo y el delantal. Otros

interpretaron la cosa en forma distinta y los sabios alborotaron el mundo con sus explicaciones, hasta que, finalmente, vino uno dotado de ojos abiertos y descubrió que la inscripción se compone en realidad de iniciales, correspondientes a "Iehudi Ofir SCHebou Lekán Glupsk Venisiaschbi Al Naar Piatignilevke" ("Judíos que vinieron aquí a Glupsk se radicaron a orillas del Piatignílevke"). El palo, el delantal y la bateíta con las cabezas simbolizan el barco con su vela y los pasajeros. Este sabio escribió un grueso libro sobre el asunto y en él pide que se proceda a limpiar el río, en cuyo lecho se encontrarían muchas otras cosas que arrojarían luz en lo tocante a los orígenes de los judíos de Glupsk. Mas los habitantes de ésta se resisten a efectuar la limpieza, sosteniendo que lo que legaron las generaciones debe subsistir tal cual, y ningún ojo humano tiene que penetrar en aquel misterio. . .

Dentro de la ciudad existen unos treinta o cuarenta pantanos, incluso los zanjones, los que se comunican por conductos subterráneos con el Piatignílevke, y en ciertas épocas, especialmente en vísperas de Pascua, desbordan e inundan las calles con un fango tan espeso y alto, que hasta los habitantes de mayor estatura se embarran las gorras al caminar. En las noches oscuras Glupsk es alumbrada por una sola pequeña linterna y es resguardada por un par de centinelas. Sin embargo, se camina allí de noche, quebrándose la crisma, y con frecuencia se producen también robos, a pesar de la vigilancia. De esto se deduce precisamente que no es posible asegurarse ni resguardarse y que lo que tiene que suceder, sucede, sin que de nada sirvan el ingenio y los recursos del hombre. Por eso —afirma Benjamín— debemos cerrar los ojos y andar siempre a la merced de Dios, animados de confianza, porque seguramente El ordenará a sus

ángeles que velen por nosotros y nos transporten en sus brazos. No se da un paso sin que tenga su destino. "¿Qué más precaución —agrega— de la que puse yo en asegurar mi bolsita con el taled y las filacterias? La guardé en la sinagoga, encima del estante. ¿Qué Jugar más seguro que ése? Sin embargo, porque Dios no ha querido resguardarla, me la robaron también de allí junto con los demás objetos nuestros!"

## CAPITULO DECIMOPRIMERO

### Aventuras prodigiosas en el río Piatignílevke

UANDO nuestros personajes divisaron por vez primera el río Piatignílevke, quedáronse pasmados de asombro. Nunca habían visto otro igual. Sénderl afirmó que ese debía de ser el río más grande del mundo. Porque otra cosa no le cabía en la sesera. Ciertamente, no era una broma ese río, cien veces mayor, tal vez, que el de Tuneiádevke. Sénderl, empero, era un hombrecillo simple, no conocía nada más allá de Tuneiádevke, tampoco era muy letrado, de modo que cualquier cosa que no fuese como en su pueblo le parecía maravilloso y lo tenía .por lo más excelso de la tierra. Benjamín, en cambio, mucho más docto que él; que había paladeado ya, como se dice, en libros varios, una pizca del gay saber; que conocía un poco la descripción del Paraíso Inferior, de los extraños seres de la India y de otras cosas por el estilo, aun cuando a primera vista quedaba atónito en su fuero interno, solía, sin embargo, hacer una mueca y una sonrisita, cual si dijera: "¡Bah, tonterías, esto no es nada en comparación con lo que falta todavía!"... Demostróle, pues, a Sénderl que el Piatignílevke era un lodazal, un simple montón de excremento, con perdón sea dicho, comparado con el Jordán, mucho más grande que él. Ese Piatignílevke no le alcanzaría al Toro Silvestre<sup>5</sup> para una sola dentellada, y no como el Jordán, cuyo nombre significa hipérbole, multitud, un Jordán!

<sup>5</sup> El Toro legendario, que, lo mismo que el Leviatán, servirá de alimento para los piadosos, al advenimiento de Mesías, según la leyenda judía.

—¿Sabes, Sénderl, lo que se me ocurre? —dijo Benjamín después de permanecer largo rato pensativo al borde del Piatignílevke— Se me ocurre que deberíamos salir de aquí por el agua.

—¡Dios sea contigo! —exclamó Sénderl, horrorizado— Recuerda, Benjamín, que el río nuestro se lleva todos los años a una persona. ¡Cuanto más este río! ¡Quién sabe cuánta gente ha de llevarse por año! ¡Ten piedad de nuestras vidas, de tu mujer e hijos, Benjamín!

—¡Confianza, Sénderl, confianza! Cosa judía es la confianza: con ella atravesó el Jordán nuestro patriarca Jacob; con confianza, como ves, abren aquí los hijos de Israel sus grandes almacenes. Todo lo que ves aquí es pura confianza. Hasta las escaleras y los cielorosos, así como muchos grandes edificios, se sostienen aquí únicamente a base de confianza.

—¿Pero por qué pretendes viajar por agua —preguntó Sénderl— si podemos hacer lo mismo por tierra?

—Tengo para ello bastantes razones —replicó Benjamín— En primer lugar, el trayecto por agua resultaría, a mi entender, más corto y más rápido también, y nosotros debemos tratar de llegar allí lo antes posible. Cuanto antes, tanto mejor. ¿Por qué? Eso lo sé yo, eso ya es cosa mía. A mí me presiona, Sénderl, me presiona fuertemente, me picotea aquí en la cabeza; yo quisiera estar allí con cuerpo y alma. Si fuese posible, volaría hacia allá como un pájaro por el aire. . . En segundo lugar, cuando Benjamín de Tudela, en su tiempo, salió de viaje, navegó también en un principio por el río Ebro, así lo dice expresamente su libro. No hay duda que si él, primitivamente, viajó por agua y no por tierra, eso significa que así debe ser y no de otro modo. El seguramente sabía lo que hacía, pues era tan perspicaz como todos nosotros, por vida mía. Rab Benjamín fué un

precursor, viajó antes que nosotros, y nuestro deber es hacerle caso sin vacilar. . .

—Si es así —observó Sénderl— entonces vamos bien. Por mi fe de judío, Benjamín, que no sólo por el río, sino que si Rab Benjamín de Tudela hubiese ido antaño montado en una trébede, nosotros, sin titubear, deberíamos, a nuestra vez, ponernos en marcha montando una trébede.

—Y en tercer término —interrumpióle Benjamín— no está demás que nos habituemos a viajar por agua antes de que nos toque, más adelante, cruzar el océano. Hasta diría que, antes de terminar con nuestras cosas aquí en Glupsk, no sería desacertado que intentáramos navegar un poco así nomás por el río. Allí, allí, mira, hay un individuo con un bote. Vamos, por vida mía, démosle algo y que nos lleve a dar una vueltita.

Algunos minutos después, nuestros viajeros, animados de valor, entraron en el bote y salieron a navegar por el Piatignílevke. En un principio, es verdad, tuvieron miedo. Sénderl se sintió mareado, le temblaban los brazos y las piernas. Parecíale que de un momento a otro iba a tumbarse el bote, él se hundiría en los profundos abismos del río, su vida tocaba a su término, su mujer quedaba viuda. Al rato, empero, sintióse algo mejor.

—No es nada, Sénderl —consolóle Benjamín, una vez que desembarcaron— No importa que a uno se le dé vuelta la cabeza y se sienta mal. Esto es el mareo, que debe sufrir todo aquel que anda por primera vez por el mar. La segunda vez, ya lo verás, estaremos mejor y no sentirás nada.

A partir de entonces, nuestros personajes salían a recorrer a menudo el río, lo que les causaba gran deleite. Sentíanse tan reconfortados, que les pareció un juego atravesar el océano.

Benjamín, por intermedio de Sénderl, entraba en conversación con el botero y lo acosaba a preguntas, como ser: "Sénderl, pregúntale al capitán cuántas millas tenemos desde aquí hasta el mar? Pregúntale si hay islas. ¿Qué gente vive en ellas? ¿Hay judíos entre sus habitantes? ¿A quién pagan tributos, conocen los males del cautiverio?". O bien le decía: "Pregúntale, Sénderl, al cristiano, de gusto nomás, acerca de los Montes de Naisabur y de Cafar al Turak. ¿Sabe algo respecto de las Diez Tribus? A lo mejor ha oído hablar de ellas". Y así por el estilo no cesaba Benjamín de formular sus preguntas.

Mas, el escaso léxico ruso que Sénderl había aprendido siguiéndole a su mujer a la feria, no bastaba para estas elevadas cuestiones. Regatear el precio de los huevos, de las cebollas, de las papas, eso, como quiera que sea, estaba en condiciones de hacerlo todavía; pero sostener una plática con un capitán sobre temas docto;, eso no podía hacerlo de ninguna manera. Daba pena ver cómo Sénderl se martirizaba en esas conversaciones. Hablaba con las manos y con los pies, hacía intervenir todos sus órganos, se cubría de sudor, daba lástima, en suma. Su capitán escupía, charlaba, lo miraba de reojo, irritado, y por el otro lado Benjamín no lo dejaba en paz, lo codeaba y le miraba en la boca.

Sénderl preguntó al botero, en su lenguaje pintoresco, si conocía los Montes de Naisabur. Mas, a pesar de sus esfuerzos, el otro no llegó a entenderle.

—Dile, Sénderl —gritó Benjamín— dile que es una montaña. Píntasela como puedas.

Sénderl alzó las manos en alto, gesticuló como para dar la idea de un montículo, mientras daba voces: "Muy, muy alto".

—¡Puf! — escupió el nazareno, mandándole a los mil demonios.

De sus excursiones por el Piatignílevke refiere Benjamín cosas maravillosas, aventuras que han causado sensación en el mundo. Aquí sólo traeremos una parte de ellas.

Navegando un día por el Piatignílevke, divisó Benjamín en medio del río un amplio lugar cubierto de follaje, cuyo verdor llamaba poderosamente la atención. Creyó que se trataba de una isla cubierta de hierba y de plantas olorosas y hasta sacó una pierna y quiso saltar sobre el islote, pero el capitán del bote lo asió repentinamente por atrás, lanzando un grito, y lo arrojó con todas sus fuerzas dentro de la embarcación, al punto de que quedó largo rato como atolondrado. No oía sino un alboroto, un bullicio en torno del bote, como si éste luchase con alguien mientras seguía su trayectoria con gran dificultad. Más tarde, cuando volvió en sí, díjole el incircunciso que había estado en peligro de ahogarse dentro de aquel verdor, que no era una isla, como él suponía, sino una especie de germinación con que florece el Piatignílevke todos los años.

"Pero yo —así escribe Benjamín— no me quise dejar convencer que aquello fuese una florescencia. Verdad es que tenía cierto aroma, pero en mi vida no había oído yo, ni encontré jamás en mis libros, que el agua floreciese. Pues si así fuese, tendría que producir luego alguna fruta, sobre la cual habría que hacer esta bendición: "¡Alabado sea el Creador de la fruta acuática!" Tengo para mí que aquello era el formidable pez marino

Kaleino, del cual existe una hermosa descripción en el libro "Sombra del Universo" y que dice así: "Este tremendo pez se cubre de hierba y de tierra, al extremo de aparentar ser una isla, y los que navegan por el mar creen a veces que aquello es una hermosa montaña y descienden en ella, hacen lo que tienen que hacer, cuecen su comida, y cuando el pez, a causa del fuego, empieza a sentir calor, se sumerge en los precipicios y todos los que acampaban sobre él se hunden". De aquí justamente se desprende una prueba irrefutable para todos aquellos raros pensadores según los cuales los habitantes de Glupsk provienen de la India. Es que navegando desde allí por el Piatignílevke en los tiempos pretéritos, arrastraron consigo al Kaleino, oriundo, en efecto, de la India y que tiene la costumbre de seguir a los barcos".

Un día, mirando fijamente dentro del río, descubrió Benjamín ciertos seres parecidos a figuras femeninas.

"Hace mucho tiempo —apunta Benjamín— he leído en los libros que existen hombres marinos, acerca de los cuales da su testimonio el autor de "Sombra del Universo" en los términos que siguen: "Su cabeza, su cuerpo, su rostro y su pecho parecen los de una doncella, cantan maravillosamente y se llaman Schereino. Personas provecas y verídicas, en cuya palabra puede confiarse plenamente, me han contado haber visto a esos hombres acuáticos entre los titiriteros que, después de la función, los exhiben a cualquiera, previo pago de algunos centavos;-pero hoy he tenido la suerte de verlos con mis propios ojos. Con gran sorpresa señalé las doncellas al botero, y él me mostro unas lavanderas que se hallaban al margen del río lavando ropa. Yo le indicaba hacia abajo, dentro del agua, él me señalaba hacia arriba, hacia la costa. Y porque no entendíamos nuestros respectivos

lenguajes, él no supo lo que yo le mostraba, ni yo comprendí lo que él me indicaba, de manera que no pude averiguar de él nada que se relacionase con este asunto".

No lejos de la ribera, en las inmediaciones de la ciudad, vió Benjamín cierto lugar en el río, donde el agua era extrañamente espesa, parecía congelada en algunos puntos, como si fuese témpanos, y en otros sitios aparentaba ser más densa aún. Este agua la extraen los aguadores para uso de los habitantes de la localidad. Allí los témpanos se diluyen con agua simple, en un barril, y es utilizada para preparar las comidas.

"Yo mismo —escribe Benjamín— he probado la comida hecha con este agua, y ojalá sea yo tan digno de participar del banquete que se haga con el Leviatán, como que era bien exquisita. Un guiso aderezado con dicha agua es un manjar de reyes; yo me he llenado los bolsillos con ese agua y a Sénderl le ordené que hiciera un bulto con él, porque en nuestro largo viaje por los mares y los desiertos podría resultarnos de gran utilidad".

Alegres y contentos iban una tarde nuestros personajes por los alrededores de la ciudad, riéndose y chanceando, se miraban mutuamente en los ojos y experimentaban un gran placer. Parecían una pareja de enamorados después de la boda, paseando libremente por el verde césped y deleitándose con cada palabra, con cada mirada. ¿Qué era lo que inspiraba tanta alegría a nuestros héroes? ¿Por qué, en verdad, se sentían tan jubilosos, por qué saltaban, cantureaban y hacían muecas como orates? Sucedió, señores, que habían determinado abandonar al día siguiente, sin más trámites, a Glupsk y tomar rumbo allá lejos. . .

Y mientras marchaban de esta manera, alegres y animados, salióles de pronto al encuentro un carricoche, en el que venían dos judíos; uno de ellos manejaba y el otro estaba sentado al borde, la gorra echada hacia atrás, con una pajita metida entre los labios, señales evidentes de que su cabecita tramaba en aquel momento alguna combinación complicada y trabajaba a todo vapor.

Miraron ambos judíos a nuestros alegres personajes, los observaron de arriba abajo y en el acto entablaron con ellos una conversación. La primera pregunta, como corresponde, fué el lugar de dónde venían y la segunda, respecto de sus nombres. Seguidamente vino el chorro restante de interrogaciones que un judío plantea generalmente a otro cuando se encuentran por primera vez. No necesitaron más nuestros protagonistas. Abrieron la boca y se pusieron a contar todo lo que llevaban dentro de su colete. Miráronse los dos judíos sonriendo cuchichearon un rato, y el de la gorra empinada y la pajita en la boca observó: "¡Bah, no importa, eso pasará, y en el peor de los casos será cuestión de unos rublos más". . .

—¿Sabéis una cosa? —dijeron finalmente los judíos— Nuestra ciudad, ciertamente, merece también el honor de contar en su seno a dos personas tan ilustres como vosotros; os rogamos por eso muy solícitamente, por vida nuestra, que, sin hablar más, toméis asiento aquí, al lado nuestro; os garantizamos que seréis recibidos honrosamente, con comida, con bebida y con todo lo que sea menester.

—A fe nuestra que quisiéramos complaceros —respondió Benjamín— pero hemos resuelto salir mañana sin falta por vía fluvial.

—No lo toméis a mal —respondieron los judíos— Habláis, con perdón sea dicho, tonterías. ¡Valiente agua el del Piatignílevke! Esto, dispensadnos

la expresión, es un meadero, una porquería, un lodazal putrefacto, un pantano recubierto de floración musgosa. ¡En nuestra ciudad, en cambio, tenéis el Dnieper, que desemboca directamente en el mar! Desde allí, con la ayuda de Dios, llegaréis rápidamente a vuestro destino. No os empecinéis, por vida nuestra. ¡Vamos, arriba, al carro!

—¿Qué me dices, Sénderl? —interrogó Benjamín — Accedamos tal vez al pedido de esta gente y acompañémoslos.

—¡Qué me importa a mí! Si quieres ir, vayamos.

No pasó mucho tiempo y nuestros personajes se ubicaron en el carro, muy satisfechos por la distinción de ir como invitados, y ya se imaginaban los honores que les aguardaban. Tuvieron un camino muy entretenido. Los judíos no les quitaban ojo, vigilaban sus pasos, les mimaban con alimentos, con bebidas, como a una parturienta. Nunca se habían figurado cosa igual nuestros héroes.

Al día siguiente, al atardecer, llegaron, sanos y salvos, al pueblo de Dnieperovitz. Los judíos los condujeron a una fonda y les hicieron servir una rica cena.

—Hoy os sentís cansados del viaje, tenéis sueño — dijeronles— Por eso es preferible que os vayáis a descansar temprano. Mañana, si Dios quiere, cuando amanecáis buenos, frescos y fuertes, os llevaremos a ver a ciertos altos personajes, intervendremos ante ellos con una buena palabra, y si os reciben, podréis contar con todo lo que os haga falta y estaréis en condiciones de emprender en seguida vuestro largo viaje. Buenas noches.

—Buenas noches, buen año —contestaron nuestros personajes. Y acto seguido recitaron el Krias Schemá<sup>6</sup> se acariciaron un poco el vientre, bostezaron, se rascaron, como es costumbre, y se fueron a dormir con el ánimo regocijado.

<sup>6</sup> Oración que se recita antes de acostarse, como prevención contra los malos espíritus nocturnos.

## CAPITULO DECIMOSEGUNDO

### Benjamín y Sénderl víctimas de un ardid

SOCORRO! ¡Quiero confesarme, dejad por lo menos que me confiese! — chilló Sénderl en sueños con voz abrupta, despertando con sus gritos a Benjamín.

Este, más muerto que vivo, saltó de su lecho, echóse rápidamente un poco de agua sobre las uñas y corrió hacia Sénderl, para ver lo que pasaba con él.

Afuera empezaba a clarear y en todas partes reinaba el silencio. Sólo se percibía el ronquido de la gente que dormía dentro de la casa; cada cual roncaba a su manera: uno con voz de trompeta, otro como un violón, un tercero en voz baja, en forma entrecortada, mientras que un cuarto la estiraba más alto, con aire de irritación, a semejanza de alguien que plantea preguntas, mientras se acompañaba soplando los mofletes. En conjunto aquello resultaba un concierto nasal, en el que las narices trabajaban celosamente, a toda orquesta, ejecutando un himno en honor de las famosas chinches de Dnieperovitz, en tanto que éstas se deleitaban afanosamente con los durmientes, chupando su sangre, su sangre judaica.

Durante mucho tiempo había cebado Dnieperovitz a sus chinches, a sus antropófagos, en aquella terrible posada, la solitaria y triste posada judía. Dondequiera que había una chinche se venía arrastrando hacia aquella posada, para chupar allí la sangre hebrea. . . Todo judío, al llegar a Dnieperovitz, venía ya preparado a la idea de que le costaría un poco de sangre y que no saldría de allí sin aquel tributo. "Muerde, muerde,

"dnieperovitz"; hiede, hiede, chinchecilla; escribe, escribe de una vez tus rastros sangrientos, y vete, vete a los mil demonios".

—¿Por qué gritas tanto, Sénderl? —preguntó Benjamín al acercarse a su lecho— ¿Alguna chinche que te ha dado un mordiscón demasiado fuerte? ¡Qué horror! ¡Cuántas chinches hay aquí! En toda la noche no me han dejado cerrar ojo. Hace apenas un ratito que he podido dormirme.

—¡Ay, ay! Huyamos ligero — seguía gritando Sénderl, atolondrado.

—Dios sea contigo, Sénderl. ¿Qué estás diciendo? ¿Y qué hay si una chinche le muerde a uno? Para eso es una chinche y tú un hombre. . .

Miró Sénderl a Benjamín durante varios minutos, como aturdido. Luego se restregó los ojos y dijo suspirando:

—¡Ah! He tenido un sueño muy malo. ¡Ojalá termine en nada ese sueño!

—¡Bah! Vaya con lo que puede soñar un hombre

—repuso Benjamín— Yo también he soñado hoy que un dragón se había acercado velozmente hasta mí, miróme fijamente y me dijo: "¿Usted es Rab Benjamín de Tuneiádevke? Venga usted, con perdón, allá lejos, lejos, donde se encuentra Alejandro Magno con su ejército, el cual se muere por conocerle a usted". Yo me abalancé; el dragón corría delante mío, y yo tras de él. "Corre usted, que esto no le pese, como una flecha salida del arco; no puedo seguirle", oí gritar a alguien detrás de mí. Volvíme y vi a Alejandro Magno. "¡Señor rey!", exclamé y lo tomé de una mano y se la oprimía, la oprimía, pero de pronto un terrible hedor invadió mi nariz haciendo que casi me desmayara. Desperté y vi en mi mano una chinche aplastada. . . ¡Puf! Escupe tres veces, Sénderl, hazme el bien, y olvídate de tu sueño. ¿Qué es lo que has soñado?

—¡Puf, puf, puf! — escupió Sénderl cándidamente tres veces y se puso a contar su sueño: — Estaba yo soñando que andaba así no más por la calle y que me iba lejos, muy lejos. De pronto, alguien me agarró por atrás, me metió en una bolsa y me estuvo llevando, hasta dejarme en cierto lugar. Yo sentía que alguien desataba la bolsa y me asestaba una bofetada, pero una bofetada de ordago, que me hizo saltar dos muelas. "Aquí tienes a cuenta —oí que me decían—, luego te daré el resto". Miré, y vi en frente mío a mi mujer, tocada de un sombrero, encendida de ira, los ojos ardiendo como un fuego vivo y de su boca salía una espuma. "Espera un poco, espera, tunante —me habló, riéndose—. Iré en busca de una trébede y te voy a demostrar cuán grande es el Dios que tenemos". Y mientras ella se fué en busca de la trébede, yo alcé los pies y rápido, rápido, me escapé, corrí hasta llegar a una posada. Estaba ésta obscura, resbalosa, sin un alma viviente. Me acosté en un rincón, cerré los ojos y me dormí. En sueños vino a verme mi abuelo Rab Sénderl, que en paz repose, el cual, muy entristecido, con los ojos llorosos, me dijo: "Sénderl, hijo mío, no duermas; como que amas a Dios, Sénderl, levántate, levántate, Sénderl, y escapa de aquí. Huye, Sénderl, adonde te lleven tus ojos, pues te encuentras en un gran peligro". Yo quise incorporarme, pero no pude hacerlo, como si estuvieran sujetándome. Me llévé la mano a la cabeza y toqué una especie de cofia. ¡Ay, ya! Yo no era Sénderl; yo, con perdón sea dicho, era una mujer, sin huellas de barba, llevaba una especie de bata y mi vientre, mi vientre, que esto no le suceda a ningún judío, me dolía terriblemente. "No importa —dijo alguien— un primerizo resulta siempre doloroso". "¡Ay, ay, amigo mío! —grité con frenesí— esto sobrepasa mis fuerzas, estoy por desmayarme". — "Un puñetazo en la nuca es un santo

remedio para esto; así te vas a reanimar —me contestó el otro, y en efecto, me encajó unos cuantos puñetazos.— Toma, aquí tienes por antes, por ahora y para después", agregó y dándose vuelta desapareció.

Apesadumbrado, permanecía yo tendido, tendido, hasta que, con la ayuda de Dios, di un salto y me incorporé. Acerquéme corriendo hasta la puerta. Estaba cerrada. Golpeé, golpeé, golpeé, pero en vano. De pronto alzóse la puerta y apenas yo di un paso, me agarraron unos bandidos y me condujeron a una cueva. Allí extrajeron un gran cuchillo y quisieron degollarme. En el instante en que extendían el cuchillo sobre mi cuello, lancé un grito: "¡Socorro! ¡Dejad por lo menos que me confiese!". Aquí tienes, Benjamín, mi sueño. Ojalá resulte para bien.

—Escupe tres veces más, Sénderl —aconsejóle Benjamín— y sácate el sueño de la cabeza. Por lo demás, si quieres, levántate, que ya es de día, y recita un par de capítulos de los Salmos.

Sénderl bajó suspirando del lecho, se echó agua sobre las uñas, vistióse su guardapolvo, extrajo su libro de Salmos en idisch. Buscó el capítulo décimo, donde había quedado la última vez, y se puso a recitar con triste acento:

Señor: ¿por qué estás lejos?

¿Por qué en el tiempo del pesar te ocultas? .

Su tonada se hizo más melancólica y conmovedora en las estrofas siguientes:

Hunde, Señor, del malo el pensamiento

e irradie tu justicia;

el alma vil destácase en su asiento"

y alaba el fundamento

del robador blasfemo, con malicia.  
Su gélida asechanza  
tiende doquier y mata al ¡nocente;  
como león se lanza  
sobre los pobres que su red alcanza  
y rasga el corazón del indigente.

Terminado que hubo de recitar el salmo, se hizo de día, y los moradores de la casa se levantaron todos. Un samovar, como un gran crisol, hervía en la mesa con estrépito y la gente tomaba el té. A Benjamín y a Sénderl les sirvieron también sendos vasos. Reanimáronse un poco y se tornaron más alegres.

La habitación, que poco antes era un dormitorio, luego un refectorio, convirtiéndose de repente en una casa de oración. Alzáronse las mangas, descubriéronse los desnudos brazos judíos: peludos, lisos, flacos, gordos, negros, blancos, oscuros, de todos los colores y de todas las formas. Cada cual se cubrió con su taled, se colocó US filacterias y se entregó al rezo.

Había allí dos judíos que rezaban con fervor, haciendo muecas, torciendo la boca, haciendo toda clase de ademanes, cual si se sintieran realmente quebrantados. Hablaban al Hacedor del mundo: "¡Padrecito, padrecito!" y se mecían al decir las plegarias más que todos los presentes. Concluida la oración, bebieron una copita de aguardiente, catándola previamente, se relamieron y en sus narices se hicieron ver unos relucientes granos rojizos. Luego dijeron a los presentes: "¡Salud! ¡Salud!", y añadieron: "Dios tenga ya piedad de una vez del pueblo de Israel, ¡pobrecito", mientras ponían los ojos en blanco, lanzaban quedamente un suspiro y se endilgaban la copita.

Señal de que no eran personas vulgares, sino judíos piadosos, honrados, de buena pasta. Entre tanto, uno de esos judíos de fuste se fué a la ciudad, donde permaneció un par de horas. A su regreso, miróle su compañero en el rostro, que brillaba visiblemente, y ambos se mostraron muy satisfechos. Mandaron preparar la mesa, fueron a lavarse las manos, fijándose antes en la jarra, como es costumbre de estos judíos de fuste, e invitaron a nuestros personajes a lavarse también las manos y a sentarse junto con ellos para el refrigerio. En la mesa se mostraron alegres, alabaron a la dueña de casa por sus excelentes manjares y subrayaron el gozo intenso que ella les causaba. Seguidamente iniciaron una plática acerca de los judíos en general, dijeron que era ya tiempo que éstos fuesen redimidos de una vez. ¿Por qué un pueblo como ése, un pueblo de tantos méritos, estaba penando tanto? Enumeraron una sarta de elogios de la raza de Israel, encomiaron hasta el cielo la capacidad de la mente judía.

—¿Qué es lo que no saben los judíos? Todos los inventos que circulan por el mundo, como el telégrafo, el ferrocarril y otras cosas por el estilo se encuentran desde antiguo entre los judíos. Pero todo eso no pasa de ser una insignificancia. Lo esencial es otra cosa: la conciencia, la conciencia judía, he ahí lo principal. . .

Y se lanzaron sobre los herejes, los sabios de hoy en día, maldita sea su osamenta, los cubrieron de improperios, a ellos y a sus escuelas, donde se enseñan blasfemias, con la cabeza en descubierto.

—Dentro de poco —añadieron— se pagará un ducado por leer un capítulo del Talmud y una simple moneda por escribir una petición en ruso. ¡Ah, qué mundo, qué mundo el de hoy, por vida nuestra!. . .

Así estuvieron perorando largo rato y luego pasaron a ocuparse del viaje de nuestros personajes.

—Os deseamos —dijeron— que el Todopoderoso os favorezca con mercedes y os conceda todo aquello que anhelamos en bien de vosotros.

Sentíase Benjamín en el séptimo cielo por esta bendición; además, estaba, como se dice, un poquito tomado. Abrió pues la boca y habló hasta por los codos.

—¿Sabéis una cosa, Rab Benjamín, Rab Sénderl? — hablaron los judíos estirando las palabras, una vez que se levantaron de la mesa—. Nos portaremos sencillamente, como judíos simples, tal como se conducían nuestros antepasados. Después de esta travesía, iremos todos a la casa de baños, para recalentar allí nuestros huesos. Allí podréis cortaros el pelo o afeitaros la cabeza y os haréis otros hombres, a fe nuestra, y después del baño volveremos a ocuparnos de nuestros asuntos. De esta manera, efectivamente, obrando con esta sencillez, todo resultará bien. Tal vez no sea una cosa muy de moda, a los herejes podrá parecerles chocante la casa de baños, pero nosotros no somos "civilizados". Procedamos como lo hacían antaño nuestros abuelos.

Ningún judío renuncia jamás a un baño. Lo que la taberna es para los campesinos, la que es el riachuelo para los gansos y patos, esto y cien veces más tal vez, es para el judío la casa de baños. El gusto que siente en el baño no podrá experimentarlo raza alguna. El baño tiene para él una relación muy estrecha con su religión, con sus sentimientos más íntimos, con su vida de familia. Ningún alma judía se mueve, allá en el cielo, para ir a albergarse en un vientre, no es posible decidirla ni convencerla con cosa alguna, si no es mediante un baño. Esa es la agencia central, la oficina

matriz entre el cielo y la tierra. Antes de que el judío nazca, antes de que mueva uno solo de sus miembros, se tiene ya noticia de él en esa oficina, desde el bañero y la bañera hasta la pedicuro y la masajista. Los sábados y días de fiesta no siente el judío su alma suplementaria si no toma antes sus abluciones en la casa de baños. Sin eso anda como envejecido, falto de frescura. Mirad al judío cuando llega del baño en vísperas del sábado: florece, parece rejuvenecido en varios años, la chispa judía arde en él y resplandece a través de sus ojos, sus sentidos parecen haberse hecho más agudos, más frescos. El aroma del pescado relleno y del dulce friturado penetra cual incienso en su nariz, la que aspira, huele y se llena de placer. Algo empieza a cantar en su corazón, resuena en él un concierto de melodías, entona como un jilguero el Cantar de los Cantares, gimotea como un niño, se enardece, entra en éxtasis, como si estuviera con un pie en el mundo de ultratumba. . . A la casa de baños llega el judío como a una patria, como a un reino libre, donde cada cual disfruta de los mismos derechos, donde tiene la posibilidad de alcanzar, igual que los demás. Un elevado escalón: subirse al banco de arriba, reanimar su alma entristecida, enderezar aunque sea por una hora sus huesos y desprenderse del fardo de preocupaciones y de penurias. ¡He aquí lo que representa el baño para el judío!

Por eso, el proyecto de ir a la casa de baños resultó muy del agrado de nuestros personajes. No hicieron grandes preparativos, y algunos minutos después marchaban en compañía de aquellos dos judíos de fuste.

Imaginábanse nuestros personajes que la casa de baños sería, como en los demás villorios judíos, un edificio sombrío, sórdido por fuera, situado en alguna cuesta, en un rincón perdido, de difícil acceso a través de tablones

ang4:tos y rotosos. De ahí que, al ser conducidos ante un hermoso edificio de tres pisos, en pleno centro, y al decirles sus acompañantes que aquello era el baño, alzaron la vista y miraron llenos de asombro.

—Sois unos verdaderos bobos —burláronse de ellos los dos judíos—. Venid, con perdón, adentro y veréis algo lindo.

Al entrar en la casa, nuestros personajes se sintieron deslumbrados por el piso encerado y por las alfombras que lo cubrían. Parecióles que se hallaban en el castillo encantado de que se habla en "Las mil y una noches". Pronto saldrían a recibirlos princesas, aquí se pasarían la buena vida. Pero en lugar de princesas acercóseles un soldado con charreteras y los invitó cortes- mente a desvestirse.

—Desvestios, por favor —dijéronles los dos judíos. — Nosotros, entre tanto, entraremos ahí al lado para pagar por el baño. No importa, aquí os espera un buen baño turco, sudaréis a mares.

Cuando nuestros personajes se hubieron desvestido, empezaron, como es costumbre, a desinfectar sus ropas. No se componía su guardarropa de una docena de camisas; mudaban de camisa cada varias semanas. Claro está que los pobrecitos se sentían picados, de modo que la limpieza de su ropa era para ellos cuestión de vida. Pero el soldado les quitó sus ropas y los introdujo en una habitación contigua. Había en ella muchas sillas, y en torno de una mesa estaban sentados unos caballeros muy bien vestidos. Miraron nuestros personajes en todas las direcciones, preguntándose asombrados dónde iban a bañarse y cómo podrían sudar allí.

—¿Es aquí el baño judío? —preguntó Sénderl en su peculiar lenguaje ruso, después de que Benjamín lo tocara con el hombro y le ordenara interrogar sin pérdida de tiempo.

Uno de los señores sentados en la mesa contempló a nuestros desnudos personajes, que eran, ¡pobrecitos!, flacos, enjutos, sin una pizca de carne, pura piel y huesos, y les dirigió la palabra en lengua moscovita.

—¿Eh, qué dice ese hombre, Sénderl? — preguntó Benjamín.

—No entiendo palabra —respondió Sénderl, moviendo los hombros—. Mirad un poco el lenguaje que emplea. Lo único que dice sin cesar es "boleto, boleto".

—¡Ah, tontuelo! —exclamó Benjamín—. ¿Qué es lo que no entiendes, tontuelo? Es el bañero y nos pide nuestro boleto, porque en un baño como éste hay que entrar con boleto. Dile que esos judíos ya han pagado por nosotros.

—Escucha, señor: aquellos judíos ya han pa. . . — habló Sénderl, pero de pronto se atascó, como si estuviera ahogándose, sin poder terminar lo que quería decir.

—El boleto, señor, ¡cómo!, los judíos, valga la diferencia, ya lo pagaron — salió Benjamín con su lenguaje característico, explicando las cosas con toda claridad, concisamente.(

La persona que se había acercado a nuestros personajes hizo una seña con la mano y fueron llevados a otra pieza, donde, según creyeron, iban a poder sudar debidamente . . .

Más tarde, cuando Benjamín y Sénderl fueron sacados a la calle, resultaba difícil reconocerlos, tan cambiados, ¡pobrecitos!, estaban: afeitados adelante, sin barbas, sin patillas enruladas, con grandes gotas de sudor en la frente, las caras envueltas en tinieblas, encorvados, encogidos, temblorosos y rodeados por soldados.

Una densa nube obscura cerñióse en el cielo. Un relámpago iluminó bruscamente a aquel grupo, y poco después un trueno retumbó con tanta fuerza que todos quedaron despavoridos. Desencadenóse una tormenta, girones de tierra volaban como demonios, atrapando en el camino residuos, paja, hojas, pedazos de papel, y todo parecía revolotear en un extraño baile, rodaba y rodaba hacia arriba, hacia arriba. . . La manada se vino corriendo del campo, intranquila y rugiente, cual si la persiguiesen lobos hambrientos. Bullía, relampagueaba y tronaba, como si el Omnipotente estuviese irritado contra la tierra pecaminosa y contra todo lo que sucedía en ella; agarrábase de la cabeza, refulgía con sus ojos iracundos, retumbaba y gritaba con su voz tronadora; al fin estalló un terrible trueno, del cielo cayeron gotas de lluvia en los que se mezclaban gotas de pesar y gotas sangrientas de nuestros dos desmazelados tristes personajes.

¡Ah! Ignoraban Benjamín y Sénderl que el peligro no residía en el desierto con sus bestias, víboras, dragones y alimañas, sino que estaba allí nomás, en aquellas comarcas pobladas; aquí era donde el peligro era realmente grande. Aquellos años en que andaban errando nuestros personajes, eran los años duros y sombríos del "reclutamiento" en que un judío trataba de atrapar al otro y Como un león en su guarida; con inhumano porte,

Acechaba para prender al que no tenía pasaporte, con el fin de entregarlo como milico, como holocausto por sus hijos propios o extraños<sup>7</sup>.

¡Ah! No sabían nuestros pobrecitos personajes que ya se encontraban, en efecto, en pleno desierto, en medio de alimañas y bestias feroces y que aquellos dos judíos de fuste eran en realidad unos dragones siniestros.

<sup>7</sup> Hace un siglo, el gobierno zarista imponía a cada comunidad judía la presentación de un número dado de conscriptos. Los jefes de las comunidades, para evitar que sus hijos hiciesen el servicio militar, los hacían sustituir por los judíos pobres o transeúntes que carecían de pasaportes. Muchos individuos, llamados "prendedores", como los dos miserables que describe el autor, se encargaban de atrapar a las víctimas, mediante la fuerza o por medio de ardides. (N. del T.).

## CAPITULO DECIMOTERCERO

### Nuestros viajeros, ¡ay de ellos!, son convertidos en milicos

QUALQUIERA puede imaginarse la triste situación de nuestros míseros personajes, cuan sombría y amarga era su situación, ¡pobrecitos! De más está que nosotros la describamos aquí.

En un principio estuvieron como atolondrados y no comprendían absolutamente nada de lo que ocurría con ellos. Todo les resultaba harto extraño, tanto el cuartel como los soldados, así el lenguaje como las demás cosas que les hacían. El capote colgaba sobre ellos como una bolsa, parecía una pollera, y la gorra militar se erguía sobre sus cabezas, valga la expresión, como una cofia. Mirándolos se tenía la impresión de que todo aquello no pasaba de ser un simulacro; diríase que dos judíos se habían disfrazado y se burlaban de los demás milicos, remedando sus gestos y mostrando a la faz del mundo, con entera libertad, qué bobos eran aquellos hombres con sus armatostes. ¡Guay del pobre fusil que había caído en poder de nuestros personajes! En manos de ellos no tenía cara alguna, lo mismo que una trébede en manos de un hombre que se mete en la cocina y se pone a revolver el horno. Durante los ejercicios de instrucción hacían tales gestos con las manos y las piernas, que aquello parecía una farsa.

Naturalmente, no les escatimaron los castigos, pero ¿dónde está el mal al que no se acostumbra el hombre, según se dice comunmente? Y no sólo el hombre; también los otros seres se habitúan. ¿Qué más libertad de la que tiene un pájaro? Sin embargo,, en cuanto lo cazan y lo meten en una jaula, se va acostumbrando poco a poco, empieza a picotear con apetito los

granos que le alcanzan, salta y canta alegres canciones, cual si el mundo entero, con sus praderas y sus bosques, estuviese reducido para él a aquella estrecha jaula. Nuestro Sénderl, poco a poco, empezó a acostumbrarse a su situación, fijábase cuidadosamente en la marcha de los milicos y trataba de imitar sus movimientos a su manera. Era un contento ver cómo Sénderl, a solas consigo, remedaba las marchas, se estiraba, recto como una cuerda, empinaba la cabeza, inflaba las mejillas a semejanza de un héroe, alzaba las piernas y se ponía a marcar el paso, igual que un pavo inflado, daba vueltas, iba de un lado a otro, hasta que, finalmente, tropezaba con sus propias piernas y se caía. En cambio, Benjamín no podía de manera alguna acostumbrarse a aquellos procedimientos; era, por su idiosincrasia, uno de esos pájaros llamados errantes, que tienen la costumbre de ausentarse a fines del verano y pasan el invierno en comarcas lejanas. La afición a los viajes es tan poderosa en estos pájaros, que, si se les encierra en jaulas, la vida pierde para ellos todo interés, dejan de comer y de beber, se trepan sobre las paredes enhiestas en busca de alguna hendidura por donde escapar. El viaje mismo a las regiones distantes, que había echado hondas raíces en la mente de Benjamín, que se había convertido en su segunda naturaleza y en aras del cual había abandonado a su mujer e hijos, ese viaje no le dejaba un momento en calma, lo taladraba y le picoteaba la cabeza y le gritaba sin cesar: "Benjamín: sigue adelante, sigue adelante, adelante".

Entre tanto, pasó el invierno y nuestro Benjamín, el pobre, padecía grandes sufrimientos.

En cierta ocasión, en un hermoso día después de Pascua, mientras Sénderl estaba pasándose revista a sí mismo, acercósele Benjamín y le habló en estos términos:

—A fe mía, Sénderl, que eres un chiquilín. Estás jugando y haciendo pruebas como si fueras un píllete. ¿Cuál puede ser, ruégote que me digas, el final de todo esto? No olvides que eres, a Dios gracias, un hombre casado, y judío por añadidura. ¿Por qué te dedicas a estas niñerías y pones en ellas toda tu atención? ¿Qué diferencia hay si vas a hacer un paso a la derecha o a la izquierda, si darás media vuelta, como lo llaman ellos, qué importancia tiene eso?

—¡Yo qué sé! —respondió Sénderl—. Si ordenan media vuelta, que sea media vuelta. ¿A mí qué me importa?

—¿Y nuestro viaje, dime, lo has olvidado ya? ¡Ay, ay! Nuestro viaje hacia allá, allá. . . Dragones, mulos, cerastas... — habló Benjamín con irritación.

—¡Marchen, marchen, marchen! — decía Sénderl marcando el paso.

—¡Ay de tí, Sénderl, y ay de tu marcha! ¡Fú, vergüenza debiera darte esto, a fe mía! Dime más bien, pillastre que eres, ¿llevaremos a cabo nuestro viaje?

—Por mí, encantado —repuso Sénderl—. Con tal de que nos dejen.

—¿De qué les servimos nosotros y para qué nos quieren ellos?

—razonó Benjamín—. Por el contrario, Sénderl, dime por tu fe de judío: si el enemigo —Dios no lo consienta— llegara a venir, ¿podrán oponérsele dos tipos como nosotros? Y aunque tú le dijeras mil veces: "Vuélvete, si no te hago pum, pum", ¿crees que te hará caso? Al contrario, se arrojará sobre tí y tendrás mucha suerte si llegas a escabullirte de sus manos. Créeme, a fe

mía, que según veo, estamos completamente demás aquí, y ellos bien quisieran desprenderse de nosotros. Yo mismo le he oído decir al mayor que somos una plaga y que si de él dependiera, ya nos habría expulsado a los quintos infiernos. Y en verdad ¿para qué le servimos? Yo te digo claramente, Sénderl, que desde un principio esto ha sido una combinación torcida, un partido mal concertado. Nosotros no les servimos a ellos y ellos no nos sirven a nosotros. Los judíos que nos han entregado en manos de ellos deben haberles contado que éramos unos héroes formidables, conocedores profundos de la estrategia. Bueno, ¿qué culpa tenemos nosotros si esos judíos los han engañado? También a nosotros nos han engañado feamente aquellos judíos. En realidad, hemos venido acá con el único fin de recoger algo para poder seguir nuestro viaje. De estrategia no se ha dicho una sola palabra; estoy dispuesto a jurar cubriéndome de mi taled que no se ha hecho mención para nada de estas cosas. Y eso de prenderle a uno porque sí no es cosa justa, pues en esta forma todo se vendría abajo. En una palabra, ellos no tienen la culpa de que nos hayan engañado, ni somos culpables nosotros de que se les haya engañado a ellos. Los únicos culpables son esos judíos embusteros, canallas, que han engañado a ambas partes. Esos judíos, Sénderl, esos judíos son los únicos culpables, no hay que culpar a nadie fuera de ellos. Esos judíos, siempre los judíos. . .

—Y bien, Benjamín, ¿qué pretendes que hagamos? — interrogó Sénderl.

—Quiero —fué la respuesta de Benjamín— que prosigamos nuestro itinerario. Yo creo que nadie nos lo va a prohibir, ni legalmente ni por ecuanimidad puede nadie retenernos. Pero, si a pesar de todo, tú crees que

no nos dejarán partir, en este caso hay un remedio muy sencillo: que nos vayamos sigilosamente. ¿A quién le importa averiguarlo? Al fin y al cabo no estamos obligados a despedirnos de nadie.

—Yo también creo que está demás despedirse — contestó Séndelr—  
¿Y si el año pasado nos fuimos de casa sin decir "hasta luego" a nadie, ni siquiera a nuestras propias familias?

A partir de esta conversación, nuestros personajes tornaron a pensar en su viaje y se dieron a buscar el modo de fugarse. Benjamín sentía hervir su sangre, estaba terriblemente inquieto e iba dando vueltas, todo excitado, como una gallina que está por encluecar en primavera. Hallábase tan absorbido por sus pensamientos, que no oía ni veía lo que ocurría en su derredor. Cuando pasaba delante suyo algún jefe, Benjamín, por distracción no se quitaba la gorra; si le asestaban un puñetazo en la cara o en la nuca, él no se daba por aludido; cuando le hablaban de cosas relacionadas con la instrucción militar, eso le entraba en un oído y le salía por el otro, como a uno que oye llover. No pensaba sino en su viaje y su imaginación lo transportaba lejos, bien lejos.

Una noche, mientras los milicos del cuartel estaban durmiendo, Benjamín se acercó en punta de pie a su compañero.

—Séndelr, ¿estás listo? — preguntóle quedamente.

Séndelr movió la cabeza, tomó a Benjamín por un faldón, y ambos, ¡chito, chito!, salieron al patio.

Afuera soplaba una brisa tibia, trozos de nubes negras y pardo-azules flotaban en lo alto y se sucedían unos a otros, como si anduvieran allí millares de carreteros con sus carros cargados de mercaderías y se apresurasen para llegar a tiempo a la feria del cielo. La luna, a manera de

un dependiente de tienda, acompañaba a este largo desfile, sacaba de vez en cuando la cabeza, miraba lo que pasaba afuera y volvía a esconderla largo rato, agazapada debajo de un acolchado de nubes, negro como el alquitrán.

Nuestros personajes caminaron por el patio y se acercaron silenciosamente al tabique. Subiéronse sobre un montón de leña, de donde les resultaría fácil escalar la pared. De pronto Sénderl se detuvo y le dijo a Benjamín al oído:

—¡Ah, Benjamín! Me he olvidado la bolsa. ¿Me vuelvo para buscarla?

—¡De ninguna manera! —repuso Benjamín— Volverse es cosa fea.

Cuando Dios favorece a un hombre, le favorece también con una bolsa.

—Ahora se me viene a la memoria —adujo Sénderl— lo que mi abuelo, Rab Sénder, que en paz descansa, me advirtió en sueños: "Levántate, Sénderl, me dijo, y huye adonde te guíen tus ojos". ¡Ojalá sus méritos nos amparen ahora! Era un judío perfecto, sin vueltas. Mi abuela, que en paz repose, no se cansaba de contar...

Pero antes de que Sénderl se pusiera a referir lo que su abuela solía contar del abuelo, dejóse oír la voz de un soldado que montaba guardia.

Acurrucáronse nuestros personajes contra el muro, contuvieron el aliento, se quedaron mudos, inmóviles, y parecían dos trapos enormes. Luego, cuando volvió a hacerse el silencio, estos trapos empezaron a dar señales de vida y descendieron lentamente de la pared. Iban arrastrándose en cuclillas, alejándose más y más, hasta que, con la ayuda de Dios; consiguieron eludir al centinela y salir a una callejuela. Incorporáronse nuestros personajes, se detuvieron para calmar su agitada respiración y se contemplaron alegremente, con ojos encendidos.

—Mi abuela, la paz sea con ella, solía contar -- volvió a hablar Sénderl— cómo mi abuelo, Rab Sénder, pensaba todos los días de su vida en hacer un viaje a Palestina. Antes de morir, incorporóse en el lecho y habló en estos términos: "Si el Señor no ha querido que yo fuese digno de ir a la Tierra Santa, espero que alguno de mis hijos vaya allá". Ahora mi corazón me dice que aludía a mí. Dios quiera que así sea. Ojalá mis deseos lleguen a oídos del Todopoderoso.

Pero de la boca de Sénderl las palabras fueron a parar a otros oídos muy diferentes. Apenas pronunciara su deseo, alguien, en lenguaje moscovita, les interrogó súbitamente: "¿Quién vive?", y al no recibir respuesta, acercóse rápidamente hacia ellos y volvió a pregunta<sup>1</sup>.

La luna, para colmo, asomó su cabeza detrás de una nube, iluminó a nuestros míseros personajes, que permanecían sin habla, como muertos, así como al superior, que, sumamente enojado, movía los brazos y les echaba puteadas.

Unos instantes después nuestros personajes se hallaban en la guardia principal, en calidad de detenido:..

No existen palabras capaces de describir las tremendas penurias que padecieron nuestros héroes mientras se encontraban en la prisión. Demudaron de rostro, los pobres, y parecían simples espectros. Sénderl por lo menos se entregaba al sueño, y durmiendo dejaba de sentir durante algunas horas los terribles dolores; a veces tenía un sueño agradable: su abuelo, Rab Sénder, comenzó a visitarlo con más frecuencia y le hacía bromas, nunca venía con las manos vacías: unas veces traía un arco, un sablecito o un arriete, pellizcaba al nieto en una mejilla y le decía: "Toma, píllete, aquí tienes juguetes. Juega con ellos, mocososo, haz pif, paf, paf,

Sénder!". . . Otras venía con un trompo, se sentaba a jugar con su Senderito querido. Este hacía rodar el trompo, que giraba, giraba, giraba, y salía ganándole una moneda al abuelo. . . Grato es para el hombre aunque más no sea que un sueño agradable. ¿No es el mundo entero un sueño? Empero, Benjamín ni eso tenía, porque el sueño había huido de él. Estaba terriblemente nervioso, la sangre bullía dentro de él como en un crisol. A través de la ventana veía cómo el sol ardía que daba gusto, la hierba verde germinaba y crecía, los árboles florecían que era una maravilla, la gente iba y corría de un lado a otro, los pájaros volaban libremente bajo el cielo. Era el momento adecuado para viajar, pero él estaba encerrado y no podía proseguir su itinerario. De rabia saltaba de su lugar, se agarraba de la cabeza, corría como aturdido y gritaba, hablaba en alta voz: "¡Ay, ay! ¿Qué les hice yo? ¡Ay, ay! ¿Qué quieren de mí?". . .

## CAPITULO DECIMOCUARTO

Donde todo vuelve a quedar como era antes.

ALGUNOS días después de lo ocurrido con nuestros personajes, hallábanse reunidos en la oficina militar muchos oficiales luciendo sus uniformes de gala, y entre ellos el general y el coronel en persona. A un lado, cerca de la puerta, había dos milicos, gachas las cabezas, y parecían lauchas sacadas de un tarro de leche cuajada. Contemplaban los oficiales a los soldados, observándolos de pie a cabeza; luego hablaron algo entre sí.

—Oye, Sénderl —habló uno de los soldados, mientras los oficiales charlaban entre sí—. Aunque sepa que me muera aquí, les diré toda la verdad. Me siento muy cargado.

—Por mí, Benjamín, diles no más la verdad —replicó el otro—. Si quieres que sea así, así sea. ¿A mí qué me importa?

—¿Sois vosotros los sujetos que a altas horas de la noche se han escurrido del cuartel? —interrogó el general severamente—. ¿Sabéis la pena que corresponde por este acto?

—¡Ah, bien! ¡Ah, bien! — saltó Benjamín a la buena de Dios con su lenguaje medio en idisch, mitad en ruso, discurrendo en forma tal que el mismo Jaikel Tartamudo, el pico de oro de Tuneiádevke, bien podría enterrarse nueve codos bajo tierra.

El general apartó la cabeza a un lado, riéndose, hizo un ademán y en lugar suyo tomó la palabra el coronel.

—Habéis incurrido en falta grave. Vuestra culpa merece ser castigada duramente.

—¡Vuestra Excelencia! —estalló Benjamín con voz potente—. Agarrar a la gente en plano día y venderla luego como gallinas en el mercado, eso se permite, y cuando ellos, ¡pobrecitos!, pretenden salvarse, se dice que son culpables! Si es así, entonces el mundo se encuentra en desorden y yo no comprendo lo que es lícito y lo que no lo es. Por el contrario, preguntemos aquí mismo a los presentes y que digan quién es el culpable. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si a usted lo prendieran en medio de algún camino y le metieran por la fuerza en una bolsa? En ese caso, ¿sería usted culpable si consiguiera con algún esfuerzo escabullirse de la bolsa? Yo le digo expresamente que eso ha sido desde un principio una cosa forzada, un engaño. La culpa es enteramente de aquellos judíos. Dios sabe lo que han dicho de nosotros. Nosotros declaramos solemnemente; dilo tú también, Sénderl, dilo, ¿por qué te quedas como una momia? Sal con la verdad a la buena de Dios, sin temor alguno y di junto conmigo: declaramos solemnemente que nada sabíamos de estrategia militar, no sabemos ni queremos saber nada de eso; nosotros, gracias a Dios, somos casados, tenemos preocupaciones bien distintas y no podemos dedicarnos a estas cosas. No nos interesan en lo más mínimo. En estas condiciones, ¿de qué os servimos? Yo creo que vosotros mismos deberíais tener interés en deshaceros de nosotros.

Y en verdad, tenía mucha razón Benjamín. Hacía rato que pensaban en deshacerse de ellos. Cuando los jefes se fijaron un poco en nuestros personajes, en su indumentaria, en sus ademanes, en sus conversaciones, en sus caminatas, comprendieron en seguida con qué clase de sujetos

tenían que vérselas y más de una vez se descostillaban de risa. El objeto de la reunión actual de los militares era someter a una investigación a nuestros personajes, a fin de ver quiénes eran. Benjamín y Sénderl rindieron examen y, gracias a Dios, lo hicieron brillantemente, mejor de lo que hubieron deseado, de modo que todos los oficiales se deleitaban de risa.

—¿Y bien, doctor? — díjole el general a uno de los oficiales que habían trabado conversación con nuestros protagonistas y les dedicaban mucha atención.

Llevóse el médico un dedo a la frente y movió lentamente la cabeza, cual si dijera: "Aquí falta un tornillo".

El resultado fué que, después de que los militares hablaran algo entre sí e hicieran ciertas anotaciones, re ordenó que nuestros personajes fuesen declarados inaptos para el servicio.

—Idos —les dijeron—, idos en paz de aquí. Benjamín despidióse muy cortesmente, haciendo una reverencia y se puso en camino.

Sénderl, como un milico, levantó sus piernitas y lo siguió a paso de marcha.

## INDICE

	<u>Pág.</u>
MéndeJe Mojer Sforim .....	7
Biografía de MéndeJe Mojer Sforim .....	11
Prefacio del autor .....	17
CAPITULO I. — Que trata de Benjamín, de su lugar de origen y de cómo se le ocurrió repentinamente emprender este viaje .....	21
CAPITULO II. — De la manera cómo Benjamín se convirtió en mártir y Zelde, su mujer, fué abandonada por él.....	31
CAPITULO III. — Cómo Benjamín se acopló con Sénderl "la Judía" .....	43
CAPITULO IV. — Que trata de la salida que de Tuneiádevke hicieron Benjamín y Sénderl .....	57
CAPITULO V. — Lo que sucedió con nuestros personajes en su primera salida .....	63
CAPITULO VI. — Benjamín recibe una bofetada .....	77
CAPITULO VII. — Del cambio que se produjo en la política a causa de Benjamín .....	87
CAPITULO VIII. — De la manera cómo nuestros personajes hacían de pedigüenos .....	93
CAPITULO IX. — Cómo nuestros personajes fueron puestos a salvo por los méritos de sus antepasados .....	99
CAPITULO X. — ¡Hurra, Judihuelos Rojos! .....	111
CAPITULO XI. — Aventuras prodigiosas en el río Piatig-nílevke.....	123
CAPITULO XII. — Benjamín y Sénderl víctimas de un ardid.....	135
CAPITULO XIII. — Nuestros viajeros, ¡ay de ellos!, son convertidos en milicos .....	143
CAPITULO XIV. — Donde todo vuelve a quedar como era antes.....	159